



LA FILOSOFÍA  
DE LA  
INVESTIGACIÓN  
SOCIAL

JOHN HUGHES

es  
F

BREVIARIOS  
Fondo de Cultura Económica

Primera edición en inglés, 1980

Primera edición en español, 1987

Título original:

*The Philosophy of Social Research*

© 1980, John Hughes

Publicado por Longman Inc., Nueva York

ISBN 0-582-49032-4

D. R. © 1987, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.

Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-2244-8

Impreso en México

A

WESLEY JOHN

que llegó en medio de todo esto y demostró que se puede sobrevivir a pesar de sueños interrumpidos y de mañanas de párpados hinchados.

## PRÓLOGO

Este libro es una introducción al tema y no puede más que esbozar muchas de las importantes cuestiones filosóficas identificadas. No pretende competir con muchos de los excelentes textos con que contamos sobre los temas más amplios de la filosofía de la ciencia social. Mi interés principal ha sido examinar concretamente los problemas filosóficos que suscita la investigación en los campos de la ciencia social. Confío en haber mostrado al menos cómo y por qué el estudio filosófico de la investigación constituye una dimensión importante, aunque a menudo soslayada, de la ciencia social. Por ello he prestado especial atención a problemas que atañen a la descripción que hace la ciencia social de los fenómenos sociales y su relación con las descripciones ordinarias que de ellos se hacen. Siendo sociólogo, he tomado de mi disciplina mis ilustraciones y ejemplos principalmente, y espero que otros sociólogos encuentren en estas páginas algo capaz de interesarlos y servirles de estímulo. Sin duda, los filósofos hallarán muchos motivos de insatisfacción; sólo puedo rendirles como homenaje este pequeño intento de penetrar en su territorio.

Asimismo, deseo aprovechar esta oportunidad para agradecer y hacer llegar mi reconocimiento a varias personas que en muchas ocasiones aportaron

ideas que, en una u otra forma, hallaron cabida en este libro. Dos discípulos míos, a la sazón posgraduados, el doctor Paul Drew, de la Universidad de York, y el doctor Ray Pawson, de la Universidad de Leeds, influyeron considerablemente sobre mi concepción de la metodología. Reaccionaron en forma distinta a la hoy familiar crítica de positivismo, y yo recomiendo sus tesis respectivas a quien esté interesado en profundizar en el estudio de la metodología. Entre quienes me han convencido, mediante la discusión personal o su obra publicada, se encuentran también Jeff Coulter y Doug Benson. John Urry no ha logrado convencerme, mas como siempre sus ideas representan para mí un reto por su rigor y su profundidad. La defensa, algunas veces apasionada, que hace Steve Ackroyd de la ciencia social "tradicional", me ha servido a menudo como vara para medir las ideas más extremistas. Finalmente, agradezco a mi esposa Jacky y a Brenda el esmero con que mecanografiaron un manuscrito que a veces semejaba un álbum de recortes expuesto a un vendaval.

JOHN A. HUGHES

# I. LA FILOSOFÍA DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

## INTRODUCCIÓN

LA HISTORIA de la relación entre la filosofía y las que ahora denominamos ciencias sociales guarda cierta semejanza con la parábola del hijo pródigo. Como adolescentes petulantes, las ciencias sociales, nacidas y nutridas en el seno familiar de la filosofía, reniegan de sus padres y dilapidan su herencia para retornar a ella sólo cuando el mundo exterior se vuelve hostil y adverso. Desde que comenzaron a desarrollarse como disciplinas autónomas, las ciencias sociales han tendido a reexaminar sus fundamentos filosóficos únicamente en períodos de crisis: períodos en que los métodos familiares y aceptados no parecen justificar ya la fe originalmente puesta en ellos; cuando los investigadores pierden confianza en la trascendencia de sus descubrimientos y los principios obvios y dados por supuestos no parecen ser ya tan evidentes. Es en estos períodos cuando surgen voces de alarma prediciendo la "crisis inminente" o se exponen argumentos exigiendo una "revisión" de la teoría social. Estos períodos obligan a los investigadores a reexaminar sus fundamentos y reevaluar las bases filosóficas de sus procedimientos.

Pero si los problemas filosóficos adquieren tal vez mayor prominencia en períodos de crisis intelectual,

esto no quiere decir que los temas filosóficos sólo son pertinentes en tales épocas. De hecho, por lo que concierne a la sociología, la trinidad fundadora de Marx, Weber y Durkheim invirtió considerables esfuerzos (cuyos resultados siguen afectando profundamente los estilos del pensamiento sociológico) en establecer y depurar las bases filosóficas de sus investigaciones más sustanciales. Para ellos, y esto es aún más típico de las tradiciones europeas de la ciencia social que de la inglesa o la norteamericana, las cuestiones filosóficas debían dilucidarse necesariamente para que las investigaciones empíricas fuesen posibles.

¿Cuál es, entonces, la relación entre la filosofía y las ciencias sociales? ¿Por qué los hijos pródigos regresan al hogar en tiempos difíciles? ¿Qué ofrece la filosofía a las ciencias sociales que éstas no pueden darse? Obviamente, para contestar a estas preguntas, como quiera que se formulen, no bastan las respuestas sencillas. No obstante, necesitamos delinear la relación que implican antes de examinar con mayor detalle algunas de sus facetas.

La relación entre la filosofía y las ciencias sociales tiene dimensiones tanto históricas como lógicas y conceptuales. En efecto, históricamente hablando, esta relación ha sido sometida a análisis sólo recientemente. El tema presupone un largo período de desarrollo intelectual, al cabo del cual la idea misma de ciencia social se volvió inteligible. No siempre lo fue, o por lo menos no en las formas en que quizás podríamos entenderla actualmente. Platón, por ejemplo, habló de la sociedad, de la relación que existía entre la sociedad y sus miembros; pero perse-

guía fines distintos y habló en circunstancias distintas de aquellas en que lo hicieron Marx, Weber u otros teóricos sociales posteriores. Entre la época de Platón y la nuestra, los logros de las ciencias naturales han influido en las formas en que concebimos y estudiamos la sociedad; ya no podemos estudiar la vida social como si las ciencias naturales no existieran. Y esto puede decirse no sólo por lo que toca a la sociología, sino a todas las ciencias sociales: la economía, las ciencias políticas, la antropología, la psicología y aun la historia. Con ello no queremos decir que estas disciplinas hayan adoptado servilmente los métodos de las ciencias naturales, sino señalar simplemente que los han conservado como rasgo inevitable de sus antecedentes intelectuales.

¿Qué tiene esto que ver con la filosofía? Brevemente, la idea de que el estudio de la vida social podía ser semejante al estudio de la naturaleza inanimada fue el resultado de un largo debate filosófico, debate cuya trascendencia no ha decrecido. Ello sugiere, asimismo, que en la naturaleza de la filosofía hay algo que le confiere un sitio único en los campos de la empresa intelectual humana.

### LA NATURALEZA DE LA FILOSOFÍA

De la filosofía se han dado muchas definiciones, y tantos estilos diferentes como definiciones. El problema se agrava, como observa Hospers, por el hecho de que para definir la filosofía existen dificultades especiales las que no estaremos en posibilidad de comprender hasta que hayamos examinado los pro-

blemas filosóficos que entraña la definición en general.<sup>1</sup> Lo anterior pone de manifiesto una de las principales características de las preguntas filosóficas, a saber, su carácter interminable y, al parecer, circular; el modo en que debemos aclarar qué se entiende por muchas otras cosas para que siquiera podamos comenzar a contestar lo que parecía ser una pregunta sencilla e inofensiva: “¿Qué es la realidad?”, planteado como interrogante filosófico, rara vez recibe una respuesta de la índole: “La realidad es tal o cual.” No pocas veces esa pregunta provocará otras como: “¿Qué se entiende por...?”, “¿Cómo podríamos determinar lo ‘real’?” “¿Qué podría considerarse ‘irreal’?”, y así sucesivamente.

Indudablemente, este modo de responder es causa, en gran parte, de la perplejidad que a menudo experimentamos al enfrentarnos a las preguntas filosóficas, así como de la impresión de que estas preguntas conciernen a las cosas más fundamentales y generales: la realidad, la naturaleza del conocimiento, la mente, la materia, la verdad, etc. Se refieren a estas cosas, es cierto, pero de modo especial. Si la filosofía tratara simplemente de los fenómenos materiales, por ejemplo, sería reductible a la física; si de la mente, entonces a la psicología; si de la verdad, luego, a la lógica; y así por el estilo. Pero no sólo es su objeto de estudio el que define la filosofía y sus ramas, sino su estilo particular de inquirir y el modo inocente y casi infantil con que suele sembrar confusión en torno de nuestras ideas más sólidas del mundo. Esto tampoco significa

<sup>1</sup> J. Hospers, *An Introduction to Philosophical Analysis*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1967, p. 1.

que haya una respuesta clara e inequívoca a la cuestión, ¿qué hace que una pregunta sea filosófica? No sólo se trata de la forma como pregunta; después de todo, no todas las preguntas son filosóficas. Es antes bien la incertidumbre de no saber si en realidad estamos haciendo una pregunta lo que contribuye a que una pregunta sea filosófica. En el caso de la mayor parte de las preguntas, tales como "¿qué es una caja de velocidades?", generalmente sabemos qué forma podría adoptar alguna de las respuestas posibles, aun cuando nosotros no podamos ofrecer alguna satisfactoria. En el caso de las preguntas filosóficas, por lo contrario, no sabemos con seguridad qué clase de respuesta sería satisfactoria, lo cual, a su vez, nos hace dudar del carácter mismo de la pregunta. En cuanto a lo demás que he mencionado, esa sensación de perplejidad, la impresión de que las preguntas filosóficas se refieren a las cosas más generales, a las más fundamentales, me parece que obedecen a esta característica. Intentaré ilustrar estos puntos con ayuda de un ejemplo bastante trivial.

En una ocasión, conduciendo mi automóvil, viajaba yo detrás de un camión. En su parte trasera éste tenía pintada la palabra "Milk". Naturalmente, saqué la conclusión de que ése era un camión construido para transportar leche. Mas, ¿en qué se fundaba mi suposición? ¿En el hecho de que la palabra "Milk" aparecía en el camión? Muy probablemente; pero, entonces, yo debía suponer también que "Milk", entre otras cosas, se refería a lo que ese camión transportaba. Y, sin embargo, los camiones a menudo ostentan nombres o palabras que no tienen ninguna relación con

lo que esos vehículos transportan habitualmente. ¿Qué interrogantes plantea este suceso trivial? Para quien tiene inquietudes filosóficas, una de las preguntas que podrían hacerse se referiría a las bases sobre las cuales pueden hacerse ciertas afirmaciones. Para volver al ejemplo del camión lechero: ¿Cómo sé en este caso que "Milk" se refería a la carga que el camión transportaba normalmente? Después de todo, "Milk" podría haber sido el nombre del propietario o incluso la marca del camión. ¿Qué razones puedo ofrecer para demostrar que ese camión transportaba leche? Por supuesto, podría aducir muchas razones: se trataba de un camión cisterna; "Milk" no es un apellido o apodo usual; hasta donde yo sé, no existe ninguna marca de camiones llamada "Milk"; es raro, de acuerdo a mi experiencia, que los conductores utilicen "Milk" para bautizar a sus camiones, etc. La acumulación de todos estos argumentos comienza a "dar por resultado" la convicción de que ese camión normalmente transportaba leche. Pero, ¿por qué?

Las razones que he expuesto se refieren a mi experiencia personal, las costumbres de los fabricantes de vehículos, los hábitos de los conductores de camiones y muchas cosas más. ¿Hasta dónde tendría que llegar para que la relación entre el letrero "Milk" y la función del camión quedara demostrada? Podría alegarse que en lugar de plantearme todas estas preguntas me habría bastado con inspeccionar el interior del camión, suponiendo, desde luego, que se presentara una oportunidad favorable y que el conductor fuese lo bastante tolerante para permitirme satisfacer mi capricho filosófico. Pero, ¿qué hace que *mirar* sea

más seguro y corroborativo que las razones que hasta ahora he expuesto? Aun así podría engañarme. ¿A qué conclusión habría llegado si el camión hubiese estado lleno de whisky en lugar de leche? ¿Acusar al conductor de contrabando? ¿Concluir que desde un principio había interpretado erróneamente el letrero y que la palabra "Milk" no se refería a un líquido blanco que producen las vacas sino a un líquido brillante y amarillento que viene de Escocia? Cualquiera que hubiese sido mi conclusión, el hecho es que me habría hecho un lío de preguntas relacionadas con cosas tales como la naturaleza de la evidencia, cómo sabemos que ciertas cosas son verdaderas o falsas, qué inferencias pueden derivarse legítimamente de diversos tipos de información y así por el estilo. Cuando así procedemos, comenzamos a perder parte de nuestro sentido de orientación; las experiencias familiares se vuelven confusas y hasta aquellos aspectos de nuestro mundo más patentes, ciertos y "palmariaamente" verdaderos comienzan a adquirir un aire desconcertante.

Adviértase que estas preguntas surgen de un ejemplo trivial. No se requiere ningún conocimiento esotérico para establecer la clase de conexión que hice originalmente entre el letrero del camión y la función de éste como transporte lechero; la conexión entre letrero y función es una cuestión de rutina diaria. La capacidad de leer las señales de camino, las etiquetas de los paquetes o las botellas, los titulares de los periódicos, los nombres de las calles, etc., es parte de nuestra competencia cotidiana para subsistir; así pues, ¿para qué plantearse cuestiones filosóficas al respecto? Por supuesto, en un nivel no hay nin-

guna razón para dudar de esa capacidad; simplemente es algo que los seres humanos hacemos y no es probable que las discusiones filosóficas tuvieran alguna relación con la forma en que afecta nuestras vidas. En otro nivel, sin embargo, las cuestiones filosóficas son sumamente importantes, y para mostrar en qué medida, deseo examinar en seguida el concepto de autoridad intelectual y, al hacerlo así, aproximarme aún más en mi exposición al campo de la ciencia y la investigación sociales.

#### ONTOLOGÍA, EPISTEMOLOGÍA Y AUTORIDAD INTELLECTUAL

Muchas personas afirman que estudian ciertos aspectos de la vida social: novelistas y sociólogos, psiquiatras y psicólogos, hombres de negocios y economistas, poetas y campesinos, taberneros y biólogos, etc. Inmediatamente surge la pregunta: ¿qué distingue a estos y otros ejemplos entre sí? ¿Qué normas aplicaríamos para establecer semejante distinción? Como siempre, podrían darse muchas respuestas. Una de las normas posibles concierne a la forma y la categoría del conocimiento implicado en cada caso. Podría argumentarse que las actividades de las personas mencionadas van dirigidas a diversos aspectos del mundo: los psiquiatras y los psicólogos, por ejemplo, tienen que ver con la "vida interior" de los individuos; los sociólogos, con los aspectos colectivos; los novelistas y los poetas con los expresivos; los taberneros y los campesinos con los aspectos menos abstractos y teóricos de la vida, los prácticos y cotidianos. Desde

luego, estas distinciones no son absolutas y, en todo caso, no constituyen sino un punto de partida. Para fines inmediatos, no obstante, estas distinciones aluden a temas susceptibles de comentario y estudio, tales como emociones, fenómenos mentales, colectividades, etc. Se podrían establecer todas las conexiones que se quisiera entre estas y otras "cosas", y se podrían ofrecer argumentos adicionales respecto a su naturaleza. Por el momento, basta con señalar que las distinciones que acabamos de hacer entrañan juicios ontológicos, es decir, aserciones sobre lo que existe.

Otro género de afirmaciones que podríamos hacer respecto a las distinciones mencionadas se refiere menos a lo que "representan" que a las formas en que pueden conocerse esos aspectos del mundo. Así pues, podría argumentarse que algunas de las actividades que hemos distinguido implican procedimientos que conducen a un "orden superior" de conocimiento, más positivo en carácter, más fidedigno, menos expuesto a caprichos, intereses y emociones personales. Hacer una aseveración como ésta —y no tiene que ser esta afirmación en particular— es referirse a las formas y a los medios de que nos valemos para explicar los objetos y sucesos del mundo. Es referirse, en suma, a la epistemología: a tesis o teorías filosóficas que pueden sustentarse respecto al modo en que se conoce el mundo. Las preguntas de este tipo no se refieren a cuestiones técnicas o de hecho ("¿Cómo se mide el cociente intelectual?" o "¿cuál fue el índice de suicidios en el Reino Unido en 1973?"), pues estas cuestiones técnicas y fácticas sólo podrían formularse dentro de posiciones epistemológicas filosóficamente justifi-

cadadas. En resumen, las cuestiones epistemológicas giran en torno a interrogantes tales como: ¿qué debe considerarse como "hechos"?

Es del todo evidente que las cuestiones ontológicas y las epistemológicas no están desconectadas. Las aserciones sobre lo que existe en el mundo conducen de modo casi inevitable a cuestiones relacionadas con el modo en que se puede conocer lo existente. Si deseo afirmar en 1978 que las hadas y los duendes existen, me expongo a que se me pida explicar cómo sé que existen, especialmente porque muy pocos hacen aseveraciones similares. A falta de evidencia corroborativa, tendría que describir la naturaleza de esas criaturas y los procedimientos que permitirían demostrar su existencia. En esta empresa en particular, seguramente tendría poco éxito, pero el ejemplo ilustra los vínculos importantes que existen entre la ontología y la epistemología. Las aserciones sobre la naturaleza de los fenómenos implican la forma en que se pueden conocer esos fenómenos. Las tesis de los físicos sobre la existencia de ciertas partículas subatómicas, para servirnos de un ejemplo más actual, están llenas de teorías acerca del modo en que pueden descubrirse esas partículas.<sup>2</sup> De modo similar, las creencias en la existencia de Dios suelen ir acompañadas de argumentos sobre el modo en que podría demostrarse esa existencia, argumentos que tal vez

<sup>2</sup> No se está afirmando nada aquí sobre la naturaleza existencial de tales partículas; si existen en algún sentido tangible o si son constructos hipotéticos cuyo papel principal consiste en no hacer afirmaciones existenciales como tales, sino operar dentro de una teoría destinada a explicar económicamente ciertos aspectos del mundo.

no habrían de satisfacer los requerimientos rigurosos de la ciencia natural, pero que postulan un método para conocer el mundo espiritual, distinto del que se emplea para conocer el material.

Es importante subrayar que las preguntas ontológicas y las epistemológicas no pueden contestarse mediante la investigación empírica, ya que conciernen, entre otras cosas, a la naturaleza y la significación de la investigación empírica. Son preguntas que requieren de argumentos y debates filosóficos donde los supuestos mismos del conocimiento, como cuestión general, son objeto de discusión.

De lo anterior se desprende que, al afirmar que se conoce, lo que sea, se está indicando asimismo la disposición de justificar esa afirmación, señalando los modos en que se conoce. Estos modos pueden hacer referencia a métodos experimentales, procedimientos correctos de análisis, fuentes autorizadas, inspiración espiritual, edad, experiencia, etc.: es decir, referencia a aquellos procedimientos que, en general, acreditan como modos adecuados de conocer. Es de esta licencia pública y colectiva de donde se deriva la autoridad intelectual de nuestro conocimiento.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> S. Toulmin, *Human Understanding*, vol. 1, Oxford University Press, 1972, p. 10. Recibir semejante licencia no es siempre, desde luego, garantía suficiente de que sabemos. Aquí lo que estamos subrayando es la naturaleza razonada de nuestras afirmaciones y la forma en que unas razones particulares adquieren categoría de autoridad. Pero como todas las razones, se les puede vencer; o, dicho de otro modo, en caso de una afirmación de conocimiento particular, puede haber razones específicas para que no sean aceptables algunas que normalmente se considerarían como "buenas razones". Tener "buenas razones" no es garantía de que, en realidad, sabemos.

Al llegar a este punto, deseo hacer uno o dos comentarios de advertencia sobre lo que se ha dicho hasta aquí. En primer lugar, en esta fase de mi exposición no estoy afirmando los méritos o deméritos relativos de distintas formas de conocimiento. Uno de los temas principales que recurren a lo largo de este libro es el examen de las causas por las cuales, en las ciencias sociales, ciertas formas del entendimiento humano han sido investidas de virtudes superiores. En segundo lugar, deseo hacer hincapié en la ambigüedad del concepto mismo de conocimiento. Como habrá de señalarse más adelante, ya se han empleado otros términos, como "comprensión" para caracterizar el objetivo de las ciencias sociales en contraste con otras formas de conocimiento. Esta distinción en particular es importante para el debate sobre si las ciencias sociales están emparentadas con las ciencias naturales o bien, en cuanto ciencias humanas, poseen un carácter inevitablemente diferente.

He mencionado antes la idea de autoridad intelectual en que descansa, puede decirse, toda pretensión de conocer. Esta formulación tiene por objeto señalar algunas características de esas pretensiones y relacionar el análisis filosófico de los conceptos con aquellas concepciones que, fundadas histórica y socialmente, sustentan los seres humanos sobre el mundo y sus vidas dentro de éste. Para plantear la cuestión de modo simple y categórico: toda pretensión de conocer tiene dimensiones sociales. Nuestros juicios y justificaciones son válidos (cuando lo son) en virtud de concepciones sustentadas colectivamente respecto al mundo y el modo en que nos relacionamos con él.

Hasta ahora todo va bien. Sin embargo, no todas las concepciones del mundo gozan de igual aceptación o son sustentadas siquiera por una mayoría. Algunos cuerpos de conocimiento son tan esotéricos que son muy pocos quienes los comprenden y menos aún quienes creen en ellos. Además, las cosas se complican por el hecho de que ciertas concepciones del mundo, como la física nuclear, son tenidas en gran estima incluso por quienes las ignoran, mientras que otras son ridiculizadas como productos insensatos de una minoría lunática, y desechadas a causa de quienes las suscriben. Estas observaciones suscitan una pregunta que ya planteamos antes, a saber: ¿existe una forma objetiva, sistemática y justificable para distinguir al conocimiento de aquellas afirmaciones que únicamente se hacen pasar por conocimientos? En efecto, una de las principales tareas de las teorías filosóficas del conocimiento ha sido y sigue siendo ofrecer lo que Quinton llama "una explicación crítica del orden lógico de la justificación".<sup>4</sup> Ésta ha adoptado, con frecuencia, la forma de una búsqueda de los fundamentos indiscutibles del conocimiento humano; mientras que de algunas creencias puede decirse que se fundan en otras, existen conjuntos de creencias cuyas relaciones con otros conjuntos de creencias son asimétricas y no se apoyan en las creencias a las que justifican. Si estas creencias se pudieran formular, entonces todas las creencias podrían ordenarse en una sucesión o gradación al principio de la cual se hallarían aquellas que, si bien sirven de justificación a otras, no requie-

<sup>4</sup> A. Quinton, *The Nature of Things*, Routledge & Kegan Paul, 1973, p. 115.

ren de su apoyo. Éstas, poseedoras de la prioridad epistemológica absoluta, serían los fundamentos del conocimiento humano. Por desgracia, como veremos, las creencias que se han propuesto como merecedoras de esa prioridad epistemológica no han recibido aceptación universal y continúa la búsqueda, al menos en ciertos sectores. Por otra parte, las concepciones del mundo han cambiado históricamente. Quien posea siquiera un conocimiento elemental de la historia y la antropología advertirá al punto que nuestros antecesores profesaban, respecto al mundo, ideas que diferían en muchos aspectos de las nuestras y, no obstante, aparentemente estaban tan convencidos de la validez de su concepción como nosotros de la nuestra.

Todo esto significa que debemos seguir el consejo de Toulmin y abstenernos de considerar la epistemología como disciplina autónoma sin raíces en el pensamiento de un período histórico determinado o divorciada de los procedimientos y problemas prácticos de disciplinas concebidas históricamente.<sup>5</sup> Por ejemplo, los debates metodológicos que se han suscitado dentro de las ciencias sociales no pueden entenderse fuera de un contexto más amplio, el cultural, ni de los descubrimientos logrados en investigaciones anteriores, basadas en premisas epistemológicas distintas. Ninguna epistemología filosófica, como espero demostrar, puede estar compuesta de verdades axiomáticas e inmutables. Ciertamente, como veremos, y tendremos ocasión de criticarlas con más detalle, hasta las mismas concepciones que privan actualmente sobre la naturaleza del mundo y los modos en que puede

<sup>5</sup> Toulmin, *op. cit.*, p. 11.

conocerse, tan apegadas al "sentido común", se derivan de los debates del siglo XVII.

Descartes y Locke, dos de las principales figuras filosóficas, pese a su genio fueron hombres de su tiempo y examinaron los principios del conocimiento humano a la luz de las ideas que entonces prevalecían sobre el orden de la naturaleza y el sitio que ocupaba el hombre dentro de éste. Según Toulmin, dieron por supuestos tres "lugares comunes": que la naturaleza era fija inmutable y podía conocerse con ayuda de principios racionales igualmente fijos, inmutables y universales; que existía un dualismo entre la mente y la materia, siendo esta última inerte, mientras que la primera era la fuente de la razón, la motivación y otras funciones mentales; y, finalmente, que el criterio del conocimiento, de certeza inobjetable, lo suministraba la geometría, criterio conforme al cual debía juzgarse toda otra forma de conocimiento.<sup>6</sup>

Como podemos ver, esta concepción ofrecía tanto una descripción ontológica básica del mundo como prescripciones epistemológicas sobre el modo en que ese mundo debía investigarse. Dirigía la atención de los científicos y los filósofos y, con el tiempo, se estableció como versión autorizada del mundo o, antes bien, como conjunto de instrucciones que dictaba la forma en que debía armarse el mundo. Esta última situación se debió a la amplia aceptación que tuvo esa concepción entre los científicos y los filósofos. A las indagaciones teóricas más complejas realizadas dentro de las distintas disciplinas se les concedía validez intelectual en la medida en que se juzgaba que

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 13-19.

eran congruentes con la concepción original y, al mismo tiempo, confirmaban por reflejo su validez. Surgieron muchas y diversas escuelas teóricas, aun dentro de una misma disciplina —racionalista, empiricista, corpusculistas, vorticistas— que se consideraban congruentes con los principios ontológicos y epistemológicos antes expuestos. No obstante, esos principios constituyen el foro de debate donde las diferentes escuelas discutieron sus desacuerdos y sus versiones predilectas del mundo. En suma, eran esos principios los que poseían autoridad intelectual.

Una conciencia de los contextos sociales e históricos donde se dan los presuntos conocimientos plantea un problema (al que habremos de referirnos también, más adelante, con mayor amplitud) relacionado con la relatividad del conocimiento que surge, por así decirlo, de su determinación social. Aunque los “lugares comunes” de la concepción del mundo del siglo XVII (una concepción, dicho sea de paso, que era privativa de ciertos grupos cultos de Europa) mantuvieron su influencia en los dos siglos siguientes, ninguno de ellos significa actualmente lo mismo ni, mucho menos, es sustentado con la misma convicción. Las ideas de evolución y universo cambiante son incompatibles con la concepción de un universo fijo e inalterable. De modo similar, la distinción entre mente y materia, tan “palmariamente” verdadera, no tiene ya la fuerza, el brillo y la claridad que una vez tuvo. Por otro lado, la investigación de las nuevas geometrías no euclidianas contribuyó en gran medida a impugnar el ideal geométrico considerado como la estructura del universo, permitiendo a la geometría un

mayor desarrollo como creación humana, disciplina útil y eficaz para cumplir fines particulares, pero de ningún modo la fuente de la certidumbre en cuanto pauta universal del conocimiento. Pero si estos principios de nuestra propia cultura, "evidentemente verdaderos", han sido impugnados, ¿qué ocupará su lugar? Más aún, ¿es este cambio, un progreso, una evolución de nuestro conocimiento hacia formas más elevadas, o acaso los sistemas cognoscitivos no se pueden juzgar sino en sus propios términos como productos de sistemas sociales e históricos particulares? ¿Qué pensaremos de formas de conocimiento ajenas a las nuestras, como la creencia en la brujería, por ejemplo, o en medicamentos basados en conceptos de la enfermedad muy distintos de los nuestros y que, al menos en las culturas a las que sirven, poseen una notable eficacia?

Estos ejemplos, y podrían citarse muchos más, incluso de carácter menos exótico, plantean claramente la cuestión de lo relativo de las normas de conocimiento o, para decirlo de otra manera, de las fuentes de nuestra autoridad intelectual. ¿Cómo comparamos los distintos sistemas de conocimiento? ¿Existen criterios claros e inequívocos (como el que representaba la geometría, según creían Platón y sus seguidores) que nos permitan determinar si lo que sabemos es verdadero o no? ¿Existe, en suma, una fuente universal de autoridad intelectual? Preguntas semejantes serán examinadas más adelante y, por abstractas que parezcan, son sin embargo importantes para ayudarnos a entender lo que hacemos cuando, entre otras cosas, nos dedicamos a la investigación social.

Lo anterior nos conduce a otra característica de la filosofía. La filosofía surge en ese campo del pensamiento humano donde nuestras ideas y conceptos son llevados hasta sus últimas consecuencias. Hablé antes de las ciencias sociales que retornan a la filosofía como hijos pródigos cuando existe una profunda incertidumbre respecto al objeto de sus indagaciones, cuando la imaginación humana parece salirse de cauce, cuando preguntas escasamente formulables parecen mirar nuestras concepciones más veneradas y firmemente cimentadas. Es en épocas como éstas cuando los científicos sociales, o por lo menos algunos de ellos, comienzan a hablar de "vacíos epistemológicos" y "cambios de paradigmas" o, dicho de modo más prosaico, de nuevos rumbos en el pensamiento humano.

## LA FILOSOFÍA Y EL PROCESO DE LA INVESTIGACIÓN

Para redondear este capítulo introductorio, intentaré relacionar las observaciones generales que se han hecho en torno de la naturaleza de la filosofía con el proceso de la investigación social.

Hablando en términos generales, las investigaciones se emprenden con el fin de descubrir alguna verdad sobre el mundo, un mundo concebido, aunque en forma aproximada y tentativa, en función de los conceptos básicos que caracterizan a una disciplina, cualquiera que sea. La imagen popular del investigador subraya los que podrían llamarse aspectos manipulativos del papel, los tangibles: ese "manipular" cosas, trátese de compuestos químicos, tubos de ensayo, microscopios y portaobjetos, acelerado-

res de partículas, alambres y transistores, etc. Esta imagen se deriva de la preeminencia que se da en nuestra cultura a las ciencias naturales, y si "manipular" fuese todo lo necesario para la investigación, poco interés tendría para nosotros. Si bien muchos de los descubrimientos más importantes de nuestro tiempo han sido involuntarios, incluso accidentales, han sido reconocidos y acreditados como descubrimientos debidos a la aplicación de un método, un conjunto de procedimientos dotados de la facultad de producir un tipo de conocimientos al que podríamos llamar "científico". Como observa Wallace, los métodos científicos procuran eliminar deliberadamente el punto de vista individual del científico y están concebidos como reglas que permiten adecuarse a versiones específicas del mundo: una distinción, en suma, entre el productor de un enunciado y el procedimiento por el cual es producido.<sup>7</sup> En vano se habría contentado Galileo con afirmar que los planetas giraban en órbitas alrededor del sol sin agregar enunciados y argumentos explicando cómo había llegado a esa conclusión, qué métodos había seguido, qué evidencia apoyaba su teoría y cómo había reunido esa evidencia.

Una vez planteada la pregunta epistemológica, resulta más difícil decir exactamente en qué consisten esos procedimientos. Podríamos mencionar fácilmente cosas tales como experimentos, verificación de hipótesis, el escrutinio público del método, etc., consideradas como componentes al menos de algunos de los

<sup>7</sup> W. Wallace, *The Logic of Science in Sociology*, Chicago, Aldine Atherton, 1971, p. 11.

métodos importantes utilizados para obtener conocimientos científicos. Con todo, cualquiera que fuese el género de los procedimientos que se propusieran como *los* adecuados para producir conocimientos científicamente válidos, podríamos preguntar todavía: ¿por qué estos procedimientos y no otros? ¿Qué clase de garantías ofrecen estos métodos, si lo hacen, que otros no pueden ofrecer? Para situar estos interrogantes en el contexto de las ciencias sociales, necesitamos preguntar: ¿qué tienen los procedimientos y los métodos empleados por los sociólogos o los economistas, psicólogos, historiadores, etc., que los hace superiores y les da mayor autoridad intelectual respecto a los empleados, digamos, por el hombre de la calle, el periodista, el racista, el político, el revolucionario o un aborigen de las islas de Trobriand? O bien, para expresarlo en términos más fundamentales: ¿sobre qué base puede adjudicarse autoridad intelectual?

No nos sorprenderá descubrir que las respuestas a estas preguntas no son sencillas. Las dificultades aumentan cuando examinamos aunque sea superficialmente lo que hacen los investigadores sociales cuando dicen que practican la investigación. La preparación de un investigador social consistirá normalmente en aprender a dominar las técnicas del cuestionario; los principios del diseño y el análisis de la encuesta; las complejidades de la verificación, regresión y correlación estadísticas; análisis de trayectoria, análisis factorial y quizás hasta programación de computadoras, modelado por computadora y técnicas similares. Por supuesto, la insistencia en las diversas técnicas dependerá de la disciplina de que se

trate: el sociólogo también tendría que conocer los métodos de observación participante, así como las técnicas acumulativas de recabación de datos; el economista, métodos matemáticos y estadísticos aún más complicados, mientras que el historiador probablemente estaría más interesado en crear técnicas para la interpretación de diversos tipos de testimonio documental. El hecho es que todas estas técnicas se pueden aprender y utilizar como las técnicas de un oficio. Un problema surgido en el curso de la investigación planteará la necesidad de elegir la técnica apropiada para realizar la tarea requerida dentro de los límites establecidos: cuestión de considerar detenidamente la eficacia de determinado instrumento de investigación para que nos dé la información requerida. En suma, se trata de utilizar los métodos de la investigación como una tecnología. Y, ciertamente, sin esta actitud, la "ciencia normal", para emplear la frase de Kuhn, no sería posible.<sup>8</sup>

La pertinencia de las cuestiones filosóficas examinadas obedece al hecho de que cada instrumento o procedimiento de la investigación está ligado de modo inextricable con versiones particulares del mundo y modos de conocer ese mundo a los que se adhiere el investigador que los emplea. Utilizar un cuestionario o una escala de actitud, asumir el papel de observador participante, elegir una muestra al azar, calcular las tasas de crecimiento de la población, etc., es suscribir concepciones del mundo que permiten emplear esos instrumentos para los propósitos a los

<sup>8</sup> T. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, 2a. ed., University of Chicago Press, 1970. [Hay edición en español del FCE.]

que están destinados. Ninguna técnica o método de investigación (y ello vale tanto para las ciencias naturales como para las sociales) se puede validar a sí mismo: su eficacia, su condición misma de instrumento que permite someter al mundo a la investigación, depende en última instancia de su justificación filosófica.

Ya sea que se les considere o no de este modo, los métodos de la investigación no pueden divorciarse de la teoría; en cuanto instrumentos de la investigación, funcionan sólo dentro de un conjunto dado de postulados respecto a la naturaleza de la sociedad, la naturaleza del hombre, la relación que existe entre ambas y el modo en que pueden conocerse. Es en este nivel donde comenzamos a encontrarnos con las cuestiones y temas antes mencionados.

La relación de la filosofía con las ciencias sociales aquí expuesta no corresponde ni a la concepción del "subempleado" ni a la del "maestro científico". Conforme a la primera, defendida por Locke, entre otros, la filosofía simplemente aspira a retirar aquellos obstáculos que obstruyen la vía del conocimiento, tales como expresiones vagas, términos ambiguos, nociones imprecisas, etc. Conforme a la segunda, concepción que hayamos plasmada en las obras de los grandes constructores de sistemas metafísicos como Descartes, Leibniz y Hegel, la filosofía tiene por objeto conjuntar todo el conocimiento humano en sistemas lógicamente estructurados. El punto de vista adoptado en este libro es más ambicioso que el de un sirviente y menos que el de un maestro, y no hay ninguna razón para que exista una sola concepción válida de la rela-

ción.<sup>9</sup> En mi opinión, las cuestiones filosóficas pueden plantearse dentro de cualquier actividad, aunque no con el mismo vigor en todas las épocas. Los filósofos profesionales no son los únicos capaces de plantear problemas filosóficos, si bien es posible que lo hagan con mayor capacidad que aquellos que no han sido adiestrados en las técnicas filosóficas. Como he indicado, los problemas filosóficos pueden surgir dentro de cualquier disciplina, y lejos de estar divorciados de su práctica cotidiana o constituir las inquietudes aisladas de un círculo reducido de eruditos, sus soluciones son cruciales para establecer la forma y el carácter que tendrá en el futuro esa disciplina en particular.

Lo que aquí nos interesa son los problemas filosóficos que engendra la investigación social: Inevitablemente, muchas de las cuestiones analizadas tendrán una significación más amplia que la que tienen las simples técnicas de la investigación social. En consecuencia, gran parte de la discusión versará sobre cuál puede ser el campo familiar de la filosofía de la ciencia social. No hay modo de evitarlo, pero intentaré referirme más concretamente a las cuestiones relacionadas con la naturaleza de la investigación social. Para mostrar que su interés no es puramente técnico, como ocurriría en el concepto de filosofía de un subempleado, basta con señalar la falta de consenso que existe en las ciencias sociales, y las dimensiones crónicas que alcanza en algunas de ellas, acerca de si son ciencias, seudociencias, ciencias inmaduras, ciencias

<sup>9</sup> T. Benton, *Philosophical Foundations of the Three Sociologies*, Routledge & Kegan Paul, 1977, cap. 1. Benton también analiza en detalle la relación entre filosofía y ciencia social.

multiparadigmáticas, ciencias morales o qué son. Desde su aparición en el escenario intelectual las ha acompañado una constante sensación de fracaso debida a su incapacidad de ofrecer análisis de la vida social tan convincentes como los ofrecidos por las ciencias naturales respecto del mundo material. A pesar de la economía, seguimos padeciendo crisis económicas, hecho del que a veces se culpa a los políticos por no escuchar o por carecer de valor para aplicar los descubrimientos de la ciencia económica. Los políticos, a su vez, reprochan a los científicos sociales su incapacidad para enfrentarse a los "problemas de nuestro tiempo", y así sucesivamente. Como he señalado, no se ha definido la categoría de las ciencias sociales, ni siquiera dentro de las disciplinas individuales. En el campo de la sociología, por ejemplo, se ha debatido y sigue debatiéndose la posibilidad de que esta disciplina sea científica a la manera de las ciencias naturales, lo que ha conducido a preguntar qué es la ciencia natural como forma de conocimiento. Las respuestas a estas preguntas son importantes para la justificación intelectual de los métodos de investigación y para fijar la categoría autoritativa de las conclusiones a que se ha llegado empleando dichos métodos.

Podría decirse que lo que me interesa es la metodología de las ciencias sociales; es decir, el examen de los medios para obtener conocimiento del mundo social. Por lo que concierne a los métodos de investigación, intentaré enfocarlos en función del tipo de conocimiento que presuntamente producen. Ello implica considerar las teorías del conocimiento que

les sirven de base y llegar a algunas conclusiones acerca de su verosimilitud. En los dos capítulos siguientes comenzaré por analizar lo que he llamado la "ortodoxia positivista" dado que, como teoría del conocimiento, el positivismo ha constituido la influencia principal en las ciencias sociales. Pasaré a examinar después otro punto de vista que implica conclusiones muy distintas respecto a la naturaleza de las ciencias sociales y las formas de conocimiento a las que pueden o deben aspirar.

Unas palabras finales. Por mi formación, soy sociólogo; por lo mismo, y partiendo del principio de que un autor debe escribir de acuerdo con los recursos de que dispone, la mayor parte de los ejemplos e ideas están tomados de una ciencia social en particular, la sociología. Con todo, no debe pensarse que las otras ciencias sociales están exentas de las dudas que habrán de considerarse: por lo contrario. En toda esta exposición, salvo cuando las necesidades de precisión lo han dictado de otra manera, he utilizado el término "ciencias sociales" por conveniencia, y deseo recordar al lector que la categoría científica de estas disciplinas será objeto de la siguiente discusión.

## II. LA ORTODOXIA POSITIVISTA

UNA PALABRA de advertencia acerca del título de este capítulo. Quienes critican la ciencia social positivista, entre los que deseo contarme, como todos los críticos tienen la tendencia de atacar la oposición como si fuese de carácter monolítico (y además estúpida). Aunque se impone hacer un cuadro sumario de la variedad de los positivismos, hay que advertir al lector que en esta posición hay más de lo que es posible mencionar dentro del ámbito de este pequeño volumen. Además, debo añadir que a lo que estoy llamando positivismo se le dan a menudo otras denominaciones; "naturalismo", "empirismo", "behaviorismo" y hasta "ciencia" se encuentran entre los términos más regularmente empleados, algunos de los cuales, para confundir más las cosas, se emplean en ocasiones para referirse a puntos de vista antipositivistas. También es un término asociado a buen número de escuelas filosóficas bastante dispares. No obstante, sobre el principio reconocidamente arriesgado de que lo mismo ocurriría con cualquier otro nombre, seguiré empleando el que he elegido, ya que es el más habitual, y llamaré la atención, conforme vaya siendo necesario, a los diversos enfoques intelectuales.

Lo llamo "ortodoxia" porque, al menos, en algunas de sus versiones, es la epistemología filosófica que actualmente ejerce un imperio intelectual dentro de las ciencias sociales. No que este imperio esté igual-

mente seguro en todas ellas: por ejemplo, en sociología su autoridad es menos que absoluta, mientras que en economía, según creo, no se le ha desafiado seriamente. En las ciencias políticas, el llamado "movimiento conductista" trata de dar a esta disciplina una visión "científica" de la vida, un tanto más tardíamente que en muchas otras ciencias sociales. Desde el advenimiento de la psicología experimental, el positivismo nunca ha sido seriamente desafiado en psicología desde que se impuso el psicoanálisis. También la historia empieza a entrar en acción, como respuesta al triunfo putativo de las ciencias sociales. Sin embargo, la autoridad intelectual del positivismo no brotó de improviso, pese a la impresión que a veces ha dado en la historia de las ideas el empleo de términos como "una revolución del pensamiento", sino que surgió de un largo debate intelectual.

### EL TRASFONDO INTELECTUAL

Así como puede decirse que los orígenes primeros de todos los seres humanos que hoy viven se remontan a Adán, así el antepasado intelectual de la epistemología positivista contemporánea probablemente encontrará algún temprano filósofo griego encabezando su árbol genealógico; orígenes históricos más próximos se encuentran en aquella floración del pensamiento europeo de los siglos XVI y XVII. Aun cuando fuese exagerado, y hasta caricaturesco, el cuadro que el Renacimiento y la Ilustración ofrecieron de la oscuridad intelectual de la Edad Media, siglos

posteriores presenciaron enormes cambios en el pensamiento científico y social. En pocas palabras, el pensamiento europeo gradualmente fue liberándose de la jaula teológica construida por la alianza entre el absolutismo y la Iglesia católica. Aunque filósofos naturales como Newton consideraron sus esfuerzos más como religiosos que como científicos, cual medio de comprender mejor el espíritu de Dios y su creación, la cosmovisión alegórica de los tiempos medievales fue remplazada por un escepticismo sobre si era posible explicar tan fácilmente la naturaleza por referencia a la Biblia o al dogma religioso. Aunque aún siguieran siendo fuertes ciertos elementos religiosos, estaban echándose los cimientos de una radical revisión secular de las tradicionales imágenes teológicas con las que se contemplan los mundos natural y social.<sup>1</sup>

Dos figuras sobresalen, a saber, Bacon (1561-1626) y Descartes (1596-1650). El primero representa el legado aristotélico del empirismo como fuente del conocimiento humano, mientras que el segundo reanimó y fortaleció la tradición racionalista aristotélica. Ambos buscaban un método intelectual que pudiese superar el escepticismo y diese nueva certidumbre a las ideas acerca de la naturaleza. Bacon defendió el valor de la experiencia, el experimento, la inducción y la observación minuciosa como vías

<sup>1</sup> C. L. Becker, *The Heavenly City of the Eighteenth Century Philosophers*, Yale University Press, 1932, sigue siendo una de las mejores versiones de las consecuencias intelectuales de estos cambios en la sociedad europea; R. Nisbet, *The Social Philosophers*, Heinemann, 1974, también es una buena fuente.

hacia el establecimiento de una base fidedigna para las ideas científicas, en lugar del método *a priori* del escolasticismo medieval. Descartes, en cambio, puso su fe en las certidumbres de las matemáticas como instrumento fundamental del conocimiento científico. Para él, los principios matemáticos eran intemporales e inmutables y, por tanto, el lenguaje más apropiado para la expresión de las leyes de la naturaleza. Aunque las doctrinas que abrazaron fuesen en muchos aspectos muy distintas, una cosa que compartieron fue la búsqueda de los fundamentos del conocimiento humano. Descartes y otros filósofos racionalistas como Spinoza y Leibniz, aunque no negaran el valor de la experiencia sensorial, subrayaron el papel de la deducción lógica a partir de premisas evidentes, mientras que Bacon, Locke, Hume y otros filósofos empiristas atribuyeron la importancia mayor a la experiencia sensorial. Aunque la observación precisa y la teoría lógicamente sistemática fuesen esenciales para el desarrollo de la ciencia durante este período y después, el positivismo como interpretación particular o versión filosófica del conocimiento científico hizo mayor hincapié en el papel de la experiencia sensorial como fundamento seguro del conocimiento humano.

En las ciencias sociales, la primera voz consciente que proclamó el método positivista se oyó a través de los escritos de Augusto Comte en la primera parte del siglo XIX. Fue él quien acuñó el término "filosofía positivista" e, incidentalmente, "física social" o "sociología". La obra de Comte fue influida por los importantes ataques filosóficos a la metafísica hechos

por Hume y otros durante el siglo XVIII, y por las nuevas ideas de progreso y orden que surgieron antes de la Revolución francesa. Comte consideró que el papel de la filosofía expresaba la síntesis del conocimiento científico; su propia actitud filosófica sostuvo la necesidad de una dedicada atención a la realidad empírica, con un método preciso y cierto que basara las leyes naturales en una sana observación empírica. Para él, las ciencias sociales estaban emparentadas con las ciencias naturales, compartiendo la misma forma epistemológica, libres de la escoria especulativa de la metafísica.

Desde el siglo XIX, a la obra de Comte se ha atribuido un interés simplemente histórico, pero su espíritu fue recogido en las obras de John Stuart Mill, Herbert Spencer, Émile Durkheim y muchos otros, y se encuentra difusamente representado en el estilo y el modo de las ciencias sociales de hoy. De todos los enunciados de Comte tal vez el más importante sea su afirmación de que se podía estudiar la sociedad empleando la misma lógica de investigación que empleaban las ciencias naturales. La explícita defensa hecha por Comte de una unidad de método entre lo natural y lo social fue, a la vez, oportuna y decisiva. Por una parte, dio considerable ímpetu y fuerza a la idea de que la explicación de los fenómenos sociales no era distinta, en principio, de la explicación de los hechos naturales. Los fenómenos en los mundos humano y natural estaban sometidos a leyes invariables. Las diferencias entre ellos surgían de sus respectivas materias y eran poco más que irritantes que podían superarse creando los métodos de inves-

tigación apropiados. El propio Comte subrayó la importancia de la experimentación indirecta y del método comparativo. Más profundamente que esto, su visión fomentó una concepción determinista del hombre y de la sociedad al restar importancia a los factores considerados como exclusivamente humanos: libre albedrío, azar, elección, moral, emociones y similares. La vida social humana era sencillamente el resultado de una fusión de fuerzas que interactuaban en tal forma que produjeran una secuencia particular de comportamiento. También la historia era el resultado de fuerzas similares, tema con variaciones en que los actores humanos y otros se combinaban en paralelismo y sucesión, para actuar por medio de la sociedad.<sup>2</sup>

A lo largo del siglo XIX, este concepto conquistó una autoridad continuamente reforzada por el progreso al parecer pasmoso de las ciencias naturales y sus aplicaciones. Los hitos de esta progresión son familiares, siendo el más célebre la publicación, en 1859, de *El origen de las especies*, de Darwin, que dio al mundo un planteamiento sistemático de la idea de que la humanidad era, irremisiblemente, parte de la naturaleza y sujeta a las mismas leyes de progreso, desarrollo y selección. No transcurrió mucho tiempo antes de que las ciencias sociales empezaran a emplear estas visiones al desarrollar sus teorías de la sociedad humana.

Por ejemplo, Herbert Spencer se basó explícitamente en la obra de Darwin como reivindicación

<sup>2</sup> Véase, al respecto, S. Toulmin y J. Goodfield, *The Discovery of Time*, Hutchinson, 1965, especialmente cap. 5.

de sus propias teorías y su método.<sup>3</sup> A finales del siglo, la visión científico-determinista del positivismo estaba firmemente arraigada en las ciencias sociales.

La pregunta es, ahora, ¿qué significó esta visión de la ciencia y de su conocimiento para las ciencias sociales? ¿Qué procedimientos y reglas de investigación implicó y justificó? ¿Qué clase de conocimiento afirmó como objetivo apropiado de una ciencia social?

### LOS ELEMENTOS DEL POSITIVISMO

Según Giddens, la "filosofía positivista", en su sentido más lato, cubre aquellas perspectivas que han hecho algunas o todas las afirmaciones siguientes.<sup>4</sup> Primero, la tesis afirma que la realidad consiste esencialmente en aquello que está al alcance de los sentidos. Segundo, la filosofía, aunque disciplina separable, parasita los descubrimientos de la ciencia. Asociada con ello va una aversión a la metafísica que le niega un lugar legítimo en la investigación filosófica propiamente dicha. Por consiguiente, como filosofía está tan interesada en establecer los límites del conocimiento como su carácter. Los petulantes arranques de Hume contra la metafísica captan este punto así como el espíritu más general del positivismo:

<sup>3</sup> Parte de la influencia de la obra de Darwin sobre el pensamiento social en la segunda mitad del siglo XIX queda sugerida por el deseo de Marx de dedicarle *El capital*.

<sup>4</sup> A. Giddens, "Positivism and its critics", en sus *Studies in Social and Political Theory*, Hutchinson, 1977, pp. 28-29. Éste es un excelente examen de muchos de los principales temas metodológicos que tuvieron curso durante el pasado siglo y medio en las ciencias sociales.

Si tomamos en nuestras manos cualquier volumen, de teología o metafísica social, por ejemplo, preguntémos, ¿contiene algún razonamiento abstracto concerniente a la cantidad o el número? No. ¿Contiene algún razonamiento experimental concerniente a la cuestión de hecho y existencia? No. Lanzadlo entonces a las llamas: pues no puede contener nada sino sofistería y engaño.<sup>5</sup>

Tercero, que las ciencias naturales y sociales comparten una lógica común y un fundamento metodológico. Esto no es decir que comparten los mismos procedimientos, ya que sus respectivas materias exigen, pragmáticamente, métodos bastante distintos de investigación. Cuarto, que hay una distinción fundamental entre hecho y valor: la ciencia trata del primero mientras que el último representa un orden totalmente distinto de fenómenos, más allá de la esfera de la ciencia. Según veremos más adelante como uno de los temas duraderos de la filosofía de la ciencia social, esto no necesariamente implica el dualismo de mente y materia. En otras palabras, el positivismo rechaza la visión de que todas las cualidades humanas se encuentran fuera del alcance del entendimiento científico. Aunque el conocimiento científico tiene sus límites, esto no excluye el conocimiento de la vida supuestamente "interior" o "espiritual" de la humanidad. Como veremos, Durkheim, por su parte, trató de forjar una síntesis entre idealismo y materialismo. Pero no adelantemos las cosas.

<sup>5</sup> D. Hume, *Enquiry Concerning Human Understanding*, Longmans, 1875, Sec. XII, parte III, ed. T. H. Green y T. H. Grose.

Este planteamiento de los elementos principales del pensamiento positivista como se aplican específicamente a las ciencias sociales no puede —obviamente— hacer plena justicia a los diversos e importantes matices representados en sus muchas escuelas. Desde nuestra perspectiva de investigación social, la pregunta importante gira en torno de lo que el positivismo implica para los métodos de estudiar la sociedad, lo que afirma que es el conocimiento apropiado que puede obtenerse del estudio y (de no menos importancia) las normas ofrecidas para evaluar tal conocimiento. Estos aspectos llegan muy lejos, y hay muchos distintos estilos de investigación social congruentes con las suposiciones generales del positivismo. Sin embargo, como sistema de pensamiento con pretensiones de autorizar versiones particulares del mundo, tanto naturales como sociales, veamos un poco más detenidamente las imágenes que en él se encuentran.

El rechazo del pensamiento metafísico iba unido a un poderoso prejuicio en favor del conocimiento que trataba de hechos sistemáticamente descubiertos, vigorosamente apoyados y teóricamente significativos. Para hacer y establecer la distinción entre el conocimiento empíricamente fincado y la simple especulación eran necesarias unas normas de demarcación. El positivismo sólo reconoció legitimidad y autoridad a dos formas de conocimiento, el empírico y el lógico: el primero, representado por las ciencias naturales, el segundo, por la lógica y las matemáticas; la mayor importancia, por mucho, se atribuyó al empírico. Para ello, se inspiró en aquella tradición filosófica según la cual todas nuestras ideas, de una u

otra manera, proceden de la experiencia: cualquier idea de la que no pueda decirse que se deriva de la experiencia no es una idea genuina. Esta visión se apoya pesadamente en una interpretación sensorial de la experiencia, es decir, una interpretación que plantea la existencia independiente de un mundo externo que llegamos a conocer por su acción sobre nuestros sentidos. El *cognoscente* aporta muy poco a la organización de tal experiencia y el conocimiento que da del mundo externo. Esta concepción fue el cimiento sobre el cual la ciencia levantó su edificio y que Comte y sus partidarios quisieron emplear como fundamento de una ciencia social. En su opinión, las creencias acerca del mundo externo sólo podrían describirse como "conocimiento" si pasaban la prueba de la experiencia. No había un conocimiento *a priori* de la experiencia que, al mismo tiempo, resultase informativo acerca del mundo.

Aunque esta visión de la fuente del conocimiento tuvo cierta verosimilitud como versión que precisaba el conocimiento científico natural, sus flaquezas eran demasiado obvias al tratar de la vida social humana. La idea de hecho, especialmente planteada en oposición a la clase de entidades conjuradas por los metafísicos, tenía poderosas connotaciones del mundo material, el mundo de la *materia* permanente, fija y tangible. Hasta este punto, el positivismo había de superar una distinción expresada de diversas maneras entre "cosas humanas" y "cosas materiales". La distinción, tan sencillamente expresada aquí, fue de inmensa importancia en la historia del pensamiento, al abarcar, como lo hacía, implicaciones legales, re-

ligiosas y éticas así como políticas. Bastante obvia, sostenía que lo humano, lo espiritual y lo mental era de un orden de fenómenos distintos de lo material, y ninguno de los dos órdenes podía comprenderse en las formas apropiadas para el otro. Desde luego, ésta era precisamente la posición que los positivistas habían de invalidar, aunque no fuese tarea fácil. Algunos negarían radicalmente la distinción reduciendo la naturaleza material. De un plumazo, la vida humana quedó reducida a una rama de la química, la biología o una psicología particularmente conductista. Otros se contentaron con edificar grandiosos sistemas que abarcaban la biología, la psicología, la climatología, la geografía y la sociología sobre la suposición de que, puesto que éstas y otras eran parte de la vida humana, todas eran importantes para comprender la vida en su plenitud. Sin embargo, muchos no pudieron dar ninguno de estos dos pasos: en cambio, afirmaron que los fenómenos humanos y sociales eran exactamente tan reales como los fenómenos materiales y, por consiguiente, con el uso del método científico, eran cognoscibles en forma muy similar a como lo era el mundo material.

Múltiples eran las dificultades del modo de mostrar esto. Por una parte, los fenómenos del mundo material, tan sólo como cosa de sentido común, parecían tener una naturaleza y un carácter independientes del observador, mientras que tantos fenómenos humanos parecían debidos al capricho, la fantasía o la imaginación. ¿Se podían sustanciar creencias en dioses, sistemas de magia, emoción, creencias religiosas, códigos legales,

leyendas, opinión pública, poesía y similares, del mismo modo que se podía hacerlo con respecto a la luna, las estrellas, los esqueletos, los gases, los elementos químicos, etc.? ¿Poseen los mismos atributos de permanencia, durabilidad, independencia de la volición humana y percepción que los fenómenos del mundo exterior? Éstas eran las preguntas que había que responder antes de que el positivismo pudiese afirmar que el mundo social, como el mundo físico, operaba de acuerdo con leyes estrictas y fijas.

Una vez aplicada a la esfera de los asuntos humanos, esta visión resultaría a la vez alarmante y, en manos de muchos de sus partidarios, revolucionaria. La pregunta era ¿qué correspondía en el mundo social a los "hechos duros" de la naturaleza? Además, ¿qué procedimientos eran apropiados para descubrir y estudiar estos hechos? Por último, derivada de estas preguntas ¿cuáles eran las leyes que podían descubrirse y que correspondieran a las leyes de la naturaleza que estaban descubriendo los científicos naturales? A comienzos del siglo XIX había ciertos signos alentadores en el aire. Algunos estudiosos empezaban a tomar en serio la observación (hoy casi evidente) de que la acción humana no es al azar, sino que se conforma a ciertas pautas predecibles. Uno de los grandes avances, a finales del siglo XVIII, fue la formulación, por Adam Smith, de la idea de que los individuos que ejercen sus propias preferencias interesadas podían, como si los controlara una "mano invisible", producir regularidades sociales en gran escala.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> A. Smith, *The Wealth of Nations*, ed. A. Shinner, Penguin Books, 1970. [Hay versión en español del FCE.]

El concepto mismo de sociedad, pudo verse, claramente implicaba un conjunto de fenómenos que, aunque incluyeran individuos con todas sus singularidades, caprichos y fantasías, no obstante exhibía regularidades en gran escala, en algún sentido tan reales y predecibles como únicos y diferentes son los individuos. En suma, había ideas en torno de las cuales resultaba verosímil concebir una sociedad en el nivel de una realidad *sui generis*. El problema era decir cómo. Había y sigue habiendo muchos enigmas en ello, y aquí es oportuno considerar con mayor detalle un intento de respuesta a esta pregunta y a otras relacionadas. La intención es ilustrar algunos de los principales asuntos a los que se enfrentó la ciencia social positivista mediante la obra de alguien que ejerció profunda influencia al fijar los términos de semejante enfoque, Émile Durkheim. Esto no es afirmar que la obra de Durkheim ofrece respuestas a todos los problemas. Absurdo sería. Baste decir que al menos hizo mucho para identificar los problemas. Como tal vez sea inevitable, el *corpus* de la obra de Durkheim muestra muchas contradicciones, incongruencias, razonamientos dudosos y otras dificultades, pero sí ejemplifica la ciencia social positivista en su mejor espíritu.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Aparte de los escritos del propio Durkheim, se encontrarán otras versiones útiles en R. Fletcher. *The Making of Sociology*, vol. II, *Developments*, Nelson, 1973, parte 2; R. Aron, *Main Currents of Sociological Thought*, II Penguin Books, 1970. Una crítica interesante aunque a menudo difícil es la de P. Q. Hirst, *Durkheim, Bernard and Epistemology*, Routledge & Kegan Paul, 1975, esp. parte 2; y también la excelente biografía de S. Lukes, *Émile Durkheim, His Life and Work*, Allen Lane, 1973.

## EL POSITIVISMO DE DURKHEIM

Durkheim es el primer sociólogo desde Comte, con quien tenemos una considerable deuda intelectual, que celosamente justificó la sociología como disciplina autónoma caracterizada por rigor, precisión y método científico. Fue un gran constructor de sistemas a la manera clásica, que abarcó las discusiones filosóficas sobre la naturaleza de la sociología así como investigaciones más sustantivas sobre la división del trabajo, el suicidio, la religión y la educación. Su obra fue un puente entre el siglo XIX y el XX. Muchas de las ideas de Durkheim, incluyendo el papel central de la división del trabajo, el reconocimiento de que la sociedad representaba un nivel de realidad por derecho propio, que la sociedad era fundamentalmente un orden moral, tuvieron sus raíces en Comte y sus contemporáneos. También otros eruditos, entre ellos J. S. Mill, Spencer y Tönnies, influyeron sobre las ideas de Durkheim. Sin embargo, aunque Durkheim fue, en mucho, hijo del pensamiento social del siglo XIX, había de modificar esa tradición en formas importantes y que tendrían grandes consecuencias.

Durkheim insistió, en los términos más enérgicos posibles, en que la sociedad era un fenómeno moral en el cual los modos colectivos de pensar, percibir, sentir y actuar incluían elementos de coacción y obligación y por consiguiente constituían una conciencia moral colectiva. Esto, sostuvo, se expresaba en la religión, el derecho, la división del trabajo y la propia institucionalización. Sin embargo, buen hijo del positivismo, quiso mostrar cómo los métodos de la ciencia

eran demostrablemente superiores a otros métodos de conjetura y filosofía especulativa al estudiar la asociación moral de la sociedad. Al sostener esta opinión, Durkheim estaba tratando de forjar una unidad nueva entre socialismo y materialismo. El anterior grupo de filosofía postulaba una dualidad estricta entre la naturaleza y el hombre, rechazando, en otras palabras, la idea positivista de una unidad de método entre las ciencias naturales y las humanas. Por su parte, Durkheim intentó retener la concepción espiritual y moral del hombre, pero estudiarla empleando los métodos de la ciencia natural sin sus implicaciones materialistas, conduciendo a una reducción de lo distintivamente humano a lo material. En esto yace la importancia de sus esfuerzos por establecer la sociología como disciplina autónoma definida por su tema de estudio, y por evitar la tendencia, de gran parte del pensamiento del siglo XIX, a reducir lo moral y lo espiritual a epifenómenos de fuerzas materiales.

Fenómenos morales como el derecho, la religión, la moral, etc., podían ser objeto de una ciencia natural del hombre si se les examinaba correctamente, "Nuestro objetivo es llevar lo ideal, en varias formas, a la esfera de la naturaleza, sin menoscabar sus atributos distintivos".<sup>8</sup> Estas aspiraciones dejaron a Durkheim con dos problemas interrelacionados, ambos, dentro del marco del positivismo: establecer la realidad de lo social y descubrir las formas en que se le podía conocer.

<sup>8</sup> É. Durkheim, *Sociology and Philosophy*, trad. D. F. Pocock, Cohen & West, 1953, p. 96.

La ciencia era, para Durkheim, el estudio de "cosas" y se interesaba, en primer lugar, en describirlas y clasificarlas con precisión, y en segundo lugar, en explicar las formas en que se encontraban conectadas. Aquí, Durkheim está estableciendo el contraste entre "cosas" e "ideas":

Las cosas incluyen todos los objetos de conocimiento que no pueden ser concebidos por una actividad puramente mental, las que requieren para su concepción datos tomados de fuera de la mente, de observaciones y experimentos, aquellas que se edifican a partir de las características más externas e inmediatamente accesibles, hacia las menos visibles y más profundas.<sup>9</sup>

Una característica de suprema importancia de las "cosas" en la realidad externa es que no están sometidas a nuestra voluntad, que resisten a nuestros intentos subjetivos por cambiarlas, lo que demuestra, según Durkheim, que su existencia es independiente de nuestras ideas acerca de ellas.

Las ciencias, entonces, tratan de "cosas", y la sociología y las ciencias sociales no deben ser una excepción. Así, dejando las propiedades de las "cosas" en general, debemos examinar ahora la forma en que Durkheim establece la facticidad de lo social. "Los hechos sociales" adoptan las propiedades de "cosas" en general: son externos a nosotros, resisten nuestra voluntad y nos limitan. Como ilustración cita la lengua francesa, reglas morales como organizaciones económicas, leyes, costumbres: todos ellos fenóme-

<sup>9</sup> É. Durkheim, *The Rules of Sociological Method*, ed. G. E. C. Catlin, Nueva York, The Free Press, 1966, p. X, iii

nos sociales que son independientes de los individuos y los limitan:

He aquí, pues, una categoría de hechos con características muy distintivas: consiste en formas de actuar, pensar y sentir, externas al individuo y dotadas con un poder de coacción, por razón de lo cual lo controlan... el término "social" se aplica exclusivamente a ellos, pues tiene un significado distinto tan sólo si designa exclusivamente los fenómenos que no se incluyen en ninguna de las categorías de hechos que ya han sido establecidas y clasificadas. Por consiguiente, estos modos de pensar y actuar constituyen el dominio apropiado de la sociología.<sup>10</sup>

Estos hechos no son reductibles a hechos biológicos o psicológicos, ya que no comparten ninguna de sus características. No obstante, los "hechos sociales" son "cosas" ya que poseen externalidad, limitación, calidad de difuso y generalidad.

La concepción durkheimiana de que la sociedad es realista, se basa en la suposición de que, dentro de la esfera de la naturaleza, existe una entidad definida en términos de un sistema de relaciones encargadas de generar normas y creencias colectivamente compartidas.<sup>11</sup> Así, la sociedad es una realidad "en sí misma" y los "hechos sociales" existen "por derecho propio", aparte de manifestaciones de ellos en individuos. Son la interacción y la asociación de los individuos las que hacen surgir los fenómenos na-

<sup>10</sup> *Ibid.* pp. 3-4.

<sup>11</sup> Véase, sobre el "realismo relacional o asociacional" de Durkheim, H. Alpert, *Émile Durkheim and his Sociology*, Columbia University Press, 1939, pp. 151-157.

cientes análogos a la forma en que los elementos químicos se combinan para producir una nueva síntesis. Esto tiene la ulterior consecuencia de restringir la explicación de los "hechos sociales" a otros factores sociales en el mismo nivel de complejidad.

La sociedad no es una simple suma de individuos... el sistema formado por su asociación representa una realidad específica que tiene sus propias características... por tanto, está en la naturaleza de esta individualidad colectiva... el que debemos buscar las causas inmediatas y determinantes de los hechos que allí aparecen.<sup>12</sup>

La tarea del científico social, como la comprendió Durkheim, consiste en describir las características esenciales de los hechos sociales y en demostrar cómo surgen, entran en relación entre sí, actúan unas sobre otras y funcionan unidas para formar conjuntos sociales coordinados.

De esta manera, Durkheim trató de rechazar el dualismo entre ideas y materia, pero en tal forma que conservara las cualidades de las ideas sin reducirlas a simples producciones materiales. Las relaciones sociales y los fenómenos engendrados por ellas son hechos, y poseen una realidad, pero no una realidad material. No existen aparte de los individuos ni en un solo individuo, sino en individuos asociados y entre ellos. Al actuar en unión, los individuos producen signos lingüísticos, creencias religiosas, códigos morales, leyes y similares, compartidos por la mayoría de los miembros de una sociedad o grupo particular. Por consiguiente, cuando los individuos piensan

<sup>12</sup> Durkheim, *Rules*, pp. 103-104.

y actúan de acuerdo con estas ideas compartidas o "representaciones", no lo hacen como individuos aislados sino como miembros de un conjunto cultural más vasto. Más aún, al hacerlo producen una estructura o pauta que da su morfología característica al grupo o sociedad. La vida social consiste en "representaciones" que son estados de la "conciencia colectiva", distinta de las conciencias individuales de sus miembros, y que se conforma a leyes distintas.

Habiendo establecido la realidad de lo social, la siguiente tarea de Durkheim consistió en mostrar cómo se podía dar a conocer como ciencia social. Con este fin, dedicó uno de sus más célebres estudios a elucidar los procedimientos para el estudio y la explicación definitivos de los "hechos sociales". Algunos lineamientos generales ya estaban implícitos en su concepto de los "hechos sociales" como "cosas", pero eran detalles esenciales de método y metodología que surgían de la naturaleza particular de lo social. Su concepto de los "hechos sociales" como externos al individuo le llevó a rechazar la idea de que una explicación satisfactoria de un hecho social era describir su actual uso en la sociedad y, como corolario, explicarlo diciendo que se le había creado con un propósito para que cumpliera dichos usos; en suma, Durkheim evade toda forma de explicación teleológica; los "hechos sociales" requieren una explicación por causas deterministas, y no por su intención.

Antes observamos que Durkheim, en sus esfuerzos por establecer una garantía intelectual de la ciencia social, hubo de superar la visión dualista que distinguía claramente entre "ideas" y "materia". Este paso

era necesario para poner el ámbito de las "ideas" bajo el ojo inquisidor de la ciencia. Para Durkheim, la ciencia trataba de lo que está "sujeto a observación".<sup>13</sup> Cada ciencia concierne a una especie distinta de realidad, que es su dominio exclusivo. Sin embargo, la observación científica no era algo sencillo. Las "cosas", o en este caso específico "los hechos sociales", no simplemente aparecen ante nuestros sentidos. Por lo contrario, lo que aparece directamente ante nuestros sentidos es a menudo erróneo, hasta ilusorio. Los miembros de la sociedad, aunque sujetos a "hechos sociales", más que probablemente sustituirían la cosa real por las "representaciones" de "hechos sociales". Estas "*notiones vulgares*" o "*idola*" son engaños que deforman los procesos sociales auténticos y que, íntegros, son productos de la mente "como un velo corrido entre las cosas y nosotros".<sup>14</sup> Para dar unos fundamentos sólidos, la ciencia debe apartarse de estas ilusiones mentales y descubrir lo real. Por consiguiente, el hombre de ciencia debe estar dispuesto a enfocar el mundo social como si estuviese viéndolo por primera vez! "Debe sentirse en presencia de hechos cuyas leyes son tan insospechadas como lo fueron las de la vida antes de la época de la biología; debe prepararse a hacer descubrimientos que le sorprenderán y perturbarán."<sup>15</sup> Así, Durkheim está estableciendo un marcado contraste entre lo que podemos llamar las "categorías del sentido común", aquellos conceptos que los miembros de la

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. XIV.

sociedad emplean para describir y explicar el mundo social tal como aparece ante ellos, y los "conceptos científicos".

Con esta distinción, Durkheim está estableciendo el punto de que en el sentido científico, los miembros de la sociedad no saben lo que realmente son los fenómenos sociales: no saben *lo que son el estado, la soberanía, la libertad, la democracia, el socialismo y la religión.*

Esto no significa que no tengan ninguna idea de ello, sino que son vagos y confusos en cuanto a su verdadera naturaleza. Especialmente reveladoras, a este respecto, son sus observaciones al definir científicamente el "suicidio":

Hemos de preguntar si, entre las distintas variedades de la muerte, algunas tienen cualidades comunes lo bastante objetivas para ser reconocibles por todo observador honrado, lo bastante objetivas para que no se encuentren en otra parte y lo bastante afines a aquellas comúnmente llamadas suicidios para que retengamos el mismo término sin romper con el uso común.<sup>16</sup>

En otras palabras, el uso común es fuente de conceptos científicos sociales pero es vago, a menudo oscuro, ambiguo, burdo y, por consiguiente, necesita aclaración. Para descubrir esta naturaleza verdadera, el sociólogo debe enfrentarse a estos fenómenos como "cosas" y liberarse de prejuicios y otros conceptos propios, que obstaculizan el conocimiento científico. Los hechos sociales deben ser observados desde

<sup>16</sup> É. Durkheim, *Suicide*, trad. J. A. Spaulding y G. Simpson, Routledge & Kegan Paul, 1952, p. 42.

“fuera” por decirlo así, objetivamente descubiertos, tal como descubriríamos hechos físicos.<sup>17</sup>

Durkheim no sólo está estableciendo el punto de que la ciencia simplemente surge porque el científico adopta una *actitud* particular hacia el mundo, como parece sencillamente implicar su dicho “los hechos sociales deber ser considerados como cosas”. Está diciendo que de esta manera se da a conocer la verdadera naturaleza del mundo. Esto lo deja ante el problema de cómo reconoceremos los “hechos sociales” empleando el método que él propugna. Hay algunas claves en este concepto de una “cosa” y su encarnación en el concepto de “hecho social”: es general, externo, colectivo y limitador. Por desgracia, todo lo que tienen los científicos, para empezar, son las apariencias, las “ilusiones” no la aprehensión directa del hecho social. Por consiguiente la primera tarea del científico, como ya se dijo, es liberarse de prejuicios. La segunda es buscar fenómenos que muestren las características de “cosas”, y la tercera es definirlos. La definición es esencial para la epistemología de Durkheim, ya que deberá “establecer contacto con las cosas”.<sup>18</sup> Hasta este punto, el investigador sólo se está enfrentando a características externas dadas a la percepción, pues son la única clave de que dispone para llegar a la realidad.

Sin embargo, se construye una definición científica de un fenómeno agrupando características “objetivas” externas comunes y, una vez formulada una definición, incluyendo en la investigación todos aquellos

<sup>17</sup> Aron, *op. cit.*, pp. 70-71.

<sup>18</sup> Durkheim, *Rules*, p. 42.

fenómenos que están en armonía con ella. Por ejemplo, para definir el crimen se observa primero que el crimen se pueda reconocer por signos externos particulares. Lo que distingue el crimen de otros fenómenos sociales es que provoca una reacción social, a saber, un castigo.<sup>19</sup> El castigo no es un acto individual, aunque hay individuos que son agentes operativos. Es una cuestión social encarnada en códigos jurídicos y morales y, como tal, es signo de que en ello participa de alguna manera la "conciencia colectiva". De manera similar, el "suicidio" queda definido como "todos los casos de muerte resultante directa o indirectamente de un acto positivo o negativo de la víctima misma, que ella sabía que produciría este resultado".<sup>20</sup> Esta definición, según Durkheim, señala un grupo homogéneo, distinguible de otros, y delimita un campo para la investigación.

Para pasar de los fenómenos externos a los reales, Durkheim invoca entonces un axioma esencial para su epistemología, a saber, el principio de causación. Prestó detenida atención a los escritos metodológicos de J. S. Mill y convino con él en las dificultades a las que se enfrentan las ciencias sociales al idear experimentos apropiados para poner a prueba sus teorías. Además, el concepto mismo de Durkheim de los "hechos sociales" como "cosas" parece ponerlos fuera de toda manipulación deliberada en condiciones controladas. Y sin embargo, insistió en que, como la marca de la ciencia era tratar de causas, éste debía ser, asimismo, el procedimiento normal de la socio-

<sup>19</sup> Aron, *op. cit.*, p. 74.

<sup>20</sup> Durkheim, *Suicide*, p. 44.

logía. La explicación de los hechos sociales debe ponerse a prueba sobre la suposición de que un efecto dado siempre procede de una causa única pese a que, en realidad, se encuentran entrelazados en formas complejas. Así, una vez que ha quedado definida una categoría de hechos sociales en la forma recomendada, será posible encontrarle una sola explicación. De este modo, es posible identificar subespecies o tipos de suicidio en función de sus diferentes subespecies de causas.

Como en las ciencias sociales no era posible el experimento directo para establecer la causa, había que recurrir al método comparativo. Para Durkheim esto significaba, en realidad, la "variación concomitante" o correlación, es decir, el movimiento paralelo de una serie de valores presentados por dos fenómenos; sólo esto, siempre que la relación se hubiese manifestado en número y variedad de casos suficiente, es prueba de que existe una relación causal. La concomitancia constante de dos factores es suficiente para crear una ley.<sup>21</sup> Por sí solo, esto no bastaba para un entendimiento profundo de la conexión, sino que sólo indicaba que sí existía una conexión de alguna índole causal. A un tercer factor podía deberse la correlación entre los hechos originales, y una investigación ulterior tendría que investigar esta posibilidad. De esta manera, por medio de refinamientos sucesivos, se lograba una aproximación cada vez mayor al descubrimiento de la realidad auténtica oculta tras los fenómenos sociales.

Un punto que debe subrayarse aquí es la insistencia de Durkheim en que las causas de los "hechos

<sup>21</sup> Durkheim, *Rules*, pp. 130-131.

sociales" deben buscarse entre los otros "hechos sociales" del medio social. Ésta es una de las condiciones de la existencia de la propia sociología. Cada ciencia trata de su propio dominio y no puede mirar más allá en busca de causas explicativas.

Por fortuna, Durkheim no se contentó con los programas. También se interesó profundamente en aplicar sus "reglas" metodológicas a problemas sustantivos de teoría y sociedad. En esto último estaba continuando la tradición moralista de Comte y de otros positivistas, con su perenne interés en la intervención racional en la sociedad. El conocimiento aportado por la ciencia social era preludeo esencial para el entendimiento de los orígenes y la posible prevención de las diversas patologías que la sociedad había heredado. Enfocando más estrechamente, vemos que las ideas de Durkheim ofrecían un conjunto (de enorme interés) de justificaciones para emplear varias formas de datos, con objeto de poner a prueba ciertas teorías sociológicas. Sus "reglas de método sociológico" pretendían llegar más allá del uso simplemente ilustrativo de los materiales históricos y sociales, con los que, según afirmó, se habían contentado Comte, Spencer y otros; en cambio, pretendían fundamentar dichos materiales sistemáticamente dentro de una ciencia social concebida en forma racional.

Particular interés ofrece el estudio hecho por Durkheim del suicidio, que de manera impresionante muestra la relación entre sus ideas filosóficas acerca de la naturaleza de la sociología y su aplicación a la investigación de un fenómeno sustantivo. La decisión

de estudiar el suicidio fue particularmente valerosa, dadas las afirmaciones de Durkheim acerca de la naturaleza de los hechos sociales. De todas las acciones humanas, el suicidio parece tan personal, tan producto de la voluntad individual, punto de vista que él plenamente reconoce en su definición del suicidio como un acto cometido a sabiendas. No obstante, Durkheim sostendría que no bastaba la explicación en términos de psicología individual. Su método de la variación concomitante es aquí de particular eficacia cuando revela que no hay correlación entre las tasas de suicidio en diferentes poblaciones y la incidencia de ciertos estados psicopatológicos. Por ejemplo, la proporción de neuróticos y dementes entre judíos es hasta cierto punto alta, y sin embargo la frecuencia del suicidio en dicho grupo religioso es baja.

De manera similar, rechaza las explicaciones en función de herencia e imitación. Mediante la eliminación de explicaciones diversas y la reunión positiva de otras pruebas intenta demostrar la naturaleza social del suicidio. Señala la observación de que las tasas de suicidio permanecieron constantes en varias sociedades durante un período revelador, pero en cambio diferían entre sociedades, y muestra cómo las tasas variaban en forma constante, con ciertas condiciones sociales. Así, aunque el individuo sin duda tenía experiencias privadas, conectadas con el suicidio, las tasas se debían a las condiciones asociacionales prevalentes en el grupo al que pertenecía el individuo. Las variaciones de estas condiciones generales hacían surgir diversos tipos de suicidios: el altruista, el egoís-

ta y el anímico. De este modo, Durkheim logró pasar a una relación de concomitancia constante entre una sola causa, el grado de integración social de grupos sociales, y un solo efecto, el suicidio; este último variaba en proporción inversa al primero.

El uso dado por Durkheim a las estadísticas en este estudio es de particular interés, pues ofreció a las ciencias sociales varios modos posibles de emplear tales materiales, que no se limitaba a contar. Las tasas de suicidio, las cifras de población y similares fueron para Durkheim los sedimentos observables del estado moral de la sociedad: "la vida social consolidada", que hacía posible estudiar la realidad social a través de estas manifestaciones objetivas. Por ejemplo, consideró las tasas de suicidio como producto de la "corriente suicidogénica", o aquellos "hechos sociales" que establecen que, en un grupo particular, habrá cierto número de muertes voluntarias de una u otra índole. Al emplear estas "manifestaciones objetivas" de acuerdo con el principio de correlación para establecer conexiones causales, el sociólogo lograba llegar, penetrando las apariencias, hasta los verdaderos factores subyacentes en la vida social.

#### LAS LECCIONES DE DURKHEIM

Es imposible presentar aquí una apreciación completa de las muchas sutilezas del pensamiento durkheimiano. Se le ha discutido porque se enfrentó a muchas de las cuestiones que la ciencia social positivista había de enfrentar y resolver si quería establecerse como la versión ortodoxa de la ciencia social. Huelga

decir que en esto, Durkheim no es la única figura de importancia. Está en deuda hacia otras figuras, particularmente Comte y J. S. Mill. Y su influencia en años ulteriores no quedaría sin modificar y deformar, ya que los estudiosos a veces leen lo que quieren leer en su obra, para justificar sus propias ideas y teorías. Los padres fundadores siempre corren el riesgo de ser mal representados, puesto que sus nombres y reputaciones dan crédito a producciones menos impresionantes. ¿Qué representa, entonces, Durkheim, para la ciencia social positivista en general y para la sociología en particular?

Tal vez el primer elemento que se deba reiterar sea su preocupación por establecer lo social como una realidad por derecho propio. No aseveró, simplemente esto, sino que se esforzó por mostrar cómo los "hechos" eran una parte de la naturaleza, tanto como los hechos biológicos, químicos y otros hechos físicos. Este "realismo relacional social" fue un nítido argumento: le capacitó para sostener que lo social podía estudiarse con los mismos métodos científicos empleados en las ciencias naturales, sin verse obligado a reducir los fenómenos sociales a "cosas" materiales. Así, en términos ontológicos, la naturaleza y las realidades sociales eran de un mismo orden — "similares a cosas" — y, al serlo, podían ser estudiadas por los mismos principios epistemológicos. Una vez establecida la realidad independiente de lo social y la unidad de método, Durkheim pudo argumentar que se podía estudiar objetivamente la ciencia social por medio del método científico.

Una segunda característica le causó más dificultad

des aunque su solución sea, a la vez, ingeniosa y consecuente. La ciencia trataba de los objetos de sensación; esto era lo que efectivamente la diferenciaba de la metafísica, y la establecía como forma válida de conocimiento. Durkheim aceptó esta opinión, así como otros positivistas, y afirmó que los "hechos sociales" eran "cosas", aunque no cosas materiales cual tejidos, células o rocas, y análogamente llevó las características de un "mundo externo", material, más allá de las ideas. Sin embargo, el mundo social, como lo experimentaban quienes vivían en él, no parecía "semejante a una cosa". Por lo contrario, era reducible a la voluntad y la elección humanas. Por consiguiente, Durkheim tuvo que socavar la visión "interna" de sentido común de la sociedad como ilusoria, mientras conservaba la concepción de la ciencia como algo que trataba de los "objetos de sensación". Con este fin tuvo que desarrollar una teoría y unos métodos para relacionar la forma en que la sociedad aparecía ante sus miembros y su naturaleza real.

Intentó hacer esto, no siempre claramente, de muy diversas maneras. Pidió que los científicos sociales adoptaran una actitud particular hacia los fenómenos, una actitud de objetividad, extrañeza, sorpresa, etc. Más aún, al tomar de las ciencias naturales los atributos de "cosidad" y aplicarlos a lo social, afirmó que se podían identificar los auténticos procesos de la sociedad. Se habían de identificar por medio de sus manifestaciones individuales, los sedimentos y las otras huellas que dejan tras de sí, con ayuda del principio de correlación. De este modo, se revelarían las leyes de la sociedad. Así conservó Durkheim la idea

de ciencia como algo que trata de observables, pero sólo como indicios de causas subyacentes más profundas. Estas causas más profundas no estaban al alcance de los miembros ordinarios de la sociedad, cegados por sus prejuicios y preconcepciones, sino que para descubrirlas requerían el método científico. Así, el conocimiento de la ciencia social es un conocimiento especial producido por observadores debidamente preparados: en suma, profesionales. A mayor abundamiento, el estudio de la ciencia social fue considerado como actividad independiente del mundo social que se estaba investigando. Y en realidad, esta independencia era ingrediente esencial para que lograra ser una ciencia.

Durkheim sobresale en la historia de la ciencia social porque se esforzó por legitimar una concepción de la ciencia social congruente con la imagen prevaleciente de ciencia natural. Esta imagen fue profundamente engañosa en muchos sentidos, como veremos, pero su insistencia en las leyes y la explicación causal, el método objetivo y riguroso es importante y dio autoridad a su propia investigación empírica. Sus esfuerzos por demostrar que la sociedad era una realidad *sui generis*, era parte de su compromiso más general por demostrar que la cientificidad de la sociología, no se libró de críticas. Numerosos críticos afirmaron que Durkheim era culpable de reificar la sociedad, atribuyéndole propiedades que sencillamente no podía poseer. Y, sin duda, mucho de lo que Durkheim tuvo que decir dio la clara impresión de que pensaba en términos de mentes en grupo, o de la sociedad como organismo en sentido literal y no

figurativo. No obstante, pese a ésta y otras críticas, Durkheim sí representa lo que es el núcleo de la interpretación positivista de la ciencia social. Debe hacerse obvio, en los capítulos siguientes, que su visión no carecía de dificultades.

### III. EL POSITIVISMO Y EL LENGUAJE DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

LA PRIMERA mitad de este siglo presenció el florecimiento de la filosofía positivista como ortodoxia de la ciencia social. No quiero decir con esto que sus preceptos fuesen unánimemente aceptados; sencillamente, que sirvió para fijar el contexto del debate, hasta el punto en que lo hubo, acerca de la naturaleza de las ciencias sociales. Llegó a ser la justificación metodológica dominante de lo que Kuhn llamó la "ciencia normal": una ciencia practicada sin remitirse constantemente a premisas filosóficas fundamentales,<sup>1</sup> una ciencia caracterizada por la investigación empírica de "solución de enigmas", y no por una grandiosa especulación filosófica acerca de teorías o enfoques fundamentales. La mayoría de los sociólogos convinieron en que las ciencias sociales debían seguir el modelo de las ciencias naturales, especialmente de la física, pues eran estas disciplinas las que representaban la cúspide de la realización en materia de conocimiento humano. Habiendo aceptado esto, ya hubo menos acuerdo sobre la naturaleza precisa,

<sup>1</sup> Para este concepto de "ciencia normal" véase T. S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, 2a. ed., Chicago, University of Chicago Press, 1970. (*La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, 1969). Debe indicarse que Kuhn estaba hablando de ciencia natural y no de ciencia social.

no sólo de las ciencias sociales, sino también de las ciencias físicas. Es importante recordar que aunque la mayoría de las ciencias sociales tomaran como su vara de medir las ciencias naturales, lo hicieron con respecto a interpretaciones particulares de las ciencias naturales, de las cuales era la principal el positivismo.

Dentro de las ciencias sociales inspiradas por el positivismo surgieron debates, por ejemplo, sobre si las explicaciones funcionales eran consecuentes con las explicaciones causales convencionales, o si lógicamente equivalían a ellas. Si las teorías sobre ciencia social podían alcanzar la certidumbre de las teorías sobre ciencia natural o habían de contentarse con aproximaciones a ello, quedándose en el nivel probabilista; si la falsificación o verificación sería la norma fundamental de los planteamientos científicos, etc. Estos debates y otros formaron las cuestiones nucleares de la filosofía de la ciencia social.<sup>2</sup> Sin embargo, aquí nuestro interés se centra en las cuestiones filosóficas que brotan del propio proceso de investigación. Esto no significa, como ya lo he indicado, que tales cuestiones no estén relacionadas con las preocupaciones más generales de la filosofía de la ciencia. Por lo contrario, hasta el punto en que tratamos de cuestiones acerca de la naturaleza del conocimiento, no podemos evitarlas. Como lo vimos en el capítulo anterior al analizar el intento hecho

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, R. S. Rudner, *The Philosophy of the Social Sciences*; Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1966; A. Ryan, *The Philosophy of the Social Sciences*, Macmillan, 1970; M. Lessnoff, *The Structure of Social Science*. Allen & Unwin, 1974; D. Popineau, *For Science in the Social Sciences*, Macmillan, 1978.

por Durkheim de establecer una ciencia social de la sociología, el uso explícito de lo que se ha considerado como la correcta visión filosófica de la ciencia natural, a saber, el positivismo, ha sido el modo tradicional de demostrar que, pese a sus diferentes materias, las ciencias sociales emplean los mismos principios metodológicos que las ciencias naturales.

### EL LENGUAJE DE LA OBSERVACIÓN

Uno de los rasgos más importantes de las filosofías positivistas de la ciencia fue el lugar eminente concedido a la investigación empírica en la producción de conocimientos. Se dijo que los grandes avances científicos se habían logrado cuando el científico, pacientemente, había recabado hechos acerca del mundo, produciendo las generalizaciones conocidas como leyes científicas. Extender este procedimiento a todos los terrenos produciría, en el curso del tiempo, tal acumulación de conocimientos que no quedaría rincón del mundo humano y natural donde no llegara la mirada penetrante de la ciencia. Ante todo, la ciencia era una actividad empírica, y su base se encontraba en la observación de lo que podemos llamar "datos brutos", es decir, datos que no son resultado de juicio, interpretación u otros tipos de operación mental subjetiva.<sup>3</sup> Del mismo modo que los científicos natu-

<sup>3</sup> Véase G. E. Anscombe, "On brute facts", *Analysis*, 18(1957-8) 69-72; C. Taylor, "Interpretation and the sciences of man", en R. Beehler y A. R. Drengoson (comps.), *the Philosophy of Society*, Methuen, 1978, p. 160.

rales describen y clasifican los fenómenos, anotando cosas observables como tamaño, forma, posición, movimiento, etc., así también los científicos sociales definirían sus fenómenos de interés.

Los positivistas afirmaron, entonces, que la base de la ciencia se encuentra en un lenguaje de observación, teóricamente neutral que es, a la vez, ontológica y epistemológicamente primario.<sup>4</sup> Es decir, las afirmaciones hechas en este lenguaje privilegiado son directamente verificables como verdaderas o falsas simplemente observando los "hechos" del mundo. Encarnaban lo que se ha llamado una teoría de correspondencia de la verdad, a saber, que la verdad de la afirmación debe quedar determinada por su correspondencia con los hechos. Si correspondía con ellos, era verdad; en caso contrario, era falsa. Más adelante esto llegaría a ser, en forma modificada, una norma sobre lo significativo de una afirmación.

La versión más clara e influyente de positivismo fue propuesta por un grupo conocido como los Positivistas Lógicos, escuela de filosofía que se desarrolló

<sup>4</sup> R. Carnap. *The Logical Structure of the World*, Routledge & Kegan Paul, 1967 (publicado primero en alemán, en 1928), por ejemplo, ofrece una versión de todo el aparato del discurso científico en términos de una similitud recordada entre impresiones sensorias. Éstos son los elementos básicos de los que se construyen, con ayuda de la lógica, los conceptos de las cosas materiales, otras mentes e instituciones sociales. Los temas del pensamiento se hallan en diversos niveles, reductible cada uno al que está precediéndole. Las afirmaciones de nivel superior se justifican por inducción a partir de las afirmaciones de los niveles inferiores; las afirmaciones básicas de bajo nivel no necesitan ni pueden tener justificación inferencial. El sistema de creencias hace contacto, mediante la observación, con el mundo del hecho empírico.

en Viena a finales de los veintes, encabezada por Mach, Schlick y Carnap. Ellos darían a la filosofía positivista de la ciencia una forma y un sistema que la harían predominar durante la primera mitad de este siglo.<sup>5</sup> Como en otras formas de positivismo, ellos rechazaron la metafísica, reconociendo sólo dos clases de proposiciones: las analíticas, como las de las matemáticas y la lógica, y las sintéticas, verificables por observación empírica. Las proposiciones que no fuesen de ninguna de estas clases fueron consideradas como carentes de sentido. Las afirmaciones religiosas, morales y estéticas junto con las metafísicas fueron a parar al bote de la basura de la falta de sentido o, lo cual no resulta mejor, fueron consideradas como afirmaciones de gusto o preferencia personal, puesto que no eran verificables por la observación empírica ni la analítica. El principio de verificación pasó a ser norma para decidir si un enunciado era significativo o no, y dependió notablemente de que fuera posible inventar un lenguaje "protocolar" o "básico" consistente en una clase terminal de proposiciones que describieran directamente el mundo del hecho bruto.

Aunque la mayoría de los miembros de la escuela consideraron que este lenguaje consistía en informes no-inferenciales directos de experiencia, exactamente aquello a lo que se referían los términos "protocolarios" en el lenguaje observacional fue causa de muchos debates inconclusos. Algunos argumentaron en favor de una interpretación, de acuerdo con los datos sensoriales, de los informes no-inferenciales

<sup>5</sup> Véamos las selecciones en A. J. Ayer (comp.), *Logical Positivism*, Nueva York, Free Press, 1959.

de experiencia, otros se declararon en favor de los "objetos físicos", y otros más de los "hechos atómicos". Mas, para nuestro estudio, el punto es que, cualquiera que fuese la caracterización de estos términos de protocolo, fue el lenguaje observacional el que resultó ontológica y epistemológicamente privilegiado. Por lo concerniente a la práctica científica, no se sugirió que todos los términos o sujetos descriptivos se pusieran en este básico lenguaje observacional. Todo lo necesario era que, si se quería que fuesen significativos, debían ser traducibles o reductibles a enunciados en el lenguaje observacional. Como ocurrió con la naturaleza de las propias entidades básicas, hubo considerables debates sobre cómo podría efectuarse semejante traducción o reducción.

Aunque muchas de las posiciones más extremas de los Positivistas Lógicos resultaron insostenibles, no cabe duda de que su influencia fue profunda. Su opinión fue considerada por muchos filósofos y muchos científicos como la versión filosóficamente autorizada de la ciencia. Aunque quedaran dificultades, no parecieron de importancia tan fundamental que invalidaran la tradición positivista.

## EL LENGUAJE DE LA OBSERVACIÓN Y DE LA CIENCIA SOCIAL

El concepto de un lenguaje primario de observación como fundamento de la ciencia es sumamente poderoso, si bien causa dificultades. Estableció la ciencia como disciplina empírica, le dio un carácter objetivo

al ofrecerle, al menos en principio, un modo de expresión públicamente disponible, emocional, ideológica y teóricamente neutral, además de una norma aparentemente sólida y rápida de verdad, independiente del capricho y el prejuicio humano, y dio categoría privilegiada a sus expresiones como conocimiento del orden más alto. Sin embargo, llevada a la arena de la vida social, esta visión tropezó con problemas que no siempre habían encontrado, por muchas razones, las ciencias naturales. Las dificultades mismas de formular una adecuada base de observación o lenguaje protocolar parecieron indicar que la observación era cosa compleja, hasta en las ciencias naturales. Los hechos no se limitaban a aparecer. No yacían allí, aguardando a que algún científico los recogiera de paso; había que descubrirlos, recabarlos y hacerlos informativos. Todos los "hechos" que Darwin empleó como testimonio de su teoría de la evolución eran "conocidos" antes de él. Otros naturalistas habían notado fósiles muchos años antes que Darwin, y también la mayor parte de las aves y los animales habían sido descubiertos por otros viajeros. Lo que Darwin aportó fue una manera profundamente radical de sistematizar estos datos.<sup>6</sup> Había entonces, pues, más en la observación científica que "simplemente contemplar los hechos", por muy básicos que esos llamados hechos pudieran parecer.

Así, mientras la formulación de un lenguaje de observación primario resultó elusiva, si no ilusoria,

<sup>6</sup> S. Toulmin y J. Goodfield, *The Discovery of Time*, Hutchinson, 1963, ofrece una excelente versión de la aportación de Darwin a la geología y la biología.

se necesitaron otras normas o principios de observación. Hasta cierto punto, se encontraron implícitos en el concepto positivista de la ciencia. El mundo, fuese natural o social, operaba de acuerdo con leyes estrictas y por tanto poseía una estructura determinista que podría ser revelada por los instrumentos de investigación apropiados. Más aún: esta estructura podría describirse cuantitativa y formalmente. En el aspecto metodológico, entonces, la investigación empírica equivalía a descubrir aquellas propiedades de las cosas del mundo que muestran regularidades invariables con otras cosas; las propiedades serían descritas, hasta donde fuera posible, en términos de lo que es rigurosamente observable. De este modo, el físico no trata de bolas de billar, plumas que caen, autos que chocan, agua que hierve, sino de cuerpos de particular forma, tamaño, masa, movimiento, longitud de onda o similares. Las correlaciones entre tales atributos constituyen los datos básicos para la teoría. Estos atributos acaso no puedan observarse sin la ayuda de instrumentos, pero el principio es el mismo. Llevada a la ciencia social, esta concepción tropezó con problemas. Uno de ellos tuvo que ver con los llamados "estados mentales". Los seres humanos no son simplemente capas externas de forma, tamaño y movimiento: tienen una vida interior inaccesible a la observación en su forma normal. Algunos sostuvieron que esta inaccesibilidad implicaba que no era posible tratar tales fenómenos objetivamente, o sea científicamente. Los objetos físicos, los hechos físicos y los procesos físicos podrían describirse en versiones más rigurosas de los cinco sentidos y, por tanto se

podían poner a disposición del público. Los estados mentales o estados de conocimiento, en cambio, sólo podía experimentarlos o verdaderamente conocerlos una persona, a saber, la persona que estaba sometándose a la experiencia. No tendría sentido describir una actitud, salvo, tal vez, poéticamente, en términos de su olor, tacto, color, sonido o gusto. Por consiguiente, si la ciencia social ha de tratar de personas, como claramente ha de ser en una forma u otra, entonces para mantener la posición positivista el lenguaje observacional debía ser capaz de tratar de estados mentales. Se ofrecieron varias soluciones. Una de ellas fue pasar por alto enteramente los estados mentales, empleando un lenguaje observacional que sólo tratara del comportamiento exterior. Como método, conocido con el nombre de "behaviorismo", esto obtuvo cierta aceptación en la psicología, y se basó en negarse a emplear como dato la introspección de nuestros propios estados mentales. En realidad, sostuvo que las leyes de la psicología debían basarse en un comportamiento abierto y públicamente observable. No se trataba tanto de negar la existencia de los estados mentales cuanto de pasarlos por alto, como algo que no venía al caso para el desarrollo de una adecuada ciencia del comportamiento humano.

Una estrategia más típica argüiría que aunque los estados mentales no fuesen observables en forma directa; sin embargo ciertos estados mentales en particular estaban asociados a despliegues externos en particular. Por ejemplo, si vemos a una persona apretar los puños, rechinar los dientes, abrir mucho los ojos, con el rostro rojo, razonablemente inferiremos

que el estado mental que está experimentando la persona es la ira; en realidad, que la causa de todas estas dramáticas actitudes es la experiencia de ira y rabia por la persona. Por tanto, se ofreció el argumento de que todas las afirmaciones referentes a estados mentales podían analizarse en un nuevo conjunto de declaraciones referentes a señales o despliegues abiertamente físicos. Los fenómenos mentales, entonces, podrían observarse, para todo fin, estudiando el correspondiente despliegue exterior de conducta, siendo éste un índice de aquéllos.

Esta clase de explicación de la relación entre los estados mentales y la conducta manifiesta resultó tranquilizadora para muchos empiristas, pues puso la "mente" bajo observación científica. Después de todo, los estados mentales eran públicamente observables. Se mantenía el principio epistemológico de la experiencia como base de conocimiento científico; sin embargo, podía objetarse que los seres humanos experimentan estados de conciencia más sutiles que la ira, el placer o el dolor. También pueden desear riqueza, categoría o poder, pueden creer en la democracia o en el derecho divino de los reyes, considerar inmoral la violación, opinar que los Beatles son maravillosos, ver la belleza de la Gioconda y sentir repulsión ante Johnny Rotten. ¿Podía interpretarse todo esto de la misma manera? Para los positivistas, la respuesta era afirmativa. Las creencias que la gente sostiene, los valores que suscribe, los juicios que hace, sus gustos y preferencias, todo ello es públicamente verificable. Los valores son objetivos en el sentido de que los sostienen personas capaces de in-

formar de sus "sentimientos anteriores" o "estados de conciencia". El científico social no tiene que estar de acuerdo o en desacuerdo con las creencias expresadas; simplemente, informar de ellas o utilizarlas como datos primarios. En pocas palabras, los valores que las personas sostienen son tan fácticamente brutos como los estratos geológicos, los átomos, los flujos de gas, las velocidades y similares. Empleando cuestionarios cuidadosamente redactados, escalas de actitud, entrevistas y similares, podía permitirse a los sujetos expresar sus creencias y de este modo se podía tener un acceso objetivo a aspectos importantes de la vida mental.

El propio resolver el problema de la vida interior formó parte de la cuestión general antes mencionada de formular principios de la propia observación científica social. Para armonizar, aproximadamente, con lo que los científicos naturales lograban, el lenguaje de la observación en ciencias sociales había de consistir en términos objetivamente definidos, había de ser generalizable y, de ser posible, cuantificable. Puesto que el objetivo era realizar la visión comteana de descubrir leyes generales de la vida social, los términos básicos del lenguaje habían de expresar cualidades generales, no particulares. Uno de los principales movimientos en la historia de la ciencia social fue el uso de términos de tipo matemático para hablar acerca de los datos, y entre ellos uno de los más importantes fue el lenguaje de las variables.<sup>7</sup> Esto repre-

<sup>7</sup> Este desarrollo debió mucho a la obra de P. F. Lazarsfeld y M. Rosenberg (comps.), *The Language of Social Research*, Nueva York.

sentó un modo de hablar acerca de fenómenos sociales dentro de un marco aparentemente neutral, por sus atributos y propiedades y cómo variaban entre sí y en relación de unos con otros. De este modo, el concepto de grupo simplemente denota un tipo muy general y abstracto de colectividad humana. Sin embargo, especificar cualidades variables como tamaño, cohesión, grado de conciencia entre sus miembros, grado de organización social, etc., es mejorar la utilidad del concepto, especialmente en la cuestión de comparar empíricamente los grupos y explorar las condiciones en que surgirían distintos tipos de grupos. Lo que el investigador debe hacer es inventar índices de estos atributos variables y correlacionarlos con otros atributos en que esté interesado, empleando los procedimientos y salvaguardias apropiados. Más se puede conseguir si se logran hacer suposiciones apropiadas acerca del nivel de medición que representan los índices o las variables. Hacer semejantes suposiciones ha producido un desarrollo sumamente rápido de métodos de investigación basados en estadísticas, como muestreo, escalación, y métodos de análisis de datos como regresión, correlación y técnicas multivariadas. Mediante los procesos de operacionalización, la medición y los conceptos de análisis estadístico se traducen directamente en grupos discretos de datos. La inteligencia se define, medida por pruebas de

Free Press, 1965. N. Smelser escribe a propósito del lenguaje de la ciencia: "El lenguaje que he empleado es el lenguaje de los ingredientes de la ciencia: variables dependientes, variables independientes, marcos teóricos y métodos de investigación." *Essays in Sociological Explanation*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1968, p. 43.

inteligencia, la cohesión de grupo, por las tasas de cambio de miembros o la asistencia a las reuniones, el grado de anomia por calificaciones en una escala de aptitud, etc.

Se producen datos objetivos mediante instrumentos estandarizados que pretenden eliminar las causas de tendencias de toda clase, y dar un lenguaje observacional neutral.

De este modo, la investigación social, al menos aparentemente, pareció el tipo de empresa al que se dedicaba el naturalista.

#### EL PROBLEMA DE LOS CONJUNTOS SOCIALES

Así pues, para la investigación empírica de las ciencias sociales, el lenguaje de las variables ofreció un modo de expresar generalizaciones objetiva y precisamente. Además, podían emplearse tales generalizaciones para poner a prueba o falsificar ciertas teorías, dado que se disponía de un método para describir sin ambigüedades el mundo social. Todos los fenómenos sociales se podían codificar, medir (en cierto nivel), correlacionar, delinear precisamente y manipular de diversas maneras en las formas ofrecidas por el lenguaje de las variables. Era posible formular y poner a prueba hipótesis mediante métodos razonablemente rigurosos. Aunque no todas las ciencias sociales podían emular a la psicología y efectuar experimentos en laboratorio, sí podían lograrse buenas aproximaciones mediante diseños de investigación apropiados. Para algunas ciencias sociales, como la economía,

ya se disponía de conceptos cuantificables; en otras, la cuantificación requería cierto ingenio; en algunas, como la ciencia política, el paso a una ciencia social de mentalidad empírica e inspiración positivista se dio relativamente tarde. Sin embargo, en todos los casos el afán básico fue emplear una metodología siguiendo lealmente el precepto de que los datos básicos se componen de lo que es observable, en sentido débil, no en sentido fuerte. No obstante, esto plantea un problema que toca una cuestión vital para las ciencias sociales, a saber, la relación de lo individual con lo colectivo. Como Durkheim lo había establecido con grandes trabajos, las ciencias sociales no se interesaban tanto en los fenómenos particulares como tales sino en fenómenos colectivos que incluían aquellos estados individuales de conciencia que se debían a la operación de procesos sociales.

Las ciencias sociales tratan de grupos de diversas clases, instituciones, culturas, sistemas enteros de interacción y procesos que, a primera vista, son fenómenos más colectivos que individuales. La economía trata de instituciones interesadas en la producción y distribución de la riqueza; la sociología, de clases, grupos y aun sociedades enteras; la ciencia política, de instituciones gubernamentales, partidos políticos, pautas de votación, etc. Y sin embargo, como ya hemos visto con referencia a los estados mentales, esos no son observables en forma directa; por ejemplo, no es posible observar las clases sociales, el sistema económico, el capitalismo, y similares; entonces, ¿qué categoría ontológica tienen esos conceptos? Si recordamos, Durkheim afirmó categóricamente la realidad

de tales fenómenos colectivos: "La sociedad no es una simple suma de individuos. Antes bien, el sistema formado por su asociación representa una realidad específica con sus características propias."<sup>8</sup> La realidad social, en suma, trasciende a los individuos. Como en la naturaleza, en el mundo social hay conjuntos que no simplemente son agregados de los elementos particulares que los componen sino que son unidades orgánicas, son más que la suma de sus partes. Estos conjuntos nacientes no pueden reducirse a las partes que los integran.

La verificación de esta afirmación particular, podría decirse, es necesaria para la viabilidad autorizada de todas las ciencias sociales, pues sin ellas el estudio apropiado del comportamiento humano sólo sería psicología o bien una de sus ramas. La cuestión, como lo ha indicado Lukes, es ontológica y concierne a la realidad de las entidades sociales.<sup>9</sup> Como hemos visto, Durkheim afirmó que las entidades sociales eran tan reales como "cosas", aun cuando no fuesen cosas materiales. Sin embargo, metodológicamente el problema no era tan fácil de resolver. La evidencia empírica aducida en favor de los hechos sociales se derivaba, básicamente, de individuos. Sólo podía observarse el comportamiento individual de alguna forma obvia, ya fuese en forma de respuestas a cuestionarios, pruebas de actitud, observaciones, tasas de

<sup>8</sup> Durkheim, *Rules*, p. 103.

<sup>9</sup> S. Lukes, "Methodological individualism reconsidered", en D. Emmet y A. Mac Intyre (comps.), *Sociological Theory and Philosophical Analysis*, Macmillan, 1970, pp. 76-88; también J. O'Neill (comp.), *Modes of Individualism and Collectivism*, Heinemann, 1973.

frecuencia registradas o alguna categoría de conducta humana como el suicidio, el yoto, las compras, etcétera.

En suma, "nada en los hechos sociales es *observable*, salvo sus manifestaciones individuales".<sup>10</sup> Esto pareció producir una paradoja: por una parte, la afirmación de que los conjuntos sociales eran reales dependía de que no fuese posible reducir completamente las afirmaciones acerca de ellos a afirmaciones acerca de individuos; por otra parte, la prueba de la realidad de los conjuntos sociales parecía depender casi enteramente de los testimonios derivados de manifestaciones individuales de conducta observables. Aunque Durkheim y muchos otros habían mostrado que el comportamiento individual variaba con factores contextuales sociales, o era determinado o causado por ellos, como religión, clase social, estado civil, etc., estos datos siempre podían remontarse a sus orígenes en los individuos.

El problema no es tanto de técnicas de investigación ya que después de todo el análisis de multivariantes, el análisis contextual, la correlación, etc., son bastante poderosos, dadas las suposiciones de la realidad de las colectividades; lo que es un problema es fundamental, para empezar, esta interpretación.

Indudablemente, es un hecho que se pueden predicar las propiedades de grupos sociales, pero no se puede predicar de individuos. Puede decirse que una sociedad o un grupo es estratificado, oligárquico, democrático, dividido por clases, etc., mientras que las mismas características no se pueden predicar de

<sup>10</sup> Lessnoff, *op. cit.*, p. 77; cursivas en el original.

individuos; al menos, no de la misma manera. Por ejemplo, puede decirse que los grupos mantienen su identidad pese al remplazo de sus miembros. También puede mostrarse que el carácter de los grupos influye sobre el comportamiento de sus miembros. En muchos sistemas jurídicos algunas asociaciones son tratadas como si fuesen personas con derechos y deberes distintos de sus miembros. Sin embargo, hasta cierto punto estas observaciones no vienen al caso. Aunque en el lenguaje jurídico y en el ordinario podemos hablar así, y así hablamos, el problema es saber si esto es legítimo *científicamente*, y, en caso afirmativo, ¿qué justificaciones epistemológicas y ontológicas pueden darse por hablar así? Las respuestas a esta pregunta afectan la legitimidad y la interpretación de las operaciones de investigación que putativamente se ocupan de los fenómenos colectivos.

El positivista encuentra otro freno más: una respuesta aceptable debe evitar toda implicación de una "mentalidad de grupo" u otras entidades metafísicas; la trampa de la reificación en que estuvo a punto de caer Durkheim.

Para mantener la opinión de que hay individuos y conjuntos sociales mientras al mismo tiempo aceptamos que estos últimos no son observables en forma directa, también debemos afirmar que, si algo va a ser predicado verdaderamente acerca de un todo social, esto debe implicar la verdad al menos de varias descripciones de individuos. Sin esta condición sería imposible someter a prueba las afirmaciones acerca de conjuntos sociales por observación, ya que éstos

no son observables, aunque los individuos sí lo son.<sup>11</sup> Pero se necesita más. La descripción de los conjuntos sociales, aunque implicando descripciones individuales, debe abarcar más que eso; es decir, debe significar que el conjunto de descripciones individuales pertinentes no agota lo que se puede predicar del todo social. Así, por ejemplo, la "sociedad británica" se puede ofrecer como nombre de un colectivo social y un número de propiedades predicadas a propósito, como "es un estado de beneficencia", "gobernada por el partido laborista", "en un tiempo fue una sociedad feudal", "es una monarquía constitucional", "tiene una baja tasa de delito comparado con las sociedades X y Z", "tiene una alta tasa de inflación", etc. Sin embargo, se trata de saber si cada una de estas afirmaciones, aunque implicando la verdad de una serie de afirmaciones acerca de individuos, su comportamiento en el mercado, en los comicios, su obediencia a las leyes, sus actitudes y creencias, etc., ¿es simplemente reducible a una enumeración de tales afirmaciones individuales, por muy larga que sea? En caso negativo, entonces, ¿qué queda que no sea así reducible? De acuerdo con la doctrina del "individualismo metodológico" no queda nada, puesto que, en principio, todos los hechos sociales son explicables en términos de hechos acerca de individuos. Según esta opinión, las referencias a conjuntos sociales o colectividades son esencialmente referencias sumarias a las características y propiedades de individuos, y estos últimos podrían remplazar a los primeros sin dejar

<sup>11</sup> Véase M. Mandelbaum, "Social facts", *British Journal of Sociology*, 6 (1955) 312; Lessnoff, *op. cit.*, pp. 80-81.

residuo. Lo "real", en otras palabras, se limita a lo que se puede observar. Lo más que puede afirmarse ontológicamente sobre los conjuntos sociales, puesto que nunca se ofrecen concretamente a la observación, es una categoría de entidades teóricas que sólo tienen conveniencia explicativa.<sup>12</sup> La realidad ontológica sólo es atribuible a los individuos, mientras que los conjuntos sociales son considerados como entidades abstractas o teóricas no observables pero que tienen una utilidad explicativa, un tanto como clases similares de conceptos teóricos en la física y otras ciencias naturales.

Esta interpretación fue de enorme importancia, ya que pareció acercar cada vez más las ciencias sociales a la práctica de las ciencias naturales, como lo veremos más adelante. A mayor abundamiento, pareció evitar los lapsos metafísicos de que parecían herederas las ciencias sociales, como reificar colectividades y atribuirles cualidades que, propiamente hablando, sólo podían pertenecer a los individuos y sus relaciones entre sí. Hasta el punto en que se recurrió al lenguaje ordinario para cosas como el "espíritu del pueblo", "la memoria racial", "el espíritu de la época", la "conciencia de clases", etc., entonces era, o bien una manera muy descuidada de hablar, o bien, en el mejor de los casos, era una manera convenientemente resumida de referirse a grandes números de individuos en alguna capacidad; en el peor de los casos, era una manera acientífica y, por ello, ignorante.

Para algunos teóricos sociales, la estrategia del

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, F. A. Hayek, *The Counter-Revolution of Science*, Nueva York, Free Press, 1964, pp. 54-55.

“individualismo metodológico” era demasiado timorata y, además, parecía conducir a un reduccionismo psicológico en que todos los llamados hechos sociales eran reductibles, a la postre, a explicaciones por disposición psicológica. Durkheim ciertamente habría hecho esta crítica. Había que dar a los conjuntos sociales una categoría ontológica más duradera, menos abstracta, más reificada que la de simples entidades teóricas; necesitaban en cambio una concepción que pareciera más congruente con una visión de ellos como auténticos factores causales. En cuestión de reduccionismo psicológico, el individualismo metodológico no necesariamente implica que las únicas explicaciones válidas de la vida social son las que se ponen en términos de disposiciones psicológicas humanas. Por una parte, puede convenir (y conviene) en que la acción humana es, al menos en parte importante, resultado de la interacción con otros. Es decir, reconoce que hay propiedades nacientes que brotan de la presencia de dos individuos o más, propiedades que no están presentes en el individuo aislado. La interacción es una de tales propiedades nacientes; otras son el poder, la categoría social, el intercambio, la cooperación, el conflicto y muchas más.

En suma, todo el contexto relacional de la vida social no es reductible a disposiciones psicológicas individuales. Lo que, desde luego, no equivale a decir que las explicaciones en términos de disposiciones psicológicas sean inaplicables a toda explicación de los hechos sociales.

¿A qué equivale esto, metodológicamente? ¿Cuáles son las implicaciones de estas ideas para la investigación social? Recordemos dos grandes postulados del positivismo, a saber, que el mundo social opera de acuerdo con leyes causales, y que el fundamento de la ciencia es la observación sensorial. En este breve análisis he tratado de indicar algunos de los problemas que surgen de estas concepciones, hasta el punto en que se aplican a la ciencia social. Un problema en particular tiene que ver con la naturaleza de la relación entre el individuo y el conjunto social. El problema surge para las ciencias sociales, de la siguiente manera: los "individuos" y los "conjuntos sociales" no son fenómenos discretos, separados; están definidos, los últimos, en gran parte, en términos de los primeros, porque sólo los individuos, sus atributos y su conducta son observables. Si esto es correcto, entonces resulta extremadamente difícil establecer teórica y empíricamente la realidad de los conjuntos sociales independientemente de la realidad ya aceptada para los individuos. Pero formulemos la pregunta: ¿Por qué queremos establecer esto? Hay un buen número de razones, mas para el positivista, si no se puede dar una base observacional a los conjuntos sociales, entonces son poco más que entidades metafísicas, y los datos que supuestamente son acerca de tales entidades se presentan falsamente como datos científicos. La cuestión tiene ramificaciones muy vastas, y es un problema que brota del compromiso del positivista con la supremacía de un lenguaje como lenguaje de la ciencia y, consecuentemente, como tratamiento inadecuado de la naturaleza de la teoría científica.

## EL STATUS DE LA TEORÍA

Ya he tenido oportunidad de hablar de teoría en conexión con la interpretación de afirmaciones acerca de conjuntos sociales. Sin embargo, en la tradición empirista de positivismo, el tratamiento filosófico de la teoría se quedó atrás de la formulación y el desarrollo de métodos de procedimiento investigativo empírico. Esto tal vez no deba sorprender, dada la insistencia que se hace en la observación empírica como método básico de la ciencia. Bacon y J. S. Mill, por ejemplo, ávidos por explotar el método del experimento, consideraban que la naturaleza y sus leyes estaban aguardando ser descubiertas por los métodos empíricos correctos.<sup>13</sup>

También hubo cierta confusión sobre el carácter de la teoría, sus leyes y sus generalizaciones. Solió considerarse que el objetivo de la ciencia era producir generalizaciones o leyes que plantearan las relaciones causales entre las cosas del universo. Pareció que la ciencia natural había progresado al descubrir conexiones invariables y necesarias entre fenómenos en un mundo ordenado, regido por leyes. Galileo, Newton, Darwin y otros habían hecho un planteamiento preciso y universal sobre cómo operaban ciertos fenómenos y, mediante estos planteamientos, podíamos predecir con pasmosa precisión. Se creyó que tales afirmaciones eran universales ya que especificaban que todos los hechos de una índole particular estaban invariablemente conectados con

<sup>13</sup> F. Bacon, *Novum Organum*, Oxford University Press, 1889; J. S. Mill, *A System of Logic*, Longmans, 1884.

otros hechos, teniendo la forma lógica de "toda A es B".

El problema era cómo considerar estos planteamientos. La tradición positivista, al presuponer que el conocimiento empírico era el tipo más fundamental de conocimiento y la base de la ciencia, había de darles una interpretación empírica. En esto debió mucho a Hume y a otros filósofos de la escuela empírica inglesa. Hume sostuvo que la idea de causa no es sino el resultado de la observación repetida de un objeto siguiendo a otro, o de un hecho que sigue a otro. Según Hume, las ideas eran impresiones obtenidas de los sentidos, y su interpretación de la causa fue congruente con este punto de vista. El conocimiento de las causas era el resultado de la sensación y el hábito: poco aportaba a ello la mente. Por ejemplo, la razón por sí sola no podía llegar a la idea de que el calor hacía hervir el agua, o que la gravedad hacía caer los cuerpos, sin una experiencia sobre la cual trabajar. Decir que A causa B es decir que A y B "se unen constantemente" en nuestras sensaciones; la conexión causal es atribuida, mas no observada en la naturaleza. Mediante observaciones repetidas de conjunciones similares, por hábito llegamos a esperar que siempre estén relacionadas.

La idea de causa y de efecto se deriva de la experiencia, la cual nos informa que tales objetos particulares, en todos los ejemplos pasados, han estado constantemente unidos unos a otros. Y como se supone que un objeto similar a uno de éstos se halla inmediatamente presente

en su impresión, de allí presumimos la existencia de uno similar a su acompañante habitual.<sup>14</sup>

En ciertos aspectos, esto no parece llegar muy lejos. Las leyes universales fueron consideradas como temporalmente universales ya que se aplicaban al pasado, el presente y el futuro. Sin embargo, los razonamientos de Hume, al hacer de las generalizaciones causales el resultado de la experiencia sensorial, no pudieron ofrecer garantías de que las generalizaciones fuesen válidas en el futuro, puesto que se basaban en una evidencia que sólo se podía recabar en el pasado y en el presente. Su conexión, por definición, no podía observarse en el futuro. La respuesta de Hume fue que en realidad no podía haber garantía de que tales generalizaciones se sostuvieran en el futuro, como lo mostraría la propia experiencia pasada. Sin embargo, sólo tenemos la experiencia pasada para fundamentar nuestras expectativas futuras, y por ello es lo único que podemos emplear. Por consiguiente, el conocimiento de las conexiones empíricas, las causas y sus efectos, nunca es cierta, sino sólo probable; es decir, nunca podemos tener una confianza absoluta en su conexión repetida en el futuro.

Según esta opinión, un planteamiento causal general era un resumen de nuestras sensaciones de dos conjuntos de fenómenos, y constituía lo que normalmente se llama una generalización empírica. Para determinar causas formulamos categorías de objetos o de acontecimientos, sobre la base de sus similitudes respectivas. La relación entre ellas se observa natural

<sup>14</sup> D. Hume, *A Treatise of Human Nature*, Oxford University Press, 1978, 2a. ed., pp. 89-90.

o experimentalmente, y se anota la secuencia. Si descubrimos que en un número lo bastante grande de casos hay una conjunción constante de la causa putativa seguida por su efecto, entonces esperaremos que esta asociación se sostenga en el futuro aunque no hay garantía de ello, y así tenemos nuestra generalización causal.

Más adelante, J. S. Mill daría mayores argumentos a la interpretación empirista de las leyes. Empieza definiendo los conceptos, diciendo que se refieren a clases de objetos que demuestran una semejanza con respecto a otra propiedad. Hombre, mujer, vaca, niña, general, temperatura, energía, católico, etc., serían conceptos, todos ellos, en los términos de Mill, porque cada palabra representa un grupo de objetos que tienen características similares. Al método de relacionar conceptos dentro de proposiciones sintéticas, proposiciones únicas consideradas pertinentes para la ciencia, lo llama "inducción": esto es que,

aquella operación del espíritu por la cual inferimos que lo que sabemos que es verdad en un caso o en casos particulares, será verdad en todos los casos que se asemejen a los primeros en ciertos respectos asignables.<sup>15</sup>

Mientras que Hume justificaba generalizar partiendo de casos particulares por motivos pragmáticos de que el futuro no será, probablemente, diferente del pasado, Mill sostuvo que podía hacerse la inferencia inductiva de que el conocimiento que tenemos de algunos casos será verdad en todos los casos y en todos

<sup>15</sup> Mill, *op. cit.*, p. 188.

los tiempos. Justificó esto apelando a la uniformidad de la naturaleza, a la que llegó mediante un proceso inductivo en que las acumulaciones de inducciones de uniformidades individuales en la naturaleza son la base de una inducción generalizada: la naturaleza es uniforme. La inducción se justifica por inducción.

Sin embargo, Mill reconoció que la vida no era precisamente tan fácil. En la naturaleza, las cosas no parecen relacionadas entre sí en forma sencilla. Pequeñas regularidades empíricas traslapan, dando la apariencia de irregularidad, algunas sólo parecen regulares porque fueron comúnmente producidas por un agente causal no tan visible, etc. Las diversas regularidades causales absolutas sólo podían encontrarse seleccionando sistemáticamente una uniformidad de otra, mediante manipulación y controles experimentales. Estos métodos fueron sus célebres "cánones de pruebas", técnicas que debían emplearse para elegir las relaciones causales entre la confusión que el mundo frecuentemente padecía. En suma, los cánones eran el "método de acuerdo", el "método de diferencia", el "método conjunto de acuerdo y diferencia", el "método de residuo" y el "método de la variación concomitante". El resultado final de la aplicación de estos métodos debían ser las generalizaciones causales absolutas.

Sin embargo, hasta para un empirista empedernido, esta interpretación tiene sus flaquezas. Los métodos de Mill estaban firmemente basados en la idea de que la naturaleza es uniforme, regida por leyes y causalmente interrelacionada, y por tanto el lenguaje empleado para describirla es causal. No era necesario

hablar de teorías. Aunque hay jerarquías de leyes, ocupando el pináculo las de Newton, las últimas son descubiertas, como cualquier otra generalización, aplicando métodos de investigación. La fuente de toda ley científica es la generalización empírica, conclusión levantada sobre el supuesto de que la naturaleza es uniforme y regida por leyes. En otras palabras, la obediencia a las leyes es característica de la propia naturaleza. Sin embargo, el pensamiento positivista empírico moderno ha criticado la ingenua interpretación de las leyes causales, ejemplificada por la filosofía de la ciencia de Mill. El conocimiento en ciencia es seguro, y no probable. Por consiguiente, aunque se reconozca la naturaleza esencialmente empírica de las leyes, se sostuvo que la certidumbre brotaba del empleo de las conexiones rigurosas de la inferencia deductiva por el uso de las matemáticas y la lógica, y no por inducción. De este modo, si interpretamos la frase "todos los cisnes son blancos" como generalización empírica, debe someterse a prueba una y otra vez, contra cada nueva observación de los cisnes. Semejante enunciado no puede tolerar inferencias al futuro, así como la afirmación: "Todos los primeros ministros británicos son hombres" simplemente nos informa de la experiencia pasada, sin revelarnos nada acerca del futuro, como lo haría una ley científica. El puro empirismo no puede generar leyes universales de ciencia. Ésta, se dijo, puede ofrecerlas la lógica, donde la determinabilidad y la necesidad son consecuencia de la estructura formal. La conclusión de un argumento lógico debe seguirse de las premisas generales si se siguen correctamente las reglas deduc-

tivas. Esa interpretación de la explicación científica, la unión de una interpretación empírica con las certidumbres de la lógica deductiva, llegó a ser conocida como el modelo hipotético-deductivo de la explicación científica.

Según este concepto, una teoría científica consistía en un conjunto de enunciados conectados por reglas lógicas. La ley se expresaba como afirmación universal de la forma "Todas las Aes son Bes". De éstas y de otras afirmaciones de condiciones iniciales se deducía una hipótesis que había de comprobarse contra la observación empírica. Un hecho se consideraba explicado si podíamos demostrar que era consecuencia lógica de las afirmaciones teóricas. Esta interpretación pareció resolver buen número de problemas: por una parte, evitaba las dificultades de la inducción. Aunque planteamientos de la forma "Todas las Aes son Bes" no pueden ser concluyentemente demostrados o verificados en forma lógica, sí se les puede falsear por un contraejemplo de una A que no sea una B. Popper, por ejemplo, niega la posibilidad de valerse de la inducción para llegar a leyes generales. La universalidad de una ley tampoco puede ser cuestión de probabilidad, pues eso sería decir, en realidad, que las leyes a veces eran ciertas y a veces no. Sin embargo, las leyes científicas son leyes empíricas, sujetas a confirmación empírica, y el método de someter a prueba es deductivo.

La explicación científica es una explicación causal en que "la explicación de un hecho significa deducir una afirmación que lo describe, empleando como premisa de la deducción una o más leyes universales;

junto con ciertas afirmaciones singulares, las condiciones iniciales".<sup>16</sup> Las leyes científicas son enunciados causales empíricos que describen hechos de la naturaleza y que pueden ser verdaderos o falsos, su verdad o falsedad está determinada por la observación.

Otra cosa, la combinación de empirismo y lógica, pareció resolver lo que antes se analizó en relación con los conjuntos sociales y su observabilidad o, antes bien, su falta de ella. Una teoría interpretada así, ciertamente era más compleja de lo que implicaría "Todas las Aes son Bes." La teoría puede contener postulados y conceptos que, a su vez, no están sujetos a la prueba observacional. Tales conceptos servían a un propósito heurístico dentro del lenguaje teórico. Así, aunque las teorías seguían recibiendo una interpretación empírica, se dio más espacio a los no-observables, conceptos no directamente dependientes, para ser ciertos, de una correspondencia con el mundo. A menudo, la estructura formal de una teoría era tan compleja y detallada que frecuentemente eran necesarios "conceptos teóricos" para conveniencia de su manipulación lógica y matemática.

Ya no se consideró necesario que todos los conceptos de una teoría tuviesen un significado empírico. Una manera de expresar esto era hablar de un lenguaje teórico y un lenguaje observacional, unidos por reglas de correspondencia que interpretaban empíricamente algunos de los conceptos teóricos.<sup>17</sup> De este modo, la

<sup>16</sup> K. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Hutchinson, 1959, p. 59.

<sup>17</sup> E. Nagel, *The Structure of Science*, Routledge & Kegan Paul, 1961, para un análisis de los "lenguajes teóricos y de observación".

teoría aún quedaba sujeta a prueba empírica mediante predicciones a las que se había llegado deductivamente.

Estos pasos, apartándose de la interpretación empírica de la ciencia un tanto ingenuamente propuesta por Mill y sus seguidores, no destruyeron, sin embargo, el espíritu empirista: la reinterpretación simplemente lo enmendó para adaptarlo mejor a lo que se consideraba como la práctica de la ciencia natural. Para las ciencias sociales, éste fue un avance útil ya que aprobó los métodos de investigación que hoy son ortodoxos. Fue importante la distinción entre un lenguaje observacional teórico y uno empírico. También lo fue la versión de la certidumbre de predicción que pareció caracterizar a las ciencias naturales. La interpretación empirista del conocimiento científico afirmó que las leyes sólo eran probables en el sentido de ser tentativas y abiertas a revisión. Entonces, ¿cómo podíamos explicar la certidumbre de las ciencias naturales? Según el modelo de explicación hipotético-deductivo, esto se debió al uso de la lógica y las matemáticas que, combinado con una interpretación esencialmente empírica de las leyes, daba a la ciencia natural su "certidumbre". Esta "certidumbre" era una ficción, conveniente y útil, desde luego, pero ficción no obstante, pues no podía ocultar la naturaleza tentativa del descubrimiento científico. Después de todo, era cuestión ya histórica que las leyes científicas habían resultado deficientes, sólo para ser remplazadas por otras nuevas y más eficaces. Para las ciencias sociales todo esto era conveniente, pues su incapacidad de formular leyes así fuesen de una pro-

babilidad moderada podía atribuirse a la mucho mayor complejidad de los fenómenos sociales comparados con los de la naturaleza inanimada. Los fenómenos sociales también eran más difíciles de medir con la precisión alcanzada en las ciencias naturales, y los errores eran más probables. Todo esto fue considerado como signo de que la ciencia social positivista se hallaba, al menos, por buen camino al subrayar el desarrollo de métodos más y más refinados de investigación, y prestar menor atención a la cuestión de la base teórica de las disciplinas.

Quedaban problemas vigentes. Antes, al analizar el método hipotético-deductivo, se hizo ver que la teoría está relacionada con el mundo por reglas de transformación que convierten algunos de los conceptos en conceptos observacionales. Ya se adoptase la actitud de edificarla o la de falsearla, se vio que la verdad o falsedad de la teoría dependía de los hechos del mundo. El mundo era "externo" a la teoría. La teoría no moldeaba el mundo, sino que sólo podía responder a él. En esto residía precisamente la importancia de un lenguaje observacional neutral, pese al hecho de que la idea misma de semejante lenguaje causaba dificultades. Las reglas de transformación resultaron igualmente refractarias y se redujeron a lo que llegó a conocerse ampliamente como el problema de la medición.

Entre las soluciones positivistas hubo varios modelos de medición que, según presumíase, podrían aplicarse a los datos sociales. Una doctrina que ejerció influencia fue la del "operacionalismo", basada en la suposición de que la mejor manera de definir

las categorías empleadas en la investigación empírica era en función de las investigaciones empleadas para medirlas.<sup>18</sup> Así, según esta doctrina, el concepto de Cociente de Inteligencia queda definido por lo que miden las pruebas del Cociente de Inteligencia; de manera similar, conceptos como clase, categoría, poder, autoridad, etc., quedarían definidos por los indicadores empleados al medirlos. Tales medidas podían emplearse en manipulaciones estadísticas y matemáticas. Una vez más, el operacionalismo encarnó una concepción empirista de la naturaleza de los conceptos que no satisfacía las esperanzas puestas en él. Una dificultad era que el operacionalismo, estrictamente concebido, creaba agudos problemas de validez. Así, estrictamente hablando, no se podía preguntar lo que una prueba *realmente* medía, puesto que la medida era el concepto, haciendo surgir cuestiones de validez. Por una parte, podía decirse que las distintas medidas de fenómenos como el índice IQ estaban midiendo diferentes cosas, puesto que eran diferentes pruebas. De manera similar, las diferentes medidas de clase social o posición social serían diferentes cosas. Sin duda, ésta era una situación insatisfactoria si la intención era descubrir generalizaciones. Asimismo, hasta un operacionalismo endeble, es decir, que no afirmara que los conceptos eran las operaciones de medición sino que, en cambio, tomara la doctrina como útil guía de la investigación empírica, conduciría al problema de relacionar conceptos empíricos con conceptos teóricos.

<sup>18</sup> P. Bridgeman, *The Logic of Modern Physics*, Nueva York, 1972; N. P. Campbell, *Foundations of Science*, Nueva York, Dover, 1957.

Aunque los procedimientos de medición son, en buen número de las ciencias sociales, sumamente refinados, queda la siempre oportuna pregunta sobre la pertinencia teórica de tales técnicas. En su mayor parte, han sido planeadas para explotar el principio de asociación o correlación, siguiendo los cánones de investigación de Mill, siendo la meta medir conceptos en un nivel lo bastante alto para satisfacer las presunciones de las mediciones estadísticas de asociación.<sup>19</sup> Aunque tales técnicas han dado por resultado cierto número de generalizaciones empíricas, ninguna se ha ofrecido como ley social. La ciencia social ha producido un catálogo de asociaciones entre cierto número de variables: por ejemplo, entre clase y educación, educación y motividad social, clase y votación, clase y enfermedad mental, religión y votación, participación asociacional y enajenación, grado de industrialización y grado de violencia política interna, etc. Todas ellas varían de débil a fuerte, pero ninguna es perfecta, hecho normalmente atribuido al error de medición y/o al hecho de que el mundo social es tan complejo que otras variables, tal vez desconocidas, afectan en alguna manera las relaciones. Sea como fuere, todo lo que se necesita es mayor investigación y mejores mediciones. Sin embargo, algo está mal aquí. Ante todo, ¿a qué equivalen tales generalizaciones? Segundo, ¿son protoleyes basadas en disciplinas jóvenes e inmaduras, que no pueden

<sup>19</sup> Las técnicas de análisis de datos son buenos ejemplos del uso práctico de los cánones de Mill. Véase también H. Blalock, *Causal Inferences in Non-Experimental Research*, University of North Carolina Press, 1964.

formar la base de unas verdaderas leyes científicas?

Abordemos primero la pregunta sobre la naturaleza de tales generalizaciones en que se puede hacer un buen número de puntos. Tales asociaciones se basan normalmente en una muestra de alguna población, en que las medidas de asociación resumen las relaciones descubiertas entre las variables de tal muestra. En toda muestra puede producirse cualquier número de tales asociaciones entre todas las clases de fenómenos "heteróclitos", de modo que resumen relaciones entre aquellas variantes que son consideradas de importancia suficiente para incluirlas en el estudio. Esto plantea un nuevo problema sobre cómo se llega a la decisión de qué incluir en el estudio. El método hipotético-deductivo indicaría que la teoría dicta lo que se debe incluir, las variables que se deben examinar y las variables que se deben controlar, etc. El propio Mill, aunque tan radical empirista como el que más, no desdeñó la importancia de la hipótesis. Las hipótesis eran necesarias si habíamos de aplicar alguno de sus métodos de investigación y derivar consecuencias verificables de las leyes expresadas por las hipótesis. Mas, para Mill, todas las hipótesis eran sugeridas por la experiencia, y podían ser verdaderas o falsas. Sin embargo, aun aceptando esto, no queda muy claro cómo puede decirse que el tipo de asociaciones de que estamos hablando sea teóricamente pertinente. ¿Qué haremos con una asociación que no llegue a ser perfecta? ¿Refuta o prueba una teoría? Y, de otro modo, deberemos decir algo un poco más débil que esto: ¿qué "presta apoyo" o qué no "es enteramente congruente con"? De hecho, las

interpretaciones de semejantes asociaciones son, generalmente, de naturaleza *post hoc*, pese a la obediencia frecuentemente mostrada al método hipotético-deductivo y a la prueba de deducción. Toda clase de racionalizaciones verosímiles y a veces no tan verosímiles intervienen para que las asociaciones sean teóricamente "interesantes". Ese clásico de la ciencia social positivista, el estudio del suicidio, por Durkheim, contiene muchas generalizaciones que resumen la relación correlacional entre el matrimonio y el suicidio, la vida urbana y el suicidio, la religión y el suicidio, etc., mientras el resto del análisis consiste en interpretaciones y argumentos, muchos de ellos agudos, ingeniosos y llenos de atisbos, que elaboran razones *post hoc* para explicar en qué consisten los fenómenos correlacionados que conducen al suicidio.

¿Se pueden considerar tales asociaciones como proto-leyes? Una respuesta afirmativa a esa pregunta parece remota, pues lo que hasta aquí se ha dicho empieza a señalar hacia la conclusión de que ninguna generalización empírica puede ser jamás, lógicamente, una ley. Brown establece una distinción útil entre las "generalizaciones nomológicas" y las "generalizaciones accidentales".<sup>20</sup> Aunque ambas comparten la misma forma lógica — "todas las Aes son Bes" —, las generalizaciones nomológicas apoyan los enunciados condicionales subjuntivos y contralácticos, mientras que no lo hacen así las generalizaciones

<sup>20</sup> R. Brown, *Rules and Laws in Sociology*, Routledge & Kegan Paul, 1973, pp. 91-92; D. Willer y J. Willer, *Systematic Empiricism*, Englewood Cliff, Prentice Hall, 1973, p. 16. Éste es un análisis excelente, a veces directo, de muchas de las cuestiones planteadas en esta sección.

accidentales. Por ejemplo, la ley acerca de los sólidos disueltos que elevan el punto de ebullición de un líquido da valor a un condicional subjuntivo como: "Si este pedazo de sal sólida se disolviera en esta cazuela de agua hirviente, entonces aumentaría el punto de ebullición." La ley, junto con planteamientos acerca de las condiciones iniciales que afirman que la ley es aplicable en este caso particular, nos da derecho a hacer semejante afirmación. De manera similar, apoya un planteamiento contrafáctico, como "Si este pedazo de sal sólida se hubiese disuelto en agua —aunque en realidad no ocurrió así—, el punto de ebullición del agua habría subido." En suma, las generalizaciones o leyes nomológicas nos permiten sacar inferencias acerca de casos que no ocurren, que no ocurrieron en el pasado y que pueden no ocurrir en el futuro. Las generalizaciones nomológicas plantean relaciones hipotéticas de condición invariable, sin que importe que la relación se haya ejemplificado en realidad.

Ninguna de estas características se aplica a generalizaciones accidentales. La generalización, para tomar el ejemplo de Brown, de que todos los libros de la habitación son de tamaño de un octavo no nos permite inferir que todo nuevo libro que se meta en la habitación será de un octavo. Aunque, en realidad, siempre puede hacerse cierto número de generalizaciones accidentales en todo tiempo y lugar, esto seguirá siendo, una vez más como dice Brown, "un feliz accidente y no una consecuencia de que haya una conexión parecida a una ley entre las propiedades en cuestión, o más básicamente, de que sea una teoría científica de la que bien pueda derivarse en la generaliza-

ción".<sup>21</sup> Es decir, no habría una teoría científica de la cual deducir una generalización que impidiera que un libro que no fuese de un octavo se incluyera entre los libros del salón. La pregunta es si las generalizaciones accidentales ("accidentales" tal vez sea una mala elección de palabra, puesto que ciertamente no son triviales ni carecen de importancia) son el tipo de generalizaciones producidas por la mayor parte de los métodos de la ciencia social. Brown afirma que no puede trazarse una clara separación entre generalizaciones accidentales y generalizaciones universales empíricas. Esto es porque unas y otras se basan en procesos observacionales, no en procesos teóricos. Son generalizaciones a partir de regularidades observadas, en contraste con leyes teóricas, y por consiguiente, su gama explicativa es limitada.

Supongamos, por ejemplo, que tras intensos estudios de muestras de individuos encontramos una alta correlación positiva entre el número de hermanos y un mal rendimiento escolar. ¿Sería accidental esta generalización empírica, o qué? Sería difícil decirlo, puesto que es posible hacer un argumento en uno u otro sentido. Pero esto no es realmente de lo que se trata. Si yo deseo emplear la generalización para explicar por qué Juanito, que vive del otro lado de la calle con doce hermanos y hermanas no está haciéndolo muy bien en la escuela, bien puedo ofrecer ésta como razón. Pero, ¿qué decir de otros factores, de otras razones? Es decir, ¿podríamos deducir de la generalización el mal desempeño de Juanito? La respuesta parece ser negativa por dos razones impor-

<sup>21</sup> Brown, *op. cit.*, p. 93.

tantes. Primera, en contraste con las leyes normales que se ofrecen en la ciencia natural, las condiciones en que se juzga la aplicabilidad de la ley son indeterminadas, por decir poco. Falta una teoría de la cual derivar la generalización. Esto es lo que quisimos decir antes al afirmar que gran parte de la interpretación de generalizaciones empíricas es *post hoc*. En realidad, hay muchas teorías distintas congruentes con esta única generalización. Aunque los mecanismos que participan pueden ser intuitivamente obvios, por ejemplo, familias numerosas implican menos tiempo para estudiar, menos atención de los padres para cada niño, rivalidad entre hermanos, etc., éste no es el mismo tipo de relación que esperaríamos encontrar en una teoría científica y cualesquiera observaciones que pudiesen deducirse de ella. En segundo lugar, como la generalización se ha tomado de una muestra, todo lo que tendríamos sería una generalización estadística afirmando que una propiedad (el número de hermanos) está asociada a otra propiedad (mal rendimiento en la escuela) con una frecuencia particular. De esto, nada se sigue acerca de algún ejemplo particular:<sup>22</sup> la correlación simple-

<sup>22</sup> W. S. Robinson, "Ecological correlations and the Behaviour of individual", *American Sociological Review*, 15 (1950), 351-7, identificó cierto número de falacias ecológicas que se cometían al inferir, a partir de datos agregados, hacia individuos. También H. Alker. "A typology of ecological fallacies", en M. Dogan y S. Rokkan (comps.), *Quantitative Ecological Analysis*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1969, pp. 69-86. Pero véase P. F. Lazarsfeld y H. Menzel, "On the relation between individual and collective properties", en A. Etzioni (comp.), *Complex Organizations: a sociological reader*, 2a. ed., Nueva York, Holt, Rhinehart & Winston, 1969, pp. 499-516.

mente nos dice la proporción que probablemente aparecerá a la larga. Esto no puede dar una conclusión deductiva, sino tan sólo una inductiva. Las premisas hechas a partir de la tal generalización no pueden implicar lógicamente una conclusión, sino un apoyo.

### EL POSITIVISMO Y LA TEORÍA CIENTÍFICA

Las observaciones anteriores empiezan a llevarnos a la conclusión de que la concepción positivista de la ciencia, con su dependencia casi total de la observación y el método empírico, no es muy precisa. Las generalizaciones producidas por la mayor parte de los métodos empíricos en la ciencia social no empiezan a parecerse a las leyes que nos ofrece la ciencia natural. Esto se ha atribuido frecuentemente a la inmadurez de las disciplinas y a la complejidad mayor de los fenómenos sociales comparados con los temas de las ciencias naturales. Sin embargo, es posible que algo más ande mal aquí, relacionado con la visión de la ciencia encarnada en el positivismo.

Una persuasiva opinión de esto censura la interpretación predominantemente empírica de las leyes científicas y las teorías científicas, que es parte de la herencia positivista. Como sistema de conocimiento, el empirismo, del que forma parte el positivismo, puede encontrarse en muchas diversas actividades de un contenido que varía mucho, desde la magia primitiva hasta la tecnología moderna. Su característica principal y peculiar es que relaciona lo observable con lo observable.<sup>23</sup> Efectivamente, es un sistema de prueba

<sup>23</sup> Willer y Willer, *op. cit.*, p. 16.

y error y bien puede conducir a resultados eficaces, que a su vez, conduzcan a procedimientos de rutina. Por contraste, el pensamiento racional trata exclusivamente de lo teórico que conecta idea con idea y es característico de la lógica y de las matemáticas pero también de algunos sistemas metafísicos de pensamiento. Característicamente, la ciencia comparte de lo empírico y de lo racional pero en forma muy distinta de la presupuesta por el positivismo. La ciencia, con el empirismo, se interesa por la conexión empírica, y, como la lógica y las matemáticas, por la conexión racional de idea con idea. Pero es mediante la "conexión abstracta" de conceptos teóricos con observaciones, como estos conceptos reciben importancia empírica. Una explicación científica se vale de leyes determinativas y no de leyes interpretadas como planteamientos causales generales. Ésta es la causa de la mayor precisión del conocimiento científico, a saber, la determinabilidad de sus conexiones racionales. Resulta aquí instructivo el ejemplo ofrecido por Willer y Willer para ilustrar la diferencia entre conocimiento empírico y conocimiento científico.<sup>24</sup>

Mediante métodos empíricos, es fácil encontrar una relación entre un clima frío y radiadores rotos de automóviles. Notamos que hay hielo en el sistema de refrigeración del auto, y, habiendo recibido informes de otros propietarios de autos que no usaron anticongelante y cuyos radiadores también se rompieron, concluimos que los radiadores también fueron dañados de esta manera por el frío cuando no se añadió anticongelante al agua puesta para refrigerar. Esta

<sup>24</sup> *Ibid.*

explicación (perfectamente adecuada para sus fines) emplea la conexión empírica entre cosas observables como radiadores rotos y un tiempo helado. La conexión se establece como resultado de repetidas observaciones y, añadiría Hume, del hábito. En cambio, una explicación científica podría empezar con la idea de que con una elasticidad perfecta, tensión es igual a esfuerzo. Se haría entonces un intento por determinar un valor para el límite de elasticidad del radiador, midiendo la cantidad de fuerza aplicada antes de que el radiador se rompa. Midiendo la temperatura del aire y del agua la noche en cuestión, podemos determinar el punto en que el agua se congelaría, produciendo hielo suficiente para aplicar la fuerza que llevaría la resistencia del radiador hasta su límite; una fuerza superior a este límite quebraría el radiador. En este caso estamos aplicando una ley, una afirmación de identidad, en que la fuerza es igual a la tensión en condiciones de perfecta elasticidad de un objeto. Tanto la presión como el daño se miden por la fuerza y por el concepto de "elasticidad" conectado al término observacional "objeto". El propósito de la ley es derivar una medida del límite de presión, y comparar la presión calculada en el momento de la ruptura, con tal límite. Hasta el punto en que el valor del límite de presión fue determinado por un cálculo de la presión, es difícil ver cómo se podrían falsificar las leyes en semejante aplicación. No habría sido posible llegar empíricamente al cálculo exacto de un límite. Aun cuando la temperatura se habría podido medir exactamente, haciendo la afirmación de que cuanto más frío haga, más probablemente se romperá

el radiador, esto no resulta en el cálculo exacto de un límite. Puede resultar en una distribución de probabilidad, pero esto no nos dice si el radiador se romperá o no. Las leyes científicas pueden indicar una condición mensurable en la cual ocurrirá una ruptura, y sólo una generalización empírica de que se romperá con cierta probabilidad.

Ciencia y empirismo difieren en la forma en que trascienden los ejemplos particulares. El último lo hace por generalización, es decir, aplicando un nombre a un conjunto de objetos similares y formando así una categoría empírica mediante el proceso observacional: auto, sociedad, varón, hembra, etc. Éstos se relacionan entonces con otras categorías empíricas por medio de métodos tales como correlaciones. La ciencia, en cambio, trasciende el caso particular por abstracción, mediante un proceso de selección y no mediante la suma de características similares. En realidad, los fenómenos observacionales abstraídos de esta manera pueden tener poca similitud obvia entre sí. Las bolas de billar no son como los cohetes, si tomamos otro ejemplo de Willer y Willer, pero unas y otros pueden ser abstractamente conectados con los conceptos de las mismas leyes del movimiento.

El significado de los conceptos abstraídos no se deriva de la similar apariencia de los objetos sino de su relación con otros conceptos en la teoría. El proceso de abstracción es, en efecto, una de las observaciones conceptualizadoras, de tal modo que se les pueda relacionar deterministamente con otros conceptos. Al punto, un universo potencialmente infinito se ofrece como marco conceptual de la teoría. La cone-

xión racional entre los conceptos de una teoría no es como una conexión causal. Bien podemos emplear la relación  $x = vt$ , pero no observamos la distancia para descubrir si va seguida por velocidad multiplicada por el tiempo. La abstracción en la ciencia va y viene entre el nivel empírico y el teórico, exponiendo y agudizando la gama de aplicación y su poder explicativo. Es cuestión de establecer un isomorfismo entre términos teóricos que, por su naturaleza, son inobservables, y observables empíricos. Esto se puede facilitar mediante la manipulación en condiciones de laboratorio, fijando condiciones empíricas y variando el modelo que convenga al caso empírico, etc. En contraste con las generalizaciones, en la abstracción no hay dificultad acerca de cuán similar es lo similar, puesto que la teoría y su (s) modelo (s) son constructos o invenciones mentales deliberadas, y los puntos de descripción quedan limitados por tal descripción. Más aún, como ya se dijo, la teoría se puede aplicar a un número ilimitado de casos. Esto no ocurre con las generalizaciones empíricas. Los modelos generados por una teoría también pueden parecer muy distintos. El fracaso de una teoría no significa que la teoría fuera falsa; puede indicar, en cambio, un límite de su gama, o significar que se ha cometido un error abstractivo.

En esta visión de la ciencia hay una concepción muy diferente de la medición. Para el positivista, la medición es, efectivamente, cuestión empírica, muy divorciada de la realidad. Por consiguiente, el llamado "problema de medición" en la ciencia social ha provocado esfuerzos por tratar de poner en escala todo

tipo de variables en un esfuerzo por darles la precisión y exactitud que se consideran características de las ciencias naturales. Se dedicó gran energía a "operacionalizar" conceptos teóricos con índices que pudiesen "reemplazar" los conceptos inobservables de la teoría con todas las dificultades concomitantes a este procedimiento. Una vez más, la meta era conectar la teoría con el mundo empírico de los hechos observables mediante el uso de técnicas empíricas. No obstante, según la opinión detallada aquí, los conceptos de una teoría científica están relacionados abstractamente con observables. Son interpretados empíricamente, y la medición es un medio por el cual un concepto queda empíricamente interpretado. La medición ordena los hechos, y no a la inversa. La medición es, en alto grado, consecuencia de la teoría. La "longitud", por ejemplo, en una teoría científica tiene un significado puramente teórico, y sería absurdo preguntar lo que la longitud "realmente es". La respuesta a "qué significa el concepto 'longitud'" se encuentra en las leyes y los postulados de la teoría. Los conceptos que se miden son interpretados empíricamente en muchas formas distintas, de acuerdo con las circunstancias. La aplicación de una teoría a una vasta gama de fenómenos hace surgir muy diferentes interpretaciones empíricas. Por ejemplo, se puede medir la temperatura empleando un termómetro ordinario de mercurio o, con objetos muy fríos, por medio de la resistencia de una corriente eléctrica. En ambos casos, la medición es resultado directo de las leyes de la termodinámica. La medición es imposible sin una teoría ya aceptada.

¿Qué implica esta visión de la ciencia para el positivismo y las ciencias sociales? Si las ideas que acabamos de resumir son correctas, entonces debemos descartar la visión positivista de la ciencia natural. A lo largo de este capítulo hemos analizado algunas de las dificultades implícitas en la aplicación positivista de su visión de la ciencia a los temas de la ciencia social. Empieza a parecer que es errónea la interpretación misma de la ciencia natural sobre la que se predicó esta aplicación. El positivismo subrayó algunos aspectos de la ciencia natural, a expensas de otros. La ciencia es empírica, pero también es profundamente teórica; en realidad, tal vez se pudiera hacer un argumento convincente de que está más interesada en la teoría que en lo empírico. Las leyes, objetivo a la vez del positivismo y de la ciencia, no son generalizaciones empíricas causales, sino planteamientos racionalmente conectados. Ciertamente, en su infancia algunas ciencias bien pudieron proceder de manera empírica correlacionando observables con observables en forma de "primero aprovéchalo, y luego míralo" pero las cosas no pueden parar allí, si han de madurar como ciencia. El propio positivismo sospechó que la conexión racional bien podía ser más importante de lo que reconocerían algunos de sus partidarios. Por ejemplo, el método hipotético-deductivo fue un intento de racionalizar la importancia de la lógica y las matemáticas, pero esto se encontraba dentro del marco empirista. Sin embargo, aunque bien podemos aceptar que el positivismo interpretó erróneamente la naturaleza de la ciencia, esto no implica que los métodos que ha autorizado como métodos de la ciencia

social sean, por ello, erróneos. Bien puede ser que no sean científicos en el sentido que acabamos de esbozar, pero, ¿implica esto que no pueden constituir una forma de conocimiento, diferente de la ciencia pero válida en algunos otros términos? Ésta es una pregunta importante que deseo tratar más extensamente en el capítulo final. Por ahora, bastarán una o dos observaciones. Una implicación que se puede hacer es que la autoridad intelectual para tales métodos no puede ser ya en función de una concepción positivista de la ciencia, o que al emplear tales métodos las ciencias sociales están imitando a las ciencias naturales. Hasta el punto en que tales métodos tratan de la producción de generalizaciones empíricas, se verán sometidos a los frenos lógicos de tales generalizaciones, que ya indicamos antes. Pero reiteremos: esto no es decir que tales generalizaciones carecen de interés o de toda utilidad. Aún hemos de analizar lo que pueden ofrecernos.

También hay implicaciones para la interpretación de la naturaleza de la teoría científica social, que en su mayor parte se vuelve menos que científica. Aun dentro de un marco positivista resultaba difícil la relación de la teoría con los datos. Suponíase que la teoría, para ser verdad, dependía de los "hechos" del mundo que eran "externos" a la teoría misma. Por decirlo así, la teoría no moldeaba al mundo, sino que respondía a él. En ello se encontraba precisamente la importancia de desarrollar un lenguaje de observación neutral. Sin embargo, muchos de los candidatos a la teoría fueron rechazados por motivos extraempíricos. Por ejemplo, durante el decenio de 1960, el gran debate teórico en la sociología fue entre teorías

en conflicto y funcionalismo.<sup>25</sup> El funcionalismo fue atacado porque parecía pasar por alto el hecho del conflicto en la vida social; en sentido contrario, argüía que, a decir verdad, una de sus principales metas era examinar las causas y consecuencias del conflicto dentro de un marco de conceptos que mostrara la naturaleza sistémica de la sociedad. Y así prosiguió el debate, en que cada bando hablaba sin hacer caso al otro. Los conceptos cruciales, como "conflictos", "estabilidad", etc., no fueron considerados como conexiones tan racionalmente significativas como en la teoría científica. Y desde luego, no lo eran. Estaba en juego algo distinto de la categoría puramente científica de las respectivas teorías. En suma, esto tenía que ver con las connotaciones que tales conceptos llevaban con ellos para los hechos y procesos familiares en una sociedad empíricamente concebida. La mejor manera de considerar tales debates es como querellas sobre cómo debe interpretarse el mundo social, y menos acerca del valor científico de teorías particulares. Esto nos lleva a otro punto más general acerca de la teoría científica social, que analizaremos más extensamente en el capítulo próximo.

El positivismo, con su hincapié en la idea de un lenguaje de observación neutral, generalización empírica, etc., no se inclinaba a preocuparse mucho por el origen y la fuente de las teorías. Esto queda ilustrado por la relativa falta de interés mostrado en la cuestión del descubrimiento científico, que fue relegado a terreno secundario, al margen de toda

<sup>25</sup> Véase, por ejemplo, J. Rex, *Problems of Sociological Theory*, Routledge & Kegan Paul, 1961.

preocupación filosófica seria. De mucho mayor importancia era la cuestión de verificar tales teorías, una vez formuladas. Su descubrimiento fue causa de conjeturas de parte de la imaginación, la fantasía y hasta la inducción de los hombres de ciencia, pero más allá de toda descripción lógica formal. Lo que podía describirse como proceso lógico (o al menos eso se pensó) fue la confirmación o prueba de tales productos de la imaginación. Hasta este punto, las teorías habían de armonizar con ciertas normas formales para poder ponerlas a prueba contra los "hechos" del mundo. Sin embargo, aunque este hincapié acaso pareciera excusable o justificable en conexión con las teorías de la ciencia natural, menos resulta así cuando enfocamos las ciencias sociales. El concepto mismo de un dominio de la investigación, sea la sociología, la economía, la física, la historia o cualquier cosa, presupone cierto esquema conceptual que ordena el universo antes de la observación de los hechos pertinentes. Aparte de la objeción obvia que este punto hace contra la idea de que la observación es cuestión neutral teórica, sugiere el punto adicional de que el conocedor es constituyente activo en la construcción del conocimiento. Las teorías científicas, de acuerdo con la discusión anterior, son invenciones activamente dedicadas a crear una realidad, que no aguardan pasivamente su confirmación por los hechos del mundo exterior. De manera similar, gran parte de lo que pasa por teoría científica social es socavada por los hechos del mundo, ya que ningún "experimento estratégico" concebible puede decidir sobre la verdad o falsedad de las diversas teorías. Antes

bien, más vale considerar tales teorías como esquemas conceptuales que estipulan putativamente o hasta legislan cuál es el dominio del hecho.

Hasta aquí, esto va en armonía con la idea posterior de la teoría científica aunque, desde luego, habría que satisfacer otras normas antes de poder considerarlas *como* teorías científicas. No obstante, al aplicarla al estudio de la vida social, semejante posición plantea otros problemas, que surgen del hecho obvio de que se están estudiando seres humanos que también pueden teorizar al respecto y tienen opiniones sobre sus vidas como están constituidas en sociedad. Esto nos lleva al tema de los dos capítulos siguientes. Empiezan remontándose, un poco, hacia atrás para examinar una tradición diferente de ciencia social, tradición que en el curso de su desarrollo ha criticado los conceptos positivistas de ciencia social. Trataremos algunas de ellas y también examinaremos qué implicaciones tiene esta tradición para la naturaleza de la investigación social.

Un último punto. Aunque se ha mostrado que la concepción positivista de la ciencia tiene graves fallas, esto no es decir que las ciencias sociales no pueden ser científicas en otra interpretación de la ciencia. Habrá que enfrentarse a esta cuestión, pero antes es necesario analizar otra tradición de investigación social, para hacer pesar un conjunto distinto pero pertinente de consideraciones.

#### IV. LA ALTERNATIVA HUMANISTA

HACE algunos años, habría sido bastante fácil escribir de la única alternativa al positivismo y referirse, al menos en lo que incumbe a las ciencias sociales, a enfoques "humanistas". Éstos, en general, rechazaban la idea de que podía aplicarse el método científico al estudio de la vida social humana, subrayando en cambio el papel de la interpretación, el entendimiento, el comentario moral o alguna otra norma pertinente, como única vía apropiada y válida de obtener conocimiento de esta materia. Hoy, no es tan fácil sostener esta dicotomía. Los enfoques llamados humanistas aceptaron generalmente la visión positivista de la ciencia natural, mas afirmaron que era inapropiada para el estudio de la vida social. No obstante, como hemos visto, es posible rechazar la versión positivista y aun sostener que pueden comprenderse la ciencia natural y la social mediante métodos basados en los mismos principios ontológicos y epistemológicos:<sup>1</sup> en suma, se puede afirmar que la versión positivista de la ciencia natural es incorrecta, que aun en sus propios términos se encuentra viciada y no aporta una base adecuada al conocimiento científico, sea éste del mundo natural o del social.

Antes de enfrentarnos de nuevo a esta pregunta deseo volver hacia investigaciones basadas en pre-

<sup>1</sup>Véase, para esto, T. Benton, *Philosophical Foundations of the Sociologies*, Routledge & Kegan Paul, 1977.

misas ontológicas y epistemológicas un tanto distintas de las que analizamos al hablar del positivismo.

En el capítulo anterior mencioné una distinción que, históricamente, resulta de importancia fundamental en el desarrollo intelectual de Occidente, a saber, entre mente y materia. Aunque reconociendo en uno u otro sentido la distinción, diferentes escuelas filosóficas la han interpretado de diversas maneras. Para algunos, los "materialistas", la mente no era más que un epifenómeno de la materia; para otros, por ejemplo, los "idealistas", la materia era producto de la mente o idea. Dicho escuetamente, ambas posiciones suenan a verdades a medias o, lo que es peor, a absurdos. Como planteamiento de posiciones consideradas intelectuales, apenas empiezan a captar las complejidades de los argumentos planteados en apoyo de cada doctrina. Para nuestros fines, lo importante es la visión de que, aparte de otras cosas implicadas, mente y materia son distintos órdenes de fenómenos y, por consiguiente, requieren un estudio que se valga de distintos métodos. Dicho con más energía, por necesidad mente y materia deben ser estudiadas con métodos apropiados a sus realidades respectivamente separadas, no siendo reductible ninguna de ellas a la otra, como lo han intentado muchas filosofías positivistas.

#### ALGUNOS PRECURSORES INTELECTUALES

Los ingéntes debates del siglo XVII forman el trasfondo intelectual más inmediato a la idea de que el

estudio apropiado de la sociedad humana no puede ser científico a la manera de las ciencias naturales. Por lo que respecta a ciencias sociales, las figuras importantes son Vico y, mucho después, Dilthey y otros neokantianos. En terreno más contemporáneo, los fenomenólogos, sociólogos existenciales y otros han desarrollado y extendido esta tradición. El primero de ellos, Giovanni Batista Vico (1668-1744), consideró la historia humana como un proceso que reflejaba la maduración de la mente humana en su entendimiento de la naturaleza de Dios. También introdujo la idea de que el estudio del hombre y la sociedad en la historia era muy distinto del estudio de otros fenómenos, en el sentido de que el primero incluía un entendimiento subjetivo en términos de significado, tema que sería desarrollado más plenamente después, sobre todo por estudiosos alemanes. Mucho después, bien entrado el siglo XIX, Wilhelm Dilthey (1833-1911), como parte de una reacción general contra el positivismo sostuvo que la metodología positivista de las ciencias naturales era inadecuada para el entendimiento de los fenómenos humanos, salvo en su aspecto de objetos naturales. Sólo podía lograrse un conocimiento de las personas mediante un procedimiento interpretativo fincado en la recreación imaginativa de las experiencias de otros. Historia, sociedad y, de hecho, todos los productos humanos, fueron considerados como objetivaciones de la mente humana, en nada similares a cosas materiales. Por consiguiente, comprender dichos fenómenos requería que las experiencias vividas de otros fuesen captadas mediante la aprehensión de su significado interno.

El mundo sociohistórico es un mundo simbólico creado por la mente humana, y no se puede comprender sencillamente como una relación entre cosas materiales.

Vemos así que para Dilthey y otros, naturaleza y cultura eran inherentemente distintas e incluían distintos métodos de estudio. La ciencia natural, concebida principalmente en términos positivistas, estudiaba el mundo objetivo, inanimado, no humano. La sociedad, producto de la mente humana, era subjetiva, tan emotiva como intelectual. Los modelos de explicación que llamaríamos causales, mecanicistas y orientados a la medición eran inapropiados, pues la conciencia humana no estaba determinada por fuerzas naturales. El comportamiento social humano siempre estaba imbuido por valores y un conocimiento fidedigno de una cultura que sólo se podía obtener aislando las ideas, los sentimientos o las metas comunes de un período histórico particular. Eran éstas las que daban significado subjetivo a cada hecho social. El observador, como ser humano estudiando a otros seres humanos, tenía acceso al mundo cultural de otros mediante alguna forma de "reconstrucción imaginativa" o "empatía".

Otros, especialmente Rickert, no aceptaron la visión dicotómica de la realidad, según Dilthey escindida, en realidad, entre naturaleza y cultura, y arguyeron en cambio que la individualidad era indivisible. Sin embargo, en contraste con los positivistas que sostenían una idea similar, esto no implicaba que por ello los métodos de la ciencia natural fuesen aplicables al mundo de la sociedad y la cultura. Las diferencias

entre las ciencias sociales y culturales se basaban en la lógica, no en la metafísica. Para Rickert, los seres humanos no podían tener conocimiento del mundo independientemente de lo que estuviese en sus mentes. No tenían manera de descubrir si su conocimiento reproducía fielmente una realidad que existía fuera de la mente y era independiente de ella. El hombre sólo puede conocer las cosas según aparecen ante él como fenómenos, nunca como cosas, como lo son. Los hechos, por decirlo así, se constituyen a partir de los fenómenos y reciben de la mente su forma y contenido. Éste es un acto volitivo, y su actuación es una actividad intencional. Todo conocimiento humano es selectivo, e incluye abstracción, de acuerdo con intereses particulares. Por consiguiente, la objetividad no se logra comparando ideas como el mundo exterior, sino por aquellos que tienen un interés en conocer los hechos, estableciendo intersubjetivamente estos hechos. Por tanto, si el conocimiento de las leyes de la naturaleza es el único conocimiento que cualquiera desea, entonces el método legítimo que conduce a su formulación es el método científico. Si otros tienen intereses en conocer diferentes cosas habrá entonces, además, otros métodos de abstracción generalmente aceptados por aquellos científicos que intentan establecer esta forma adicional de conocimiento.<sup>2</sup>

Empíricamente, según Rickert, hay en acción dos principios básicos de selección, cada uno de los cuales hace posible llegar a una de dos diferentes clases de

<sup>2</sup> T. Burger, *Max Weber's Theory of Concept Formation: history, laws and ideal types*, Duke University Press, 1976, especialmente, cap. I para un análisis de la influencia de Rickert.

representación de la realidad, a saber, la nomotética y la ideográfica. La primera, característica de la ciencia natural, se refiere a un interés en la búsqueda de leyes generales, mientras que la segunda, más característica de la historia, se preocupa por comprender el caso concreto y único. Esta dicotomía no representa una diferencia fundamental en la ontología del mundo sino en la índole del conocimiento requerido por diferentes intereses. Los productos humanos encarnan valores y son éstos los que el científico social debe comprender para dar sentido a las constelaciones únicas que integran la historia humana. Así, mientras que la ciencia natural se interesa en formar conceptos generales abstrayendo de todos los rasgos de lo concreto aquellos que tienen en común con otros fenómenos, la ciencia histórica se interesa en formar conceptos individuales enfocando la combinación única de elementos que representa un fenómeno culturalmente significativo. Ambas actividades se valen de sus propios principios de selección con el propósito de aislar los elementos de la realidad empírica que son esenciales para sus respectivos propósitos cognoscitivos. El ideal del conocimiento objetivo requiere ambos métodos, pues cualesquiera de ellos sólo ofrece un cuadro unilateral de la realidad. Sin embargo, la misma realidad se puede presentar como historia o como ciencia natural.

Aunque Dilthey y Rickert difirieron en cuanto a las razones del empleo de diferentes metodologías con respecto a los mundos natural y social, convinieron en que el método de la ciencia natural positivista no podía combinarse para obtener un conocimiento

adecuado de lo social. Weber, muy influido en forma selectiva por Rickert, aceptó el carácter distintivo de las ciencias sociales, pero no la implicación de que fuesen acientíficas al ser incapaces de satisfacer las rigurosas normas de la objetividad. A la manera diltheyana, Weber aceptó la importancia del "entendimiento interpretativo" como forma distintiva de conocimiento en las ciencias sociohistóricas, pero sólo como medio hacia el conocimiento objetivo. A la manera rickertiana, apoyó la idea de que la distinción esencial entre la ciencia natural y social era metodológica, y no ontológica. En realidad, la posibilidad de "conocimiento interpretativo" en las ciencias sociales era, para Weber, una enorme oportunidad, y no algo de que hubiese que ofrecer disculpas. Por su medio, podía estudiarse la acción humana con mayor profundidad de lo que un científico naturalista podría jamás penetrar en la naturaleza del mundo inanimado.<sup>3</sup> Sin embargo, había que pagar un precio en objetividad, precisión y resolución. Por su parte, Weber trató de reconciliar las ventajas del "entendimiento interpretativo" con las demandas de las normas científicas.

Con este fin, planteó dos importantes principios metodológicos, los cuales aún forman parte, plenamente, del lenguaje contemporáneo de la ciencia social, a saber, neutralidad de valor y el método del tipo ideal. Por lo que concierne a la primera, Weber

<sup>3</sup> M. Weber, *The Theory of Social and Economic Organization*, Nueva York, Free Press, 1969, ed. T. Parsons, p. 101; también Z. Bauman, *Hermeneutics and Social Science*, Hutchinson, 1978, especialmente, cap. 3; Benton, *op. cit.*

sostuvo que los científicos sociales nunca debían abusar de su autoridad científica, haciendo pasar juicios de valor por verdades científicas. Acerca de valores en conflicto, los científicos no pueden tener nada que decir, salvo de los probables resultados de las diversas opciones de valor; la ciencia sólo trata de la actividad instrumental racional, técnicamente orientada.<sup>4</sup> El segundo recurso metodológico, el tipo ideal, se planteó como medio de captar más objetivamente significados subjetivamente sostenidos. Todos los aspectos irracionales y emotivos del comportamiento humano deben verse como desviaciones de un tipo conceptualmente puro de acción racional. Este tipo ideal es, al mismo tiempo, claro y libre de ambigüedades. El entendimiento, pues, se transformó en la construcción de modelos racionales. Weber sintió que el método de la ciencia natural trasplantado al estudio del comportamiento social produciría conocimientos válidos pero de actividades en gran parte improcedentes, carentes de importancia, al menos por lo que concierne a nuestra perspectiva subjetiva. El contraste entre las ciencias social y natural ocurre porque en las ciencias sociales los seres humanos son al mismo tiempo sujeto y objeto de la investigación lo que significa que el conocimiento de la sociedad es una forma de autoconocimiento. "*Verstehen*" da a los observadores sociales un método de investigar los fenómenos sociales de modo tal que no deforme el orden social de aquellos a quienes estudia. Puesto que la esencia de la interacción social

<sup>4</sup> M. Weber, *Methodology of the Social Sciences*; Nueva York, Free Press, 1949, trad. E. Shils y M. A. Finch.

se encuentra en el significado individual de los agentes, todo análisis social válido debe remitirse a éstos. No obstante, los atisbos obtenidos de esta manera deben contar con el apoyo de datos de índole científica y estadística.

Todos los fenómenos, por muy únicos y particulares que sean, son producto de condiciones antecedentes, causalmente relacionadas. Con ello, Weber no indica que los actos deban reducirse a leyes sencillas que todo lo abarquen, sino, antes bien, que del complejo conjunto de la realidad se deben abstraer antecedentes y consecuencias limitados y únicos, y relacionarlos con los fenómenos observados. Semejante "causación adecuada" ofrece explicaciones probabilistas.

Esta tradición de pensamiento en reacción contra las concepciones positivistas de la ciencia y su importación a las ciencias sociales ejerció poderosa repercusión, principalmente en Europa pero, aunque no se le pasó por alto, menos en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Para nuestros fines, una característica se destaca por encima de todas, a saber, la idea de que las ciencias sociales implican métodos radicalmente distintos de los de las ciencias naturales.

Se reconoce que los argumentos en favor de esto no siempre toman una forma ontológica sino que, en cambio, señalan las diferentes clases de conocimiento requeridos por las disciplinas respectivas. Sea como fuere, se necesitaban metodologías diferentes. Haremos ahora un examen de algunas de estas cuestiones.

## ACCIÓN SOCIAL Y SIGNIFICADO

En parte, el programa "humanista" está reaccionando contra una concepción "cientificada" del actor social, que consideran encarnada en la ciencia social ortodoxa de persuasión positivista. La acusación dice que los rasgos que hacen de la vida social un producto distintivamente *humano* son analizados y reducidos a la interacción de variables.<sup>5</sup>

A veces, tales acusaciones son poco más que una comprensible frustración por la aparente trivialización de los problemas de ciencia social y la traición (que esto representa) de las preocupaciones morales que movieron a los padres fundadores.

Exactamente qué fue lo que dejó fuera la ciencia social positivista, fue causa de ciertos debates; si fue el libre albedrío y la elección, las preocupaciones morales y políticas, una preocupación por el destino humano, los valores, el yo, la dimensión subjetiva u otras cosas.

Así, por ejemplo, el argumento podría ser que aun cuando es más que posible describir empíricamente pautas de acción social empleando todo el aparato de la ciencia social positivista, esto no alcanzaría a llegar al tema apropiado de la ciencia social. En pocas palabras, no daría una interpretación adecuada de por qué la pauta de interacción ocurrió como lo hizo, cuando lo hizo y donde lo hizo, en términos fieles a su condición de producto humano. No explicaría el hecho de que seres humanos de

<sup>5</sup> Véase, por ejemplo, H. Blumer, "Sociological analysis and the variable" *American Sociological Review*, 21 (1956), pp. 638-690.

carne y hueso produjeron las interacciones y, por consiguiente, sólo sería, si acaso, un análisis parcial. El argumento puede llegar mucho más lejos y afirmar que los métodos positivistas no sólo dan una explicación parcial de la vida social, sino que la tergiversan en formas profundas.

Lo que está aquí en cuestión queda condensado en la hoy célebre caracterización de la "acción social" por Weber; una acción es social cuando un actor social atribuye cierto significado a su conducta y, por ello, queda relacionada con el comportamiento de otras personas.<sup>6</sup> La interacción social ocurre cuando unas acciones están recíprocamente orientadas hacia las acciones de otros. Y las acciones están recíprocamente orientadas hacia otros no en una forma mecanicista de estímulo y respuesta, por ejemplo, sino porque los actores la interpretan y dan significado a su propio comportamiento y al de los demás. El propio Weber dedicó considerables esfuerzos a elucidar las implicaciones de esta formulación. Aquí, lo importante se relaciona con el concepto de significado y su relación con la índole de conocimiento que necesitamos o podemos adquirir para comprender o explicar los fenómenos sociales. Hablar de significado es empezar a señalar ese importantísimo hecho, que puede decirse que los seres humanos tienen una vida mental rica y variada que se refleja en los artefactos y las instituciones sociales en que viven. En términos sociológicos y antropológicos se menciona globalmente esto como "cultura", e incluye todo

<sup>6</sup> Weber, *The Theory*, p. 88.

aquello de que los actores sociales pueden hablar, explicar, describir, excusar o justificar, creer, afirmar, señalar, teorizar, convenir, disputar, rogar, edificar, etcétera.

Una manera de considerar el significado es verlo como componente subjetivo o interno del comportamiento. Esto establecería un contraste entre los rasgos objetivos de la acción social y sus elementos subjetivos. Las regularidades que descubrimos al estudiar la sociedad sólo son las apariencias o producciones externas de lo que los miembros de una sociedad comprenden. Este punto puede ilustrarse empleando el célebre ejemplo del comportamiento de tránsito, inventado por Hart.<sup>7</sup> Una corriente de tráfico controlada por semáforos muestra, ciertamente, regularidad. Si la consideráramos puramente como producto de factores causales, entonces para explicar las pautas tendríamos que especificar las condiciones necesarias y suficientes que producen una pauta dada, y pasar a formular una teoría formal que vinculara los semáforos con el avance de la corriente de tránsito. Tendríamos que especular acerca de los mecanismos causales que intervinieran. Y esto podría llevarnos a suponer que estaban en acción algunos mecanismos cambiantes, activados por las diferentes luces de colores. Sin embargo, tal como ocurre, bien sabemos que hay unas regulaciones que gobiernan los semáforos, que ordenan al tránsito comportarse en formas particulares de acuerdo con las pautas de luz. Por

<sup>7</sup> H. L. A. Hart, *The Concept of Law*, Oxford University Press, 1961; y analizado muy extensamente en A. Ryan, *The Philosophy of the Social Science*, Macmillan, 1970, pp. 140-141.

ello, la conexión con las luces y el avance del tráfico es tal, que podemos explicarla en términos del significado que tienen las luces dentro de una cultura particular.

Lo importante que surge de este ejemplo es saber si una explicación en términos de significado es compatible con una explicación causal. Si la respuesta es negativa, esto parecería indicar una diferencia fundamental entre las ciencias sociales y las físicas. La afirmación sería que la relación entre los semáforos y el comportamiento de los vehículos en camino no es del mismo orden lógico que, digamos, entre la luz del día y el desarrollo de las plantas, entre el rayo y el trueno o entre bolas de billar que chocan. Aunque hay elementos causales tradicionalmente considerados en acción en los semáforos y el comportamiento que producen, por ejemplo en los mecanismos que activan las luces y en el funcionamiento de los motores de los vehículos, esto no afecta el entendimiento de la relación entre las luces y las pautas del tráfico. Esta relación es significativa, y lo que hemos descubierto es una práctica gobernada por la costumbre o las reglas, y no un ejemplo de una ley causal. Los conductores podrían dar *razones* de por qué se detienen cuando brilla la luz roja, por qué avanzan cuando cambia a verde. En suma, ellos mismos podrían explicar lo que hacen: "Porque la luz roja indicó 'alto' ", "La luz verde me permitió avanzar", "Si no me detengo ante una luz roja, puedo tener dificultades con la policía", "Hay que obedecer a las luces de tránsito, de otro modo los caminos serían un caos", etc. Tales razones podrían invocar intenciones, propósitos,

justificaciones, reglas, convenciones y similares, en lugar de impersonales mecanismos causales.

En esto, todo un número de problemas se relaciona con la categoría ontológica de razones y reglas, la categoría de las explicaciones de la ciencia social contra las de los miembros de la sociedad, la naturaleza de la acción social y su descripción, y más, todo ello entrelazado en formas complejas, y en el espacio de que aquí disponemos es imposible hacer justicia a todas con el detalle que merecen. Sin embargo, empecemos tratando de establecer algunas posiciones preliminares. La tarea del científico social es dar alguna explicación teórica de la vida social. Esto exige una investigación empírica para descubrir datos relacionados con las formulaciones teóricas. Estos datos deben derivarse, en alguna forma, de las vidas de los actores sociales que se estudian. En contraste con los fenómenos físicos, tales actores sociales dan significado a su medio social en formas ricamente variadas, frecuentemente exóticas. Pueden describir lo que hacen, explicarlo y justificarlo, dar sus razones o motivos, declarar sus metas, decidir sobre los cursos de acción apropiados, tratar de que los medios armonicen con los fines, etc. Schutz ha expresado así la diferencia:

Corresponde al científico naturalista y sólo a él definir, de acuerdo con las reglas de procedimiento de su ciencia, su campo observacional, y determinar los hechos, datos y acontecimientos dentro de él que son pertinentes a sus problemas o propósitos científicos... El mundo de la naturaleza, como lo explora el científico naturalista, no "significa" nada para las moléculas, átomos y elec-

trones que hay en él. En cambio, el campo de observación del científico social, a saber, la realidad social, tiene un significado específico y una estructura pertinente para los seres humanos que viven, actúan y piensan en él. Mediante una serie de constructos de sentido común, han preseleccionado y preinterpretado este mundo que ellos experimentan como la realidad de sus vidas cotidianas.<sup>8</sup>

El científico social, pues, debe enfrentarse a estos significados porque, como veremos más adelante, en un sentido fundamental el origen de los datos del investigador se encuentra en estos significados. El punto de partida para la investigación de la ciencia social empírica es la observación de lo que los miembros de la sociedad hacen o han hecho. Estas observaciones pueden tener la forma de tasas estadísticas, grabaciones, escritos, cuestionarios o entrevistas, pautas de gastos, restos arqueológicos, etc. Parte esencial de la observación es la descripción del fenómeno. Acciones y conductas deben clasificarse por categorías. Por ejemplo, deben tomarse decisiones sobre si un hombre que está tallando una pieza de madera estaba haciendo algo, por ejemplo, "político", "religioso", "económico", "desviado" o "integrativo". Lo cierto es que el hombre en cuestión tendría opiniones sobre lo que estaba haciendo. ¿Cuál es, entonces, la relación entre su versión y la del científico social? ¿Cuál sería el vínculo, de haberlo, entre su descripción de su acción y cualquiera que ofreciese

<sup>8</sup> A. Schutz, "Concept and theory formation in the social sciences", en M. Natanson (comp.), *Philosophy of the Social Sciences*, Nueva York, Random House, 1963, pp. 231-249.

un investigador social? En términos más generales, ¿qué diferencia establece el hecho que los actores sociales atribuyan un significado a su realidad social, para el estudio de la vida social?

Puesto que la ciencia social de inspiración positivista no ha pasado por alto exactamente los que podrían llamarse "componentes significativos" del comportamiento social, y puesto que las posiciones filosóficas analizadas en este capítulo incluyen una crítica de este tratamiento, tal vez valga la pena empezar con algunos planteamientos de las formas tradicionales en que razones, motivos y reglas o convenciones se han empleado en las teorías científicas sociales.

#### REGLAS, MOTIVOS Y DESCRIPCIÓN DE LA ACCIÓN SOCIAL

En el ejemplo de los semáforos, del que antes nos valimos, se identificaron como importantes dos clases de fenómenos en una explicación "significativa" del comportamiento del tránsito, a saber, las reglas y los conceptos disposicionales como razones, intenciones o motivos. Éstos señalan, por decirlo así, el carácter "interno" de la relación entre las luces y el comportamiento de los conductores, es decir, el significado subjetivo que conduce a la secuencia de acciones que podríamos decir que "obedecen las reglas de las señales de tránsito". La idea de que la acción social es gobernada por reglas o que sigue reglas no es nueva, desde luego, y ni siquiera sorprendente. Algunos de los conceptos básicos de la ciencia social como normas, instituciones, desviación, racionalidad, moral,

autoridad, afán de lucro, intercambio, legitimidad, etc., rinden tributo a la idea de que el comportamiento social, además de cualquier cosa, incluye reglas. En sus diversas formas, el concepto de reglas se emplea para explicar la conducta social, y puede emplearse así porque las reglas, aun si son impuestas, forman parte del sistema de significado que los actores emplean para dar un sentido a sus respectivas realidades sociales. De manera similar, y relacionada, motivos, intenciones y similares señalan otro aspecto del significado, a saber, que los actores sociales persiguen objetivos, tienen razones para hacer las cosas, explican su conducta de diversas maneras y ofrecen interpretaciones de su mundo. Veamos cómo la ciencia social positivista trata estos elementos.

El modo común de explicación se predica sobre el concepto de que la interacción es, al mismo tiempo, motivada y gobernada por reglas. Las pautas de acción se explican por referencia a dos grupos de factores: a los disposicionales, como actitudes, motivos, sentimientos, creencias, personalidad y similares, y a las expectativas o normas sancionadas, a las que está sujeto el actor. A estas últimas se les suele llamar "expectativas de función" ajenas al que ocupa una posición particular dentro de una red de relaciones sociales. Por ejemplo, de quienes ocupan puestos administrativos esperan otros que se comporten en formas particulares, como lo hacen por ejemplo aunque de diferente manera, madres, padres, primeros ministros, hijos, hombres, mujeres, etc. Estas expectativas sugieren o hasta dictan el modo apropiado de comportamiento de alguien que ocupe estos pue-

tos. Por vía de ilustración, el profesor recién empleado ha de aprender las reglas, oficiales y extraoficiales, que forjan lo que otros con quienes entra en contacto consideran como el comportamiento apropiado de un maestro; de quien ocupa un puesto particular se esperará que ocupe tal posición auténticamente, teniendo las motivaciones debidas para desempeñar adecuadamente su papel.

Estas expectativas o reglas son, por decirlo así, "externas" al individuo en el sentido plenamente durkheimiano, ya que existen desde antes de que ocupe su puesto, y además, actúan como elementos coactivos que producen el comportamiento apropiado. En el término de Durkheim, llevan en sí una cualidad "similar a una cosa". Su "externalidad" en ese sentido produce pautas sociales, porque reglas similares se aplican a los mismos puestos. Todos los gerentes están sujetos a una clase muy similar de expectativas, así como madres, padres y otros. Esto es parte de lo que significa la idea de un orden normativo. Se presume que existe una vinculación más o menos estable entre el cumplimiento de funciones que se espera de quienes ocupan los puestos y las situaciones en que se hallan por causa de las reglas normativas que gobiernan el comportamiento en esa situación. Además, se presume que los actores se han socializado en una cultura común, de modo que hay cierto sustancial acuerdo cognoscitivo entre ellos que les capacita a identificar situaciones, acciones y reglas en forma más o menos similar.<sup>9</sup> Las pautas

<sup>9</sup> Sobre esto, véase T. P. Wilson, "Normative and interpretative

que ocurren regularmente y por rutina capacitan a los científicos sociales a hablar de elementos sociales tan estables como "la estructura social", las "instituciones", "lo político" o "el sistema económico". Un último punto, para redondear: se reconoce que puede haber considerables diferencias subgrupales dentro de una sociedad en función de las expectativas o definiciones normativas concomitantes a las posiciones particulares, pero éstas no modifican radicalmente el cuadro fundamental.

En realidad, tales diferencias plantean problemas de cierto interés a los científicos sociales, como lo ilustran los estudios de fenómenos como el conflicto de papeles, la marginalidad, el cambio social, las minorías o la desviación.

En vena similar, motivos, razones, intenciones, etc., se consideran como antecedentes causales y por tanto "externos" a la acción, que fuerzan o coaccionan a las personas a adoptar ciertas conductas. La conducta, en suma, tiene un carácter motivado. Atribuir un motivo a alguien es, según nuestra opinión, identificar un mecanismo causal "interno" que produce una muestra "externa" de comportamiento. Decir que los trabajadores se declaran en huelga porque tienen disposiciones o actitudes adversas a la administración es decir que su cuadro "interno" de su mundo laboral produce o causa su intransigencia ante los administradores. Ello equivale a dar a

paradigms in sociology", en J. D. Douglas (comp.). *Understanding Everyday Life*, Routledge & Kegan Paul, 1974, pp. 59-61; también D. Lawrence Weider, *Language and Social Reality*, La Haya, Mouton, 1974.

su conducta huelguista un propósito o una meta, una explicación en términos de los fines que la acción está destinada a alcanzar. El análisis hecho por Weber del comportamiento —industrialmente innovador— de los protestantes ascéticos atribuye un conjunto particular de motivaciones religiosas que causó que las personas que tenían tales creencias laboraran más arduamente, fueran ahorrativas en sus vidas cotidianas y se esforzaran por triunfar en todo lo que intentaban, etcétera.<sup>10</sup>

Desde luego, los motivos, aunque considerados como estados “internos” y privados, no se consideran simplemente distribuidos al azar entre una población.

Como ocurre en las reglas, la socialización en una cultura común significa que los motivos tienen pautas, típicas de personas particulares socialmente definidas y, de esta manera, producidas por la estructura social.

Así, ocupar una posición social particular “conduce” al desarrollo de ciertas disposiciones consecuenciales y socialmente pertinentes que, a su vez, causan una conducta o confrontamiento de una índole particular. Puede decirse que el carácter motivado de tales acciones surge de los intereses encarnados en el hecho de ocupar puestos particulares: algunos ejemplos pueden ser el votar por razones de ventaja de clase, ingresar en ciertas asociaciones para mejorar las perspectivas de la propia carrera o declararse en huelga para mejorar la posición adquisitiva de los compañeros de trabajo.

<sup>10</sup> M. Weber, *The protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, trad. T. Parsons, Allen & Unwin, 1960.

Éste es, pues, el modelo básico de las versiones científicas sociales que emplean aquellos elementos de significado a los que no hemos referido como reglas y disposiciones. Aunque me he basado para esta versión en la sociología, está lejos de limitarse a tal disciplina. Tampoco estoy afirmando que las explicaciones sean tan sencillas como éstas, sino, sencillamente, que siguen más o menos de cerca este modelo básico. Lo que debe añadirse son los elementos requeridos para una versión positivista de la acción social, aunque tal vez sería más atinado decir que el modo de explicación ya esbozado debe mucho al intento de hacer científica, de esta manera, la explicación de la vida social.

¿Cuáles son estos elementos adicionales? Ante todo, la explicación debe ponerse en forma deductiva, mostrando cómo el comportamiento observado puede deducirse de un conjunto de premisas, las cuales contienen la teoría en cuestión, más las condiciones empíricas declaradas. Esto significa, en segundo lugar, que el comportamiento que será explicado debe quedar definido independientemente de los factores o causas que supuestamente predisponen: es decir, la acción social debe ser definida o descrita independientemente de las reglas o normas que supuestamente gobiernan tal acción e independientemente de cualesquiera motivos que, según pueda decirse, la causan. A mayor abundamiento, cualesquiera descripciones que entren en el argumento deductivo (y entran al especificar las condiciones empíricas y los hechos que se van a explicar) deben tener significados estables, independientes de las circunstancias

de su empleo. En suma, deben ser descripciones literales.<sup>11</sup> Un argumento deductivo no puede funcionar lógicamente si los significados de las expresiones empleadas cambian de significado.

Diríase que el modo de explicación antes esbozado satisface estas normas metodológicas. Reglas, motivos o disposiciones, situaciones, relaciones sociales y conducta: todos ellos son considerados como elementos analíticamente separados, relacionados sólo contingentemente entre sí. La labor de la investigación empírica consiste en descubrir precisamente la pauta de estas relaciones contingentes y formularlas como regularidades. Para ver hasta dónde se puede mantener esto, examinemos primero la relación entre los motivos y la descripción de la acción social.

Como ya se indicó, en la forma típica de explicación se ofrece alguna característica interna y privada de las personas, a menudo implícitamente, como antecedente causal que predispone al actor a comportarse en cierta forma particular. El motivo y el comportamiento son considerados como independientes, siendo la fuente, por decirlo así, el estado interno y privado para el despliegue de comportamiento externo, la acción. Esta formulación de la relación plantea toda clase de problemas metodológicos a la ciencia social. Concebido como interno y privado, y por ello no expuesto a inspección directa, el problema ha consistido en inventar métodos de evaluar tales estados internos mediante una variedad de métodos públicos y objetivos, como escalas de actitud, cuestionarios,

<sup>11</sup> Wilson, *op. cit.*, p. 71; también W. V. O. Quine, *Word and Object*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1960.

entrevistas, inventarios de personalidad y similares, empleando éstos para correlacionarlos con índices más "objetivos" como nivel de educación, clase social, identidad étnica, participación asociacional, votación, pautas de gasto, registros de enfermedades mentales, etc. Con métodos como éstos que para sus atribuciones de motivos dependen de lo que dicen los interrogados, siempre ha existido el problema de relacionar lo que las personas dicen con lo que hacen.<sup>12</sup> Por consiguiente, se ha dedicado considerable esfuerzo al desarrollo de los instrumentos y las prácticas de investigación para mejorar la validez de tales métodos de modo que puedan dar evaluaciones más precisas de lo que en realidad hay "en la mente de las personas". En otros casos, los motivos se infieren, menos de lo que la gente dice de sí misma, y más de lo que hace o ha hecho. De que una persona se haya suicidado se sacan inferencias por cuanto a su estado mental. Por el hecho de que los botes de basura cada vez estén más llenos de paquetes vacíos de alimentos puede inferirse que la gente está siendo motivada a crear más tiempo libre empleando alimentos así convenientemente preparados.<sup>13</sup> Del hecho de que los primeros capitalistas fuesen miembros de sectas protestantes ascéticas se puede inferir

<sup>12</sup> Véase, por ejemplo, I. Deutscher, "Asking questions crossculturally: some problems of linguistic comparability", en H. Becker, et al. (comps.) *Institutions and the Person*, Chicago, Aldine, 1968, pp. 318-341; I. Deutscher, *What We Say, What We Do*, Glenview, Scott, Foresman and Company, 1973; J. A. Hughes, *Sociological Analysis: methods of discovery*, Nelson, 1975.

<sup>13</sup> Esta lógica apoya las "medidas disimuladas". Véase E. Webb et al., *Unobtrusive Measures*, Chicago, Rand MacNally, 1972.

que su filiación religiosa les movió a una conducta favorable a la acumulación capitalista.

En todos estos casos, el problema ha consistido en formalizar las inferencias aparentemente inevitables que se deben hacer para investigar los motivos de una persona o un grupo de personas. Para los positivistas, dichas inferencias, si no se controlan, podrían conducir a interpretaciones indebidamente subjetivas de parte del científico. La situación ha llevado a algunos a la desesperación y a buscar la salvación en la neurofisiología o algún otro método que "nos permita observar lo que pasa en la cabeza de una persona, así como podemos observar las contracciones de estómago o las descargas nerviosas en un organismo hambriento".<sup>14</sup> Sea como fuere, lo que se afirma aquí es que la concepción de la relación entre los llamados "estados internos", como motivos, intenciones y razones y el comportamiento presupuesto en el enfoque tradicional es fundamentalmente errónea.

Considérense las descripciones siguientes de hechos bastante comunes: "Levanté el brazo" ... "Levanté mi vaso" ... "Brindé por la feliz pareja" ... "Sací mi sed" ... "Decidí que lo unico que se podía hacer era emborracharme." Todas estas afirmaciones describen lo que podría decirse de distintas acciones, y sin embargo también podría decirse que consisten en el

<sup>14</sup> D. McClelland, *The Achieving Society*, Nueva York, Van Nostrand, 1961, p. 39. Este estudio es un ejemplo maravilloso del ingenio al que puede aspirar la atribución de motivos en manos de un experto científico social. Estoy en deuda con J. Coulter por llamarme la atención hacia esta cita.

mismo movimiento corporal, o que lo incluyen. Así pues, este “despliegue de conductas” puede ser parte de muchas acciones diferentes y, generalizando a partir de esto, podemos decir que no hay un acoplamiento de uno con uno en la descripción de una acción con un despliegue de comportamientos. Pitkin plantea esto bastante bien:

Con el mismo movimiento físico, un plumazo o inclinar la cabeza, un hombre puede violar una promesa o hacer otra, renunciar a su derecho de nacimiento, insultar a un amigo, obedecer una orden o cometer una traición. En distintas circunstancias y con varias intenciones, el mismo movimiento puede constituir cualesquiera de estas acciones; sin embargo, en sí mismo no constituye ninguna de ellas.<sup>15</sup>

Un observador, pues, que me viera levantar el brazo con un tarro de cerveza podría describir mi acción en cierto número de diferentes maneras. Podría ser apropiada cualesquiera de las que hemos ofrecido como ejemplo, aunque “levanté el brazo” parece poco informativo. Desde luego, el observador no puede ver directamente mi cerebro para inspeccionar mis intenciones o estados físicos. No obstante, empleando varios particulares del contexto —había una boda, era día caluroso, acababan de darme calabazas—, se habría podido dar cierta descripción sin gran dificultad. Algunas de las descripciones bien pueden imputar un motivo o propósito a mi comportamiento, como un deseo de embriagarme,

<sup>15</sup> H. Pitkin, *Wittgenstein and Justice*, University of California Press, 1972, p. 167; este capítulo debe mucho a este notable libro.

de mostrarme sociable, de desear buena suerte a la feliz pareja, de saciar la sed, etc. En tales casos, el motivo nos muestra más cerca de la acción que se está efectuando, nos dice que la persona estaba "emborrachándose", "brindando por la feliz pareja", "saciando la sed" o cualquier otra cosa.<sup>16</sup>

Al describir muchas acciones imputamos inevitablemente motivos de una índole u otra. La fuerza analítica de motivos, razones, no se encuentra tanto en que sean fuentes "internas" de acción o comportamiento, sino en que equivalen a reglas que formulan una regla de comportamiento *como* acción de una índole particular. Motivos, razones y otros conceptos disposicionales se pueden ver como reglas o como instrucciones internas para ver el comportamiento de tal y cual manera, para explicar más la acción, para hacer un relato de tal acción. De allí se sigue que cualquier despliegue de comportamiento se puede describir y explicar en toda una variedad de formas distintas y a menudo excluyentes, es decir, como diversos tipos de acciones motivadas. Como lo expresa Austin:

En principio, siempre está abierto a nosotros, a lo largo de varias líneas, describir "lo que hice" o referirnos a él de tantas maneras distintas...¿debemos decir, como estamos diciendo, que él tomó el dinero de ella, o que metió la pelota en el hoyo? ¿Que dijo "Hecho", o que aceptó una oferta? Es decir, ¿hasta qué punto los motivos, intenciones y convenciones forman parte de la descripción de las acciones?<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Véase A. Melden, *Free Action*, Routledge & Kegan Paul, 1961.

<sup>17</sup> J. Austin, *Philosophical Papers* (comp.), J. Urmson y G. Warnock, Oxford University Press, 1961, pp. 148-149.

Cuando más obvio es esto, tal vez, es cuando el carácter motivado de un hecho es equívoco, como en un caso de que nos habla Atkinson.<sup>18</sup> Se descubrió a una viuda de 83 años, muerta, por gas, en su cocina. Había vivido sola desde la muerte de su marido. Había colocado toallas y tapetes bajo las puertas y en torno de las ventanas. Los vecinos declararon que siempre había parecido una persona alegre y jovial. El médico forense presentó un veredicto de duda por motivo de que no había nada que mostrara cómo se habían abierto las llaves del gas. En este caso, las circunstancias de la muerte, ocurrida durante el invierno, no bastaban para producir un veredicto definitivo. Por ejemplo, fue difícil establecer si los tapetes, etc., se habían colocado allí para que no entraran corrientes de aire, y no para evitar la salida del gas y, por ende, establecer si había abierto intencionalmente las llaves del gas o bien sólo por distracción. Si la muerte hubiese ocurrido en el verano, habría sido menos ambiguo el carácter motivado del hecho. El que ocurriera en invierno hizo que el carácter motivado de la escena no pudiera aclararse sin recurrir a pruebas circunstanciales sobre el estado mental de la viuda. Diversas suposiciones sobre el estado mental de la anciana habrían movido a los descriptores a componer el argumento en formas particulares o, viceversa, lo supuesto acerca de los hechos habría movido a los testigos a sacar inferencias sobre el estado mental de la viuda, etcétera.

<sup>18</sup> M. Atkinson, "Societal reactions to suicide; the role of coroners' definitions", en S. Cohen (comp.), *Images of Deviance*, Penguin Books, 1971, pp. 165-191; también J. Heritage, "Aspects of the flexibility of language use", *Sociology*, 12 (1978), 79-103.

Argüir o suponer (como querría el típico modo de explicación científica social que lo hiciéramos) que es posible describir tal comportamiento como una especie de "hecho bruto" independiente de motivos o razones, es interpretar gravemente mal la relación que éstos tengan con la descripción de la acción social. Describir mi acción, a la que antes aludimos, de "llevar un vaso a mis labios" como si esto, en alguna forma, fuese más real que otras descripciones que incluyen imputaciones o inferencias acerca de la motivación, excluye los elementos mismos que hacen de ella un hecho social aunque, para ciertos fines, tal descripción bien puede ser adecuada. Semejante descripción tratada como descripción de un "hecho bruto" indiscutible o de un "dato observacional" fundamental, presuponiendo un significado o imputación de motivo, razón o intención, simplemente como cuestión de interpretación subjetiva de parte del actor, es concebir erróneamente el proceso de descripción de la acción.<sup>19</sup> Además, el motivo es un concepto que inevitablemente tiene aplicaciones dudosas e indeterminadas. La conjetura sobre el motivo no surge por la falta de evidencia que pudiéramos tener mas no tenemos, como puede considerarlo el empecinado positivista al que antes mencionamos, sino que es una revisión de una gama de posibilidades en que el comportamiento no es menos ambiguo. Antes de tratar más plenamente algunas de las implicaciones de estas observaciones, veamos brevemente la cuestión

<sup>19</sup> Véase Weider, *op. cit.*; también A. Blum y P. McHugh, "The social ascription of motive", *American Sociological Review*, 36 (1971), pp. 98-109.

de reglas en que pueden establecerse puntos similares. Como con los motivos, cualquier ejemplo de "comportamiento concreto" podría ser consecuente con un vasto número de reglas, aunque en la práctica sólo algunas nos parecerían pertinentes. Solemos pensar en las reglas como mandamientos de hacer o de no hacer algo a lo que podríamos dedicarnos, existiese o no la regla. En este sentido, la regla nos parece independiente y exterior al comportamiento al que se aplica. Por ejemplo, los Diez Mandamientos prohíben varios tipos de comportamiento que, puede suponerse, el creador de tales reglas no consideró como sanos, como el adulterio, el robo, la envidia, la idolatría, etc. Sin embargo, hay un aspecto de las reglas que no es enteramente separable del comportamiento. Puede decirse que algunas reglas son "constitutivas" de la acción, ya que nos dicen cómo hacer algo. Por ejemplo, difícil sería imaginarse jugar al ajedrez sin las reglas del ajedrez. Suspendamos reglas como éstas, y deja de existir la actividad o comportamiento en cuestión. Desde luego, aún quedaría el comportamiento de mover piezas de madera o de plástico sobre un tablero ajedrezado, pero esto no sería precisamente jugar al ajedrez.<sup>20</sup> Del mismo modo, sería difícil concebir el "obedecer a los semáforos" sin un concepto de las reglas del tránsito. Aquí, una distinción pertinente es la que existe entre un proceso que esté de acuerdo con una regla y un proceso

<sup>20</sup> Sobre "reglas constitutivas", véase J. Searle, *Speech Acts*, Cambridge University Press, 1969, pp. 33-42; y C. Taylor, "Interpretation and the sciences of man" en R. Beehler y A. R. Drengson (comps.), *The Philosophy of Society*, Methuen, 1978, pp. 156-200.

que implique una regla, entre la "acción de acuerdo con una regla" y la "acción gobernada por una regla".<sup>21</sup> Cualquier agente, proceso o acción observado puede ponerse fácilmente bajo los auspicios de muchas formulaciones similares a reglas, ninguna de las cuales es inequívocamente *la* regla que gobierna el proceso o acontecimiento. Una actividad está de acuerdo con una regla si muestra las regularidades expresadas por la regla. Implica una regla si los agentes realmente *usan* la regla para guiar o evaluar sus acciones. Sin embargo, las reglas no determinan su propia aplicación, sino que se deben emplear, y uno de sus empleos más importantes es poner un conjunto de hechos, procesos, personas o conducta en algún esquema de interpretación. En este sentido, el concepto de regla está atado al de "cometer un error" y es esta posibilidad la que ayuda a distinguir el estar "gobernado por reglas" de la simple regularidad. Es decir, nos capacita a evaluar lo que se está haciendo, a descubrir fallas, estar expuestos a la crítica. Invocar reglas es un modo de describir o pintar la acción, de señalar qué estamos haciendo o hacernos responsables de nuestras acciones. Empleadas de esta manera, las reglas son parte de nuestros recursos para hacer el mundo más comprensible.

El resultado de estas observaciones sugiere claramente una clase muy distinta de relación entre la

<sup>21</sup> Véase J. Coulter, *Approaches to Insanity*, Martin Robertson, 1973, p. 141; J. Rawls, "The two concepts of rules", *Philosophical Review*, 64 (1955), 9-11. Esta distinción se debe a L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, trad. G. E. Anscombe, Oxford, Blackwell, pp. 199-202.

acción y su descripción, y las reglas o motivos de los que podría decirse que gobiernan esta acción, muy distintos de la que considera el enfoque positivista. Por una parte, afirma que las acciones y su descripción están conceptualmente atadas a razones y motivos, no siendo descriptibles unas ni otras como si fuesen separadas e independientes; por lo contrario, se imbuyen unas a otras reflejamente.

Este análisis de las reglas, motivos y otros conceptos intencionales —llamémoslos conceptos de acción— presupone que éstos son los medios principales por los que los miembros de la sociedad construyen significativamente su mundo social. También establece el punto de que el vocabulario de acción muestra propiedades muy distintas de las que son presupuestas por uno causal. La acción se predica sobre la idea de un agente, en particular de un agente humano. El vocabulario de la acción es empleado por los seres humanos al hablarse unos a otros acerca de lo que están haciendo. Un agente difiere de una variable causal porque puede decirse que hace una elección, se le puede hacer responsable de iniciar, hacer algo, etc. Es posible elogiar o condenar una acción, ordenarla o prohibirla porque también es posible elogiar o censurar, ordenar o prohibir a la persona que hace la acción. El empleo de expresiones causales en contextos de acción no debe hacernos pensar en unas relaciones invariables, ni pensar que de alguna manera éstas son más reales que las no-causales. Decir algo como "El hecho de que estuviera oscuro me hizo tropezar con el banco" es hacer uso de una relación de tipo causal entre la luz que había y la capacidad de ver los objetos clara-

mente, pero hace más que esto: podría excusarme, sugerir que yo no sólo fui torpe que no pude evitarlo, que no se me puede censurar. Las acciones no vienen convenientemente etiquetadas como "suicidio", "obediencia a las señales del tránsito" "pisar al perro", "robar", "votar por un partido de los obreros", "ser maternal", etc., sino que hay que describirlas, y esto es, en sí mismo, una acción. No sólo requiere contemplar un "comportamiento concreto" si es que esto tiene algún sentido, sino prestar atención a las circunstancias, razones, motivos y reglas.

Desde luego, claramente no es que las intenciones, los motivos, las reglas o convenciones sean necesariamente imputaciones en las descripciones de acción. Es posible matar por inadvertencia, engañar involuntariamente, etc., mientras que en otros casos las preguntas no son tan claras; por ejemplo, ¿es posible asesinar sin la intención de asesinar, prometer sin intentar prometer? También se pueden describir los hechos sin imputaciones de motivo: "Resultó que la pistola estaba cargada, alguien tiró del gatillo, la bala le dio en la cabeza y ella murió de las heridas sufridas." Que esta descripción pueda considerarse adecuada o no dependería de los propósitos con que se hizo la descripción. La descripción de una acción es un hecho ocasional, es en sí misma una acción hecha con algún propósito, informada por algún interés, en algún contexto. Sin embargo, el punto es que las descripciones de acción son esencialmente refutables; es decir; en principio siempre es posible discutir contra cualquier restricción particular introduciendo en ella otros particulares acerca de la situación, persona,

hecho u objeto. Permítaseme poner como ilustración un ejemplo un tanto prosaico.

Hace algún tiempo, yo iba caminando por un pasillo y, como ocurrieron las cosas, me detuve para mantener abierta una puerta para que pasara una mujer que venía tras de mí. La mujer se detuvo y dijo que lo que yo acababa de hacer era sexista. Yo ofrecí disculpas, un tanto confuso, diciendo que había sostenido la puerta para permitirle pasar antes de mí, como un gesto de simple cortesía que habría hecho por cualquiera, hombre o mujer. Como puede suponerse, esto no pareció muy convincente, y el resultado fue que ninguno de nosotros logró pasar por la puerta durante varios minutos. El objeto de contar esta anécdota no es el ya familiar de la misma exhibición de comportamiento —abrir la puerta, retroceder, etc.— que está sujeto a distintas interpretaciones, sino que está sujeto a distintas descripciones como acción. No se trata de encontrar la descripción adecuada de un acontecimiento, como podríamos tener que embonar taquetes redondos en agujeros redondos, o poner la palabra apropiada en las líneas de un crucigrama. Tiene que ver, en cambio, con justificar una acción, describiéndola en formas socialmente consecuenciales. Preguntar si la descripción correcta del hecho fue "cortesía" o "chauvinismo varonil" es perder de vista el punto principal. Ninguna de las dos descripciones puede ser justa en un sentido absoluto. La cuestión de la descripción se relaciona con justificar mi acción o mi punto de vista con razones o argumentos apropiados, con persuadir (halagando, amenazando, coaccionando) a alguien

de que lo ocurrido tenía ese carácter. Cada quien habría podido plantear su argumento sensatamente. Yo habría podido señalar mis ejemplares antecedentes de cortesía en todo, mientras que ella bien habría podido tomar esto como prueba en su favor, arguyendo que tal comportamiento simplemente indicaba una actitud paternalista de mi parte y que el sexismo estaba integrado en ella. Como en el caso de los motivos, se podían invocar argumentos y aducir razones para apoyar la afirmación de que la escena debía considerarse de un modo particular. Sólo habríamos podido llegar a un acuerdo si sostuviéramos, por decirlo así, métodos comunes para resolver semejantes disputas.

Al señalar la defensibilidad esencial de la descripción de acción, se ha afirmado que el vocabulario de la acción forma parte del discurso moral concerniente a la apreciación de la conducta. En este ámbito del discurso, lo que hemos hecho o estamos haciendo no tiene una descripción bien definida. El saber lo que alguien está haciendo, lo que va a hacer, lo que ha hecho o no ha hecho no es cosa que pueda explicarse plenamente considerando lo que en realidad esa persona hace. Saber lo que alguien está haciendo es poder elaborar la acción, decir lo que se está haciendo, excusarlo o justificarlo de ser necesario, etc.<sup>22</sup> En suma, lo que está en juego es lo que en realidad se hizo. El que yo sostuviera la puerta, ¿fue un ejemplo flagrante de machismo chauvinista, o el último resto de una cortesía caballeresca? De lo que trata la disputa es precisamente de esto, pero no es el tipo

<sup>22</sup> Pitkin, *op. cit.*, cap. VII.

de cosa que se puede resolver buscándola en un diccionario de acciones sociales.

Estos argumentos sugieren que la descripción de la acción social es cuestión problemática para observadores y actores sociales por igual. Se ha indicado que las descripciones son profundamente sensibles al contexto, y refutables. Son actividades sociales hechas con propósitos particulares y se consideran adecuadas o inadecuadas, según el caso, en función de estos propósitos. Esto nos conduce a otra propiedad general de las descripciones, que se debe mencionar; a saber, que siempre son, en principio, incompletas. Cualquier cosa que se incluya en una descripción siempre es selectiva y no puede agotar todo lo que podría decirse acerca de un objeto, acción, persona o acontecimiento. Mas podría añadirse siempre: por ejemplo, puede describirse a una persona como "de pelo negro", "alta", "egoísta", "reservada", o "un obrero", "de inteligencia más que mediana", etc., pero esto no agotaría lo que puede decirse de tal persona. Tales descripciones son selecciones de lo que se podría decir y, según la ocasión en que se ofrece la descripción, pueden ser perfectamente adecuadas. Cuando se les emplea, la adecuación es algo que deciden el que habla y el que oye, pues aunque las descripciones tienen un borde de inconclusión o, como dice Waismann, una calidad de "textura abierta",<sup>23</sup> esto no menoscaba su capacidad de realizar la tarea requerida, puesto que quienes hablan un len-

<sup>23</sup> F. Waismann, "Verifiability", en A. Flew (comp.), *Logic and Language* (primera serie). Oxford, Blackwell, 1951, pp. 117-144; también Pitkin, *op. cit.*, pp. 61-62.

guaje natural no intentan jamás dar la descripción completa. Como hemos dicho, a menudo un solo descriptor hará una descripción adecuada —“este amigo”, “mi colega”, “mi hijo”, “el casero de los Pérez”, “ese perro estúpido”—, y, por decir así, los detalles restantes quedan entre paréntesis, con propósitos actuales, o su sentido queda “apartado”, utilizando lo específico del contexto en que se les emplea. Mas siempre es posible producir otras descripciones de un objeto o acontecimiento o acción. Se pueden añadir otras propiedades que modifiquen la descripción original, o pueden surgir otros aspectos que posean elementos adicionales que socavan lo original, etc. La relación entre las características de un objeto, hecho, acto o persona y una descripción no está determinada. La selección que hace quien habla, al describir, entre todo lo que se puede decir o predicar de cierto fenómeno, normalmente revela al oyente algo de los propósitos prácticos del parlante al ofrecer esa descripción. Provoca una veintena de posibles elaboraciones, y esto significa que en las ocasiones de su uso adecuado, una descripción sólo puede ser un índice de lo que puede significar. A esto se le ha llamado el problema de “etcétera”, o el rasgo de “indexicalidad”.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> Véase H. Garfinkel, *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1967, especialmente, cap. 1; H. Garfinkel y H. Sacks, “On formal structures of practical actions”, en J. C. McKinney y E. A. Tiryakian (comps.), *Theoretical Sociology*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1970, pp. 337-366; H. Sacks, “Sociological description”, *Berkeley Journal of Sociology*, 8 (1963), 1-19; también Heritage, *op. cit.*

Diríase que los argumentos aquí enumerados parecen desafiar muchas de las suposiciones en que se basa la ciencia social positivista. La tradición de la ciencia social de la que se derivan considera que el significado es central en la vida social y señala diferencias importantes entre aquello que yo he llamado el "vocabulario de la acción" y el de la ciencia. El término un tanto presuntuoso de "significado" indica claramente la naturaleza simbólica de la vida social y, a su manera, señala el hecho de que la acción humana no es predecible, determinada en su curso, como lo es la materia inanimada de las ciencias naturales. Mientras que el positivismo tal vez atribuya esta falla a la escasez de buenas mediciones y a la infancia de las ciencias sociales, o a la mayor complejidad del mundo social comparado con el natural, aquí lo que se está afirmando es más fundamental, a saber, que la vida humana es esencialmente distinta, y que esta diferencia exige otra metodología que la presupuesta por una concepción positivista. (Por el momento, cometeré petición de principio, sobre si el hecho de que la vida social tiene significado puede reconciliarse con la otra visión de la ciencia, esbozada en el capítulo III.) Desde luego, las cosas dependen marcadamente de la trivial observación de que los seres humanos son capaces de dar versiones de sus propias vidas y de sus relaciones con los demás. Sin embargo, el argumento puede llegar más lejos y afirmar que esta capacidad es esencial para que haya, en realidad, una vida social. Dar razones, justificaciones, explicaciones y hacer descripciones son, por sí mismas, actividades profundamente sociales y,

por consiguiente, hacen de la vida social lo que es. Lo que hemos de examinar ahora es si estas consideraciones implican o no que es imposible una ciencia social.

### RAZONES CONTRA CAUSAS

Una importante consecuencia metodológica de unir razones, motivos y otras disposiciones con el concepto de acción, es que plantea preguntas sobre si la ciencia social puede interesarse en las causas de la acción. El vínculo conceptual entre la imputación de razón y motivo y la descripción de acciones sociales arguye que no se ha satisfecho una de las condiciones principales para identificar una relación causal; es decir, la independencia lógica del factor antecedente, la razón, y el efecto, la acción. En cambio, se sugiere una relación muy diferente en que la razón (o el motivo) y la descripción de la acción son mutuamente determinantes, aunque no en forma precisamente generalizable. Otra objeción a la versión causal de la acción social surge de los hechos a los que nos enfrentamos con relación a la descripción de la acción misma y es una objeción al empleo del método hipotético-deductivo de explicación. Se dice que semejante método sólo puede emplearse si es posible la descripción literal; es decir, una descripción que no dependa, para su sentido o significado, de la ocasión en que se emplee.<sup>25</sup> Por ejemplo, en la medición literal, se tratan los fenómenos sin referencia a ningún significado intrínseco que puedan tener, ya que el significado

<sup>25</sup> Wilson, *op. cit.*, p. 75.

se asigna puramente dentro de la teoría misma sin referencia a ningunas consideraciones extrateóricas.

Como ya se indicó, las descripciones entran en la explicación hipotético-deductiva al menos en dos lugares: en planteamientos acerca de las condiciones iniciales y en la predicción deducida que constituye el *explanandum*. Sin embargo, la carga del argumento es que la descripción literal es posible en las ciencias sociales sólo pasando por alto la naturaleza interpretativa de la acción social. Es decir, si adoptamos la opinión de que la descripción de la acción social es, fundamentalmente, cuestión interpretativa, entonces cualquier observador, científico o no, puede valerse de la interpretación para hacer cualquier descripción de la acción social. Por ello, si yo deseo describir una muestra de comportamiento, que puede ser un procedimiento o un movimiento corporal como, digamos, revelador de "enfermedad mental", ni la locución misma ni el movimiento indicarán esto sin el uso de algún esquema interpretativo que me permita componer estos ejemplos como ejemplos de enfermedad mental.<sup>26</sup> Huelga decir que algún otro esquema plantearía diferentes descripciones de los elementos, aunque no necesariamente incongruentes con los primeros. De manera similar, si yo me valgo de una descripción de los elementos hecha por alguien más, para comprender esto debo emplear los mismos procedimientos interpretativos, con objeto de apreciar cómo los elementos particulares se combinaron en la descripción empleada. Wilson llama a esto el método

<sup>26</sup> Un ejemplo interesante de esto es D. Smith, "K is mentally ill", *Sociology*, 12 (1978), 23-53.

de "interpretación documental" en que un conjunto de apariencias, que pueden ser objetos, hechos, personas o símbolos se toma como prueba de alguna pauta subyacente, mientras que la pauta postulada sirve de guía para ver cómo deben interpretarse las apariencias mismas. Así, la clasificación de la descripción de cualquier muestra de comportamiento en una ocasión dada como ejemplo de un tipo particular de acción "no se basa en un conjunto de rasgos especificables del comportamiento y la ocasión sino que depende del contexto indefinido considerado como pertinente para el observador, contexto que obtiene su significado, parcialmente, de la acción misma que se está empleando para interpretar".<sup>27</sup> El significado, y por tanto la acción que está desempeñándose, de un brazo levantado, dependería del contexto; de manera similar, el contexto mismo se volvería inteligible parcialmente por el significado o la descripción dada al movimiento. De allí se sigue que cualquier interpretación es, al mismo tiempo, retrospectiva y perspectivamente revisable "a la luz de nuevas pruebas".

Estos dos argumentos (y examinaremos más en el capítulo siguiente) ponen en duda seriamente la idea de una ciencia social basada en la búsqueda de las causas del comportamiento social. Winch y otros críticos afirman que los conceptos de acción son lógicamente incompatibles con la idea de necesidad causal y, por ello, con una explicación causal científica.<sup>28</sup> Se han hecho intentos por negar la fuerza de

<sup>27</sup> Wilson, *op. cit.*, p. 75; también Garfinkel, *op. cit.*, pp. 76-103.

<sup>28</sup> P. Winch, *The Idea of a Social Science*, Routledge & Kegan Paul, 1963.

esta distinción entre razones y causas. Por ejemplo, MacIntyre, preocupado por el hecho de que los agentes pudiesen ofrecer muchas razones de por qué hacían algo, desea argumentar que el hecho de que un agente tenga una razón puede ser un estado independientemente identificable del desempeño de una acción por el agente y, por tanto, una causa candidata.<sup>29</sup> La dificultad se encuentra aquí en especificar qué significa que un agente se halle en estado de tener una razón. Diríase que esta condición sólo puede basarse en la confesión del agente en cuestión, aunque también otros son igualmente libres de imputar razones a un agente, sin que tal agente necesariamente haya formulado la razón que tuviera antes de la acción. Las razones entran como justificaciones, como elaboraciones ulteriores de acciones y no necesariamente se formulan como antecedentes previos de la acción para la que resulta pertinente la razón. El argumento tampoco destruye el vínculo conceptual entre las razones y la descripción de la acción: relación que no es de independencia ni de invariancia contingente.

Hay, no obstante, otras dificultades en la distinción entre conceptos de acción y conceptos causales. El hecho es que a veces hablamos de las causas de acciones y damos versiones causales de las acciones. Algunos dirían que éste es simplemente un hábito de descuido al hablar, mas esto no resulta satisfactorio.<sup>30</sup> Toda la cuestión está relacionada con un antiguo problema

<sup>29</sup> A. MacIntyre, "The idea of a social science", en B. Wilson (comp.), *Rationality*, Oxford, Blackwell, 1977, p. 117.

<sup>30</sup> Véase J. Gunnell, "Social science and political reality", *Social Research*, 35 (1968), p. 193.

filosófico, que tiene que ver con el libre albedrío. El debate se puede resumir como sigue: por una parte, hay argumentos según los cuales hacemos a la gente responsable de sus acciones, la censuramos cuando se comporta mal, etc. Por tanto, como no tendría objeto censurar a alguien por hacer algo que está fuera de su dominio, entonces al menos algunas de las acciones deben ser hechas libremente por el agente. Por otra parte, existe la opinión de que lo que un agente hace es en función de su crianza, personalidad, situación y similares y, por tanto, simplemente es víctima indefensa de todos esos factores. Aunque todos podamos sentirnos libres de elegir y actuar, esto en realidad es engañoso.

Aquí el conflicto, aunque fácil de plantear, no es tan fácil de resolver. El propio concepto de causa se emplea en toda una gran variedad de formas diferentes, no todas ellas acomodables a la concepción humana.

A veces, hacemos un relato causal de la acción. Peters sugiere que probablemente lo hacemos cuando algo ha salido mal, "cuando hay algún tipo de desviación del modelo gobernado por reglas; cuando la gente, por decirlo así, lo capta mal".<sup>31</sup> En tales casos se plantean dudas sobre si una acción fue realmente desempeñada. Asimismo, solemos dar explicaciones causales de acción cuando la elección o responsabilidad de los actores es mínima, o de otra manera no tiene interés para nosotros; podríamos hacer esto, como lo ilustra Pitkin, al considerar cómo hacer que una tercera

<sup>31</sup> R. S. Peters, *The Concept of Motivation*, Routledge & Kegan Paul, 1960, p. 10.

parte haga algo.<sup>32</sup> Aquí, las causas no son incompatibles con razones, motivos e intenciones. Por ejemplo, en la explicación histórica solemos interesarnos más en explicar por qué una persona hizo lo que hizo, que en hacerlo responsable o achacarle culpa.

Podría decirse que todo esto está muy bien. Las prácticas del lenguaje ordinario con respecto a las atribuciones causales contra la imputación de motivos o razones se han captado bien en conexión con las acciones particulares, pero no son precisamente pertinentes a la ciencia social, interesada en explicar clases enteras de acciones. Pero, como respuesta, podría decirse que al tratar de llegar a una explicación corremos el riesgo de estirar el lenguaje hasta crear insolubles dificultades conceptuales. "Libre", "determinado", "causas", son conceptos atados a muchos otros conceptos. Si se nos planteara la pregunta, "¿Qué es una acción libre?", poca dificultad tendríamos para ofrecer muchas ilustraciones, sinónimos y conceptos casi equivalentes en significado, analogías, etc. Si negáramos que algunas acciones fueron libres, entonces nos veríamos obligados a rechazar toda una veintena de otras categorías y relaciones conceptuales, negando de hecho esferas enteras de nuestro lenguaje. Esto es algo que podríamos querer hacer pero, al hacerlo, en el proceso también, proscribiríamos todo un grupo de acciones. Términos como "libre", "causas", "determinado" y otros conceptos asociados a ellos se emplean en contextos particulares, utilizados para evaluar alguna acción

<sup>32</sup> Pitkin, *op. cit.*, p. 269.

particular, hecha o considerada. Si una persona tiene elección o no, son preguntas parcialmente dependientes de la posición adoptada por el que habla en la situación en cuestión. Yo puedo decir a mi íntimo amigo que "no puedo ir al cine contigo porque mis padres están de visita", intentando decir que la fuerza de las obligaciones filiales significa que "no soy libre" de ir. En cambio, si mi amigo deseara que yo lo acompañase al hospital, es posible que yo pasara por alto mis obligaciones filiales. No podría hacerlo por un simple conocido, aunque también esto puede depender de la gravedad de las razones de la visita. La idea es que en cada una de estas situaciones estoy adoptando una posición con respecto a los demás, y por ella seré juzgado. Lo que resulta difícil de generalizar a partir de casos particulares como éstos es distinguir las normas por las que todas las acciones se consideran como causalmente determinadas.

Sea como fuere, es difícil ver cómo descubrir si todas nuestras acciones en realidad son causalmente determinadas o si en realidad todas son libres. De hecho, parece que la cuestión no es acerca de los hechos del mundo. Si, como sugerimos hace un momento, seriamente consideramos la idea de que toda acción era causada (o libre), esto implicaría vastos cambios en el sistema conceptual en el cual y por medio del cual están constituidas nuestras vidas. Difícil sería hablar de responsabilidad, culpa, castigo, honor, realización, generosidad, valor, habilidad, calidad, fracaso, conducta, etc. Ciertamente podemos retener el uso de estos términos y de otros, pero su punto se perdería. Aún podríamos "castigar", pero ésta sería la aplicación

de otro mecanismo causal, planeado para modificar el comportamiento. Aún podríamos "elogiar", pero esto no sería dar crédito por alguna realización personal, sino añadir otro factor causal que produjera un comportamiento particular. Tales cambios en nuestro lenguaje, y por consiguiente en nuestras vidas, indudablemente han ocurrido a lo largo de los siglos, pero el argumento es que aun cuando nuestros conceptos sean convencionales, no son arbitrarios. Son forjados por nuestra conducta como seres humanos. El determinista podría decir que la distinción entre acciones y causas surge porque ignoramos las causas de algunas acciones, pero esto es perder de vista el punto principal.

Empieza a parecer que nos estamos enfrentando aquí a dos perspectivas distintas. Pitkin las llama "la del actor comprometido en la acción y la del observador", ambas profundamente fincadas en nuestro lenguaje y nuestra forma de vida.<sup>33</sup> No podemos tomar ninguna de las dos sin perder en cierto modo aspectos cruciales de la realidad social. Una ciencia de la sociedad que fuese puramente observacional, y que se valiera de un vocabulario causal independiente de nuestro vocabulario de acción, sería posible, pero la pregunta es ¿qué estaríamos entonces observando? No podríamos ver promesas, poder, interés, guerra, culto, organizaciones, explotación, privación y similares ya que éstos, por definición no podrían llamar la atención del observador libre del concepto de acción. En suma, semejante ciencia "no podría responder a

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 272.

las preguntas que hoy podemos formular, pues están formuladas en los conceptos que tenemos".<sup>34</sup>

Parece, pues, que la vieja dicotomía de razones contra causas no es tan sencilla como algunos de sus protagonistas lo pensarían. Lo que tal vez sea claro es que resulta inapropiado emplear un vocabulario puramente causal como el único apropiado para una ciencia social. Los argumentos de este capítulo, aunque no resolvieran muchas cosas, sí sugieren claramente que la manera tradicional en que se ha empleado en gran parte de la ciencia social este vocabulario causal tiene grandes fallas. En el capítulo siguiente examinaré otros argumentos pertinentes.

<sup>34</sup> *Ibid.*

## V. LOS SIGNIFICADOS Y LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

EN EL capítulo anterior se estableció cierto número de puntos acerca de la naturaleza del vocabulario del que nos valemos para hablar acerca de acción. Muchos de ellos surgieron de hecho de que los propios seres humanos describen y explican su conducta social empleando conceptos pertenecientes a este "vocabulario de acción". Este hecho no ha sido pasado por alto por los científicos sociales, ya que el habla y las razones de los actores, las reglas que invocan, etc., se emplean como fuente de datos mediante cuestionarios, entrevistas, documentos, informes, etc. También se analizaron algunas diferencias entre los vocabularios causal y de acción, en un esfuerzo por arrojar cierta luz sobre la cuestión de si era posible una ciencia social que tratara de las causas, en la forma supuesta por el positivismo. Aunque no se ha sugerido aún que es imposible la ciencia social, trate o no de causas, las consideraciones anteriores sí tienen implicaciones cruciales para la naturaleza de las versiones científicas sociales. Más aún, los argumentos presuponen una concepción de la realidad social bastante distinta de la que supone el positivismo. En este capítulo, haré que algunos de los argumentos anteriores enfoquen más directamente los métodos de investigación asociados tradicionalmente a la ciencia social positivista, y luego pasaré a elucidar la

relación entre los conceptos de los actores y los de la ciencia social, en un esfuerzo por enfocar una formulación un tanto más clara de lo que puede implicar una ciencia social que trate del significado.

### LA CRÍTICA DE LA ONTOLOGÍA POSITIVISTA Y SUS MÉTODOS

La principal manera en que la ciencia social positivista construye su versión de la realidad social consiste en establecer una distinción entre actos, estructuras de instituciones identificables, etc., como "hechos brutos", o "datos brutos", por una parte, y creencias, valores, actitudes, razones y similares, por la otra. Estos dos órdenes de la realidad se correlacionan para darnos las generalizaciones y regularidades que son el objetivo de la ciencia de la vida social. Lo que es real son los "datos brutos" considerados como realidad social objetiva, y los valores, creencias, ideologías, etc., de categoría simplemente subjetiva. La condición subjetiva de los significados queda evidenciada por las disputas que surgen por lo que son los "hechos brutos" de la vida social. Por ejemplo, cuando los conductores de camiones se declaran en huelga en busca de mejores salarios, ¿están protestando contra la política gubernamental, simplemente están furiosos y amargados, son manipulados por agitadores, o qué sucede? Tales creencias reciben una especie de realidad, subjetiva, pues se considera que ejercen algún efecto sobre la propia realidad social básica y, desde luego, el que las personas sostengan tales creencias, atribuyan tales significados a

su mundo social es, por sí mismo, un hecho acerca de tal mundo. Sin embargo, la realidad social que es objeto de tales creencias, versiones, significados o como queramos llamarlos, sólo puede estar integrada por "hechos brutos objetivos". En suma, sólo se admiten significados en el discurso social si se les coloca "como citas y se atribuyen a individuos, como su opinión, creencia o actitud".<sup>1</sup>

Sin embargo, si aceptamos los argumentos del capítulo anterior, este concepto interpreta erróneamente la naturaleza de la acción social, y por tanto de la realidad social. Lo hace relegando los elementos del significado a un papel subjetivo, simplemente como versiones de la realidad social. En otras palabras, implica que "hay una realidad social que se puede descubrir en cada sociedad, independientemente del vocabulario de tal sociedad o, en realidad, de cualquier vocabulario, así como los cielos podrían existir ya sea que los hombres teorizaran acerca de ello o no".<sup>2</sup> Esto está muy lejos de ser así. Otra formulación consiste en postular las realidades sociales como interpretadas en y por medio de significados y decir que no es posible identificar las realidades sociales aparte del lenguaje en que se encuentran. El significado tiene que ver profundamente con el lenguaje, no considerado como sistema de reglas gramaticales y sintácticas, sino como interacción social. Adaptemos una afirmación de Austin: el lenguaje no sólo informa sobre

<sup>1</sup> C. Taylor, "Interpretation and the sciences of man", en Beehler and Drengson (comp.), *op. cit.*, p. 172. Esta sección debe mucho a su excelente artículo.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 174.

el mundo sino que, a su vez, ejecuta una acción en ese mundo.<sup>3</sup> El lenguaje y las prácticas, las cosas y los hechos del mundo son inseparables, y la distinción entre la realidad social y la descripción de tal realidad es artificial, por no decir mucho. Generalizando lo que antes dijimos acerca de las "reglas constitutivas" podemos decir que el "lenguaje es constitutivo de realidad, es esencial para el hecho de que sea la clase de realidad que es".<sup>4</sup>

Debemos poner lo más claro que podamos lo que esto implica. En esta etapa, evaluaré algunos de sus rasgos principales, y más adelante elaboraré algunos de ellos.<sup>5</sup> En primer lugar, afirma que la realidad, sea natural o social, no se puede concebir ni conocer independientemente de los conceptos que hay en el lenguaje. En segundo lugar, afirma, por lo que atañe a la realidad social, que se construye mediante el uso del lenguaje, considerado como modos de relación social. Las relaciones que tenemos con los demás no

<sup>3</sup> J. L. Austin, *Philosophical Papers*, Oxford, Clarendon Press, 1961, J. O. Urmson y G. Warnock (comps.), especialmente pp. 66-67 y 220-239. También su obra *How To Do Things with Words*, Oxford University Press, 1965, J. O. Urmson. (comp.) Una explotación sociológica de estas ideas se encuentra en R. Turner, "Words, utterances and activities", en J. Douglas (comp.), *Understanding Everyday Life*, Routledge & Kegan Paul, 1971, pp. 169-187.

<sup>4</sup> Taylor, *op. cit.*, p. 175.

<sup>5</sup> Estas aseveraciones se tomaron de muchas fuentes, incluyendo Taylor, *Ibid.*; Garfinkel, *Studies*; P. Winch, *The Idea of a Social Science*, Routledge & Kegan Paul, 1963; D. L. Phillips, *Wittgenstein and Scientific Knowledge: a sociological perspective*, Macmillan, 1977; H. Mehan y H. Wood, *The Reality of Ethnomethodology*, Nueva York, Wiley, 1975. Huelga decir que estos autores, y otros, de persuasión similar, no se limitan a hacer afirmaciones.

son independientes del lenguaje empleado para invocarlas. Además, las relaciones así invocadas por medio del lenguaje y sus significados son ocasionadas (es decir, construidas como ejemplos de relaciones de cierto tipo por el uso de razones, reglas, convenciones y otros conceptos de acción) en *tal* ocasión en el curso de las vidas cotidianas de los individuos.

En tercer lugar, lenguaje y significado no son cosas subjetivas privadas sino, antes bien, públicas e intersubjetivas. No se trata de creencias convergentes, o como a veces se ha dicho, de un consenso normativo o de valor. Un alto nivel de significado intersubjetivo es congruente con agudas divisiones y conflictos, no teniendo duda los protagonistas sobre lo que los separa. Significados comunes se encuentran integrados en el lenguaje de una comunidad y en todas las formas en que los miembros de tal comunidad pueden hablar, ponerse de acuerdo o no, dar sentido, rogar, describir, rebelarse o investigar la realidad social construida por medio de tal lenguaje.

En cuarto lugar, y remitiéndonos a lo que se dijo acerca de las descripciones, los significados no son finitamente especificables sino que reciben su sentido de un trasfondo de contexto e interpretaciones empleadas por hablantes del lenguaje en las ocasiones en que se emplean elementos del lenguaje.

En quinto lugar, las disputas que surgen acerca de acciones, acerca de una realidad social, no son deficiencias debidas a lo inadecuado del lenguaje natural para decir lo que pretendemos, sino que son la característica de la propia realidad social y parte de su naturaleza como orden moral.

De acuerdo con la ontología que acabamos de esbozar, al estudiar las realidades sociales no estamos enfrentándonos a una realidad integrada de "hecho bruto", realidad de fuerzas y objetos externos "similares a cosas", sino a una constituida por personas relacionadas entre sí mediante prácticas identificadas, y que reciben su significado del lenguaje empleado para describirlas, invocarlas y llevarlas a cabo. Los partidarios de esta opinión sostienen que la realidad social concebida de esta manera no se puede estudiar con los métodos asociados a la ciencia social positivista. El argumento dice, en pocas palabras, que tales métodos se han predicado sobre una falsa ontología y presuposiciones que no se pueden sostener. Ya hemos analizado algunos de los argumentos respectivos. Sin embargo, el argumento puede llegar más lejos señalando la paradoja de que los métodos positivistas sólo actúan hasta el punto en que, a su vez, se encuentran integrados en una ontología recién esbozada. Si se encontrara que este argumento fuese sustancial, entonces claramente tendría graves consecuencias sobre la autoridad de las explicaciones científicas sociales. Por consiguiente, examinemos aquí las cuestiones y hagamos que algunas de las observaciones hechas antes en este capítulo y en el capítulo anterior enfoquen más directamente los métodos positivistas de investigación social.

El punto de partida, aunque no siempre obvio, para los datos de las ciencias sociales es el que hemos llamado constructo de "primer orden", empleando por miembros de una sociedad dada. Sin embargo, precisamente por las cualidades antes analizadas

en relación con la descripción de acción social, estos constructos de "primer orden" parecieron inadecuados para una ciencia de la vida social. A menudo vagos, imbuidos de emoción, opiniones y valores de significado ambiguo, parecieron irremisiblemente inapropiados como conceptos "científicos" precisos. El espíritu de esta objeción se puede captar en las observaciones de Durkheim sobre las estadísticas que empleó en su estudio del suicidio. Durkheim desdeñó las estadísticas sobre los motivos de los suicidios, afirmando que las "estadísticas de los motivos de los suicidios en realidad son las estadísticas de las opiniones concernientes a tales motivos, opiniones de funcionarios, a menudo de bajos funcionarios, encargados de este servicio de información".<sup>6</sup> Continúa diciendo: "Se sabe que son deficientes aun si se aplican a hechos materiales obvios, comprensibles a cualquier observador concienzudo." Si altos funcionarios lo habrían hecho mejor o no es otra cosa. Sin embargo, es bastante clara la objeción a los constructos de "primer orden", en este caso los de "bajos funcionarios". Es necesario repararlos de algún modo, volverlos más objetivos o sustituirlos por otros, científicos. La cuestión es la naturaleza precisa de esta transformación.

Empecemos por los procedimientos de escala, que se emplean principalmente en las mediciones de actitudes y evaluaciones de personalidad, aunque las técnicas también se emplean para medir fenómenos distintos de disposiciones psicológicas. Tales escalas se construyen, normalmente, seleccionando

<sup>6</sup> Durkheim, *Suicide*, trad. Spaulding y Simpson, p. 148.

puntos de una serie que, supuestamente, sondea la actitud o rasgo de personalidad pertinente. Los puntos se plantean en forma de preguntas o afirmaciones que el interrogado ha de afirmar o negar. La afirmación o negativa es calificada según si puede decirse que la respuesta representa más o menos la actitud o rasgo. El siguiente ejemplo se ha tomado de una Escala de Fe en la gente:<sup>7</sup>

1. Algunas personas dicen que se puede confiar en la mayoría. Otras dicen que nunca se tendrá demasiado cuidado al tratar con personas. ¿Qué opina de esto?

2. ¿Diría usted que la mayoría de las personas se inclinan a ayudar a los demás, o se inclinan más a cuidar de sí mismas?

3. Si no se tiene cuidado, los demás se aprovecharán de nosotros.

4. Nadie va a preocuparse mucho por lo que le pase a usted, si vamos al fondo de la cuestión.

5. La naturaleza humana es fundamentalmente cooperativa.

Sobre la base de la pauta de respuestas a estos puntos, se juzgó que los interrogados tenían "alta", "mediana" o "poca fe en la gente" y se mostró que cada uno de estos subgrupos, por correlación con otras escalas de actitud, tienen actitudes diferentes hacia el éxito en la vida. Los propios puntos fueron redactados en un lenguaje reconociblemente ordinario, y se habrían podido expresar en toda una variedad de situaciones

<sup>7</sup> M. Rosenberg, "Faith in people and success orientation", en P. F. Lazarsfeld y M. Rosenberg (comps.). *The Language of Social Research*, Nueva York, Free Press, 1955, p. 160.

familiares. En tales ocasiones, las respuestas habrían podido ir desde gruñidos de asentimiento o de negativa hasta justificaciones más extensas, ya fuesen expresadas irónicamente, en broma, etc. Sin embargo, en las situaciones de entrevista o de prueba, el interrogado normalmente se limita a dar una respuesta, entre una elección limitada; "sí" o "no" o elegir una entre cuatro o cinco opciones que expresan su grado de acuerdo o desacuerdo con el punto. Es este rasgo el que permite al investigador atribuir una calificación numérica a la pauta de respuestas. Sin embargo, una cuestión importante que surge es saber si el significado que los puntos tienen para el investigador es equivalente al que comprende el interrogado. La cualidad de textura abierta del lenguaje ordinario que el investigador trata de remediar al menos en parte ofreciendo respuestas de elección forzada, o similares, pone un signo de interrogación ante la suposición de que el investigador y el interrogado comparten "la misma comunidad de estructuras de significado subjetivas para asignar una significación cultural" a los puntos.<sup>8</sup> Si no es posible sostener esta suposición de equivalencia de significado, entonces ya no es claro cómo puede decirse que la medida de actitud es, en algún sentido, una medida.

Si tomamos en serio los argumentos anteriores acerca de la cualidad de textura abierta del lenguaje ordinario, estará lejos de ser seguro que al dar una respuesta un interrogado comprende el punto mismo o la respuesta a él exactamente en la misma forma

<sup>8</sup> A. V. Cicourel, *Method and Measurement in Sociology*. Nueva York, The Free Press, 1964, p. 198.

que otro interrogado, ya no digamos que el investigador; o, en realidad, que cualquier interrogado comprendería un punto en otra ocasión en la misma forma en que fue comprendido en una ocasión anterior. Esto no es decir que un interrogado no pueda dar una respuesta: la cuestión se relaciona con el significado de tal respuesta y las implicaciones que de ella pueden sacarse. Además, ¿qué inferimos acerca de un interrogado que afirma, por ejemplo, el punto 3 y también afirma el punto 5? ¿Está siendo incongruente, irracional, o simplemente no está pensando? Pueden ser todas estas cosas y más aún, pero difícil sería juzgar sin pedir a este interrogado que elaborara más las cosas. Es posible dar razones perfectamente buenas y racionalmente conectadas para convenir con estas dos afirmaciones aparentemente "incongruentes". Las circunstancias en que se hace la pregunta o la afirmación pueden establecer una diferencia para el tipo de respuesta que provoca. Sospecho yo que el punto 5 recibirán una respuesta muy distinta si apareciera en un examen. El punto 3 podría recibir una respuesta distinta si la diera un desconocido de aspecto sospechoso que se pusiera a nuestro lado en un barrio de mala fama en las primeras horas del amanecer. Estas observaciones tienen pertinencia para comprender por qué, ocasionalmente, los interrogados tienen dificultades para responder a tales escalas, puesto que se encuentran apartadas de todo contexto en que podrían tener algún objeto. Incluir puntos como éstos en un cuestionario o una entrevista les da un carácter desencarnado, casi absurdo, de modo que los interrogados desean preguntar "en

qué circunstancias" o condicionarlos por una frase como "todo depende".<sup>9</sup>

Las preguntas que acabamos de plantear conciernen a las clases de inferencias que tal vez desearíamos sacar de los resultados de semejante método. Como lo he mostrado, éstas no siempre son claras. Para dar otro ejemplo, ¿qué implicaciones podríamos sacar del hecho de que un interrogado obtuvo una alta calificación en semejante escala? ¿Inferiremos que siempre es confiado, que presta dinero a cualquiera, se dejará atraer por cualquier venta "barata" y se unirá a cualquier grupo? Podríamos inferir todas estas cosas y otras más, pero, ¿qué conclusión sacaremos si esta persona que tan alta calificación sacó no presta dinero ni a su mejor amigo? ¿Diremos que nos engañó en la escala, que cometió una aberración momentánea, que no tiene dinero para prestar, o qué diremos? Sin un conocimiento de la persona, las particularidades de la ocasión y cualesquiera elaboraciones o justificaciones que las personas mismas puedan ofrecer, no sabríamos qué concluir. Y sin embargo, el concepto de Fe en la Gente sí tiene cierto significado de sentido común. Comprendemos las clases de cosas a las que puede referirse, que puede representar, cuándo se le puede utilizar, etc. Es esta capacidad la que constituye el conocimiento del lenguaje y que da a la escala misma cierta verosimilitud como invento aplicable a la comprensión de la acción humana. Si, después de todo, el investigador

<sup>9</sup> Problemas como éstos han sido revisados en forma excelente en J. Heritage, "Assessing people", en N. Armistead (comp.), *Reconstructing Social Psychology*, Penguin Books, 1974, pp. 260-281.

hubiese llamado XZ a la propiedad que estaba midiendo, aun así desearíamos saber cómo se relaciona esto con nuestros conceptos al hablar acerca de la acción. En otras palabras, el uso ordinario es recurso esencial para nuestra comprensión del concepto supuestamente científico y de los puntos que supuestamente lo miden; un recurso empleado a la vez por el investigador al diseñar la escala y por el interrogado al responderla. Pero este uso ordinario, siendo de textura abierta y abierto a mayor elaboración, sólo puede incluir en un índice todo lo que puede significar en cualquier ocasión particular de su empleo.

Estos comentarios son de mayor importancia que las evaluaciones de personalidad o las mediciones de actitud. Por ejemplo, la codificación de cuestionarios depende, para tener validez, de cierta presunta equivalencia entre lo que el interrogado ha respondido o verificado y la intención del investigador al plantear la pregunta. Pero hay buenos motivos para dudar de que semejante equivalencia se logre de la manera supuesta. Como lo ha señalado Cicourel con respecto a su propia obra sobre la fertilidad, "tener hijos" no necesariamente tiene el mismo significado para el investigador o el entrevistador que para los interrogados.<sup>10</sup> El sentido cambia en cada entrevista. "Tener hijos" significa una cosa para las vírgenes, otra para una mujer embarazada, otra al dar a luz y, más que probablemente, otra al hablar a un entrevistador. Esto no agota las posibles variedades y ela-

<sup>10</sup> A. V. Cicourel, *Theory and Method in a Study of Argentine Fertility*, Nueva York, Wiley, 1973; también D. Phillips, *Knowledge From What?*, Chicago, Rand McNally, 1971.

boraciones de significado, ni siempre es posible para un codificador volver a un interrogado a pedirle que elabore una respuesta que puede ser poco clara o ambigua. Y aun si esto fuese posible, sería poco probable que nos ayudara mucho, puesto que vendría a aumentar los problemas de codificación al añadir más y más detalles. Problemas similares surgen en situaciones experimentales en que no está claro que los sujetos perciben o comprenden la situación experimental en las formas supuestas por el investigador.

La crítica del uso científico social de estadísticas oficiales está particularmente bien documentada, especialmente como surgen del uso precursor que les dio Durkheim en su estudio del suicidio. Como lo hemos indicado, el propio Durkheim expresó muchas dudas acerca de la precisión con que trató de resolver el problema, interpretándolas como reflejos de ciertas corrientes morales dentro de la sociedad. Sin embargo, como otros lo han señalado, los encargados de compilar tales estadísticas, como funcionarios, policías, médicos forenses, han de decidir cuál es la descripción apropiada de la muerte particular que presencian. Como lo han demostrado ciertos estudios, semejante personal "depende de expectativas de antecedentes, teorías de sentido común y tipificaciones que le permiten dar sentido y objetivar los fenómenos a los que se enfrentan".<sup>11</sup> En suma, dependen de sus propios marcos de significado para ordenar las particularidades que ven ante ellos y llegar así a una descripción de este hecho social y clasificarlo junto con otros "acontecimientos sociales similares". Los llamados

<sup>11</sup> J. M. Atkinson, *Discovering Suicide*, Macmillan, 1978, p. 45.

“hechos objetivos” medidos por tales estadísticas son creación de las prácticas que personas en particular emplean para hacer que su mundo sea cosa responsable y significativa. Son sus versiones, que reconocidamente han pasado por muchas negociaciones y procesos, las que se convierten en cifras, en un registro que no puede representar una realidad objetiva ni ser “hechos brutos” en la forma propuesta por los científicos sociales de convicciones positivistas. El que los actores sociales puedan considerar que semejantes estadísticas se refieren a rasgos objetivos de su mundo es cuestión para sus procedimientos, sus métodos, sus significados; cuestión, por decirlo así, de las prácticas integradas en su lenguaje.

Los puntos que acabamos de señalar no sólo conciernen a la validez técnica de semejantes métodos sino, antes bien, a las preguntas generales que brotan de los esfuerzos por transformar constructos de “primer orden” en conceptos apropiados para una ciencia social deductiva. Es una actividad plagada de dificultades. La estructura de la entrevista, por ejemplo, se basa en una lógica destinada a producir respuestas “claras” e “inequívocas” que puedan codificarse precisamente con propósitos estadísticos. Por desgracia, esta lógica no necesariamente refleja las formas en que los interrogados ordenan significativamente sus interacciones cotidianas: se supone que la charla acerca de actitudes, valores, creencias, acciones, etc., nos ofrecerá una adecuada descripción literal de lo que creen y lo que hacen. Y sin embargo, la entrevista se encuentra aislada de las circunstancias en que la gente actúa, lo que hace artificiales las respuestas,

por no decir más. La codificación y la ulterior manipulación de semejantes datos los aparta y aísla de las vidas sociales de aquellos a quienes supuestamente se está investigando. Las características indiciales del lenguaje natural afirman que las cosas dichas en tal lenguaje sólo tengan sentido ante el trasfondo o contexto de la ocasión en que se dijeron. Palabras, expresiones y en realidad cualquier forma simbólica ha de ser "llenada" en cada ocasión en que se empleen, y esto es importante obstáculo a los esfuerzos por construir un lenguaje de tipo matemático para la ciencia social. Se afirma que los métodos positivistas descontextualizan los constructos de "primer orden", deformando así la realidad que estaban destinados a investigar. Imponen, por *fiat*, una versión de la realidad que es insensible a las formas en que el mundo social es significativo, interpretado por quienes viven en él.

Hasta aquí, en esta crítica se ha sostenido que los métodos de investigación asociados a la ciencia social positivista se basan en suposiciones que pasan por alto o hasta violan los presupuestos de la concepción de realidad social producida por medio de significados. Y sin embargo, sigue en pie el hecho de que los investigadores han mostrado "descubrimientos" y análisis de la vida social que, por no exagerar, tienen cierta verosimilitud. Aunque en general es difícil una respuesta completa a las preguntas sobre cómo es posible esto, ya no digamos dentro del ámbito de este estudio, sin embargo hay uno o dos puntos que vale la pena plantear puesto que incorporan una visión del conocimiento científico social diferente de la del positivismo.

El primer punto hacia el que deseo llamar la atención fue ya brevemente mencionado. Se relaciona con saber hasta qué punto los conceptos científicos sociales, aparte de lo que se haga con ellos en forma de operaciones de investigación, son parasitarios, para obtener sentido, de los conceptos de que se dispone dentro de la cultura y el lenguaje, es decir, conceptos en uso cotidiano. Si, además, tomamos el punto establecido acerca de cómo los hablantes de un lenguaje natural logran una adecuación descriptiva en ocasiones particulares para propósitos prácticos por su empleo del conocimiento.—de sentido común, que dan por sentido— del mundo en que viven, podrá afirmarse que los investigadores trafican implícitamente con el mismo *corpus* de conocimiento, para empezar siquiera su investigación. Esto incluiría un conocimiento de los típicos motivos, razones, situaciones, reglas, convenciones y similares; en pocas palabras, un conocimiento de las prácticas integradas en el lenguaje. De hecho, sin el empleo de tal conocimiento resulta difícil ver cómo se podría empezar siquiera una actividad de investigación. Así, el "sentido", si puedo emplear esta palabra, de los resultados de la investigación debe mucho al conocimiento implícito y de sentido común que el investigador comparte con otros actores acerca del mundo social. Dicho de esta manera, la ciencia social depende, para su autenticidad, de los significados y entendimientos de que se dispone dentro de la cultura.

Hay en esto otro aspecto. Puede considerarse a la ciencia como una práctica cultural que abarca el uso de reglas de procedimiento colectivamente acreditadas

e identificables en el sentido de que "hacen ciencia". Como lo ha expresado Wilson:

La investigación científica es una actividad práctica, incluida, como cualquier actividad práctica, en un contexto de conocimiento implícito de sentido común, y es efectuada por miembros de una comunidad científica particular con el propósito de desarrollar descripciones que sirvan como bases para un ulterior entendimiento teórico.<sup>12</sup>

Si consideramos la investigación como una actividad que se hace de acuerdo con reglas, tropezamos entonces con el problema que surge de todas las reglas, a saber, que ninguna regla dicta sus propias aplicaciones, sino que debe *emplearse*. Muchas de las reglas (si no todas ellas) utilizadas en los métodos de investigación de la ciencia social se basan, a su vez, en teorías de comportamiento social. Por ejemplo, la entrevista para tener validez depende de teorías acerca de la relación entre la charla y las acciones de los interrogados, sus creencias, etc. Aquí, una de las dificultades se encuentra en establecer una distinción eficaz entre la charla en diferentes contextos, uno de los cuales, la entrevista, se convierte en "charla como datos científicos". Los métodos positivistas parecen establecer esta distinción principalmente hasta el punto en que tal charla se adapta a ciertas normas como claridad, congruencia, falta de ambigüedad, etc. Como auxiliares a esta elección fija, se pueden ofrecer respuestas, emplear pruebas de congruencia

<sup>12</sup> T. P. Wilson, "Normative and interpretative paradigms in sociology" en Douglas (comp.), *op. cit.*, p. 74.

y rechazar cuestionarios si contienen demasiadas respuestas que digan “no lo sé” o que sean incongruentes, etc. Pero estas reglas han de aplicarse a cada caso. ¿Es auténtico *este* cuestionario? ¿Refleja realmente *esta* calificación de actitud la verdadera actitud de esta persona, o es una respuesta fija? ¿Es compatible *esta* respuesta con la respuesta anterior, o el interrogado se descuidó, por cansancio o aburrimiento? No es posible que las reglas por sí solas respondan a estas preguntas y otras similares, sino que hay que “integrarlas”, de tal modo que pueda verse que la regla se aplica en un caso particular. Esto incluiría invocar motivos típicos, situaciones típicas, modelos típicos del interrogado y otras imputaciones para ponernos de acuerdo con alguna concepción de la práctica científica aceptable. Hasta qué punto las soluciones del investigador serán aceptables es cosa que depende, en parte, de otros miembros acreditados de la comunidad científica en cuestión. La práctica científica, como otras prácticas, es cuestión que puede imponerse, y en que resultados, conclusiones, descubrimientos, teorías, etc., están sometidos al escrutinio de otros miembros legítimos. Es este escrutinio público el que da su garantía y su fuerza a las reglas de la investigación científica. “Objetividad”, “verdad”, “descripción pertinente”, etc., están ya establecidas, por decirlo así, por medio de los procedimientos interpretativos de la práctica social. Aunque podamos considerar que las reglas de procedimiento científico son formulaciones abstractas que definen el camino hacia el conocimiento objetivo de la realidad, como todas las reglas hay que aplicarlas, y esto es, en alto

grado, cuestión de juicio y de práctica social. Las descripciones y explicaciones científicas son producto de actividades de investigación efectuadas por miembros acreditados de una comunidad científica y consisten en la aplicación de reglas de procedimientos provistas y comprendidas por quienes fueron nombrados para ser miembros competentes de tal comunidad. Todo investigador debe depender de estos entendimientos para crear, analizar y comunicar descubrimientos.<sup>13</sup> Éstas son las bases del acuerdo intersubjetivo que es el sistema para considerar la investigación como "objetiva", "congruente con las pruebas", "provisional" o cualesquiera cualidades que pueda poseer.

Estas observaciones sobre los métodos de investigación positivista implican una concepción radicalmente distinta del conocimiento. La empresa positivista consideró que estaba operando de acuerdo con una epistemología basada principalmente en la observación. Se consideró que los esfuerzos por formular un lenguaje neutral de observación eran cruciales para establecer la autoridad científica de una disciplina, puesto que ésta era la fuente de objetividad. El mundo externo descrito en términos de un lenguaje de observación neutral fue considerado como árbitro de la verdad o de la adecuación de las proposiciones científicas. Un lenguaje de observación que se refiriera a los fenómenos reales y operara de acuerdo con un cálculo lógico estricto nos daría un conocimiento

<sup>13</sup> Sobre la importancia de procedimientos inexplicados e implícitos en la investigación científica, véase T. S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press, 1962.

de las leyes de la naturaleza, incluyendo las de la vida social. Ya hemos analizado algunas de las dificultades que surgen de estos esfuerzos, especialmente en conexión con la ciencia social. Una objeción sostenía que el positivismo interpreta erróneamente la naturaleza de la ciencia al abrazar una versión empirista que subestima la importancia de la conexión abstractiva entre la teoría y el mundo empírico. La visión que acabamos de examinar, sin embargo, postula que el conocimiento, lejos de ser producto pasivo del mundo empírico, es constituyente activo en la construcción del mundo, sea natural o social. Lo hace, primero, señalando la base interpretativa de la vida social y arguyendo que los esfuerzos por construir los conceptos llamados de "segundo orden científico" a partir de los de "primer orden" destruyen la realidad misma que se está investigando, y en su lugar ponen una versión "cientifizada". Esto es amañar los conceptos empleados por los interrogados en el curso de sus vidas, para darles un uso científico. Lo malo es que el significado y la significación de términos supuestamente neutrales como poder, legitimidad, ganancia, desviación, integración, sistema social, se derivan en gran medida de los usos, y además, usos variados, que tienen dentro de la acción misma y el lenguaje empleado en tal acción. En segundo lugar, la crítica llama nuestra atención hacia el hecho de que la ciencia, natural o social, es una actividad humana. También es social y sus reglas funcionan porque hay un poderoso elemento de acuerdo intersubjetivo acerca de su aplicación. "Objetividad", "conocimiento", "verdad" y otros conceptos semejantes llegan a tener

una cualidad convencional firmemente basada en las prácticas sociales que, puede decirse, constituyen una disciplina. Es claro que este argumento tiene implicaciones importantes para la categoría de la ciencia ante otras pretensiones al conocimiento. También levanta el espectro del relativismo. Si la práctica científica es convencional en el sentido de estar gobernada por reglas como cualquier otra actividad, ¿qué ocurre a la afirmación de que estas reglas, y no otras, presentan una forma superior de conocimiento? No podemos apelar a la capacidad superior de la ciencia para explicar el mundo ya que, según esta idea, el mundo mismo se ha construido a partir de las prácticas que constituyen la disciplina y, así, no puede ofrecernos testigos independientes. No podemos ir más allá del círculo de interpretaciones, como los positivistas trataron de hacerlo con el concepto de un lenguaje de observación neutral, para juzgar los méritos relativos de diferentes y competitivas pretensiones de conocimiento. Lo único que nos queda son diversos tipos de actividades, ciencia, arte, crítica literaria, poesía, literatura, religión, etc., justificada cada una internamente, por decirlo así, por sus propias convenciones. ¡Juzgar una en términos de otra equivaldría a evaluar el fútbol de acuerdo con las reglas del cricket!

Desde luego, quedan muchas cuestiones importantes que surgen de esta particular crítica del positivismo, algunas de las cuales contemplaremos con mayor detalle. Empezaré por considerar la relación entre los conceptos del lego y los conceptos científicos.

## CONCEPTOS LEGOS CONTRA CONCEPTOS CIENTÍFICOS

Los argumentos planteados en el capítulo precedente y la crítica que hacen de la ciencia social positivista afirman que la acción es exclusiva de los seres humanos y abarca conceptos de elección, responsabilidad, significado, sentido, convenciones, reglas, intenciones, motivos, etc. Además, tales conceptos son empleados y moldeados en el curso de la acción; repitiendo el punto, son constitutivos del mundo social.

Se ha interpretado que esto implica que las acciones, por tanto, sólo pueden ser identificadas mediante los conceptos del actor de acuerdo con su visión del mundo. Este argumento depende mucho de la distinción entre el mundo físico y el mundo humano y las diferentes formas de conocimiento que esto implica. Como lo dice Winch, aunque el físico y el científico social dan un sistema de conceptos a su materia, lo que el físico estudia tiene:

una existencia independiente de estos conceptos. Existían tormentas eléctricas y truenos mucho antes de que hubiera seres humanos para formar un concepto de ellos... No tiene sentido suponer que los seres humanos pudieran estar dando órdenes y obediéndolas antes de que llegaran a formarse el concepto de orden y obediencia.<sup>14</sup>

Los temas de la ciencia social tienen sus propias concepciones de lo que están haciendo y "las concepciones de acuerdo con las cuales pensamos normalmente en

<sup>14</sup> Winch, *op. cit.*, p. 125.

los acontecimientos sociales... entran en la propia vida social y no sólo en la descripción que de ella hace el observador".<sup>15</sup> Cualquier actividad humana que abarque el lenguaje (y resulta difícil pensar en una que no lo haga) presentará al observador una interpretación prearticulada de lo que representa dicha actividad.

Pues el hombre no aguarda a que la ciencia le explique su vida, y cuando el teórico enfoca la realidad social, descubre el campo reservado por lo que se puede llamar la autointerpretación de la sociedad. La sociedad humana no sólo es un hecho, o un acontecimiento, en el mundo exterior que debe ser estudiado por un observador, como un fenómeno natural... es todo un pequeño mundo, un cosmión, iluminado con significado por los seres humanos que continuamente lo crean y lo llevan como modo y condición de su autorrealización.<sup>16</sup>

Son observaciones como éstas en las que se basa la tesis de que la identificación de las acciones debe ser necesariamente en términos del actor, y emplea algunas de las dificultades a las que nos referimos en el capítulo anterior concernientes a la identificación de las acciones, describiéndolas, especificando lo que se ha hecho, diciendo si dos acciones son una misma, etc. Citaremos nuevamente a Winch:

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 95. Véase también S. Wolin, *Politics and Vision*, Boston, Little Brown, 1960; L. Strauss, *Natural Rights and History*, University of Chicago Press, 1959; A. Schutz *Phenomenology of the Social World*, trad. G. Walsh y F. Lehnert, Evanston, Northwestern University Press, 1967.

<sup>16</sup> E. Vogelin, *The New Science of Politics*, University of Chicago Press, 1952, p. 27.

Dos cosas pueden llamarse "la misma" o "diferentes" sólo con referencia a un conjunto de normas que establecen lo que se debe considerar como diferencia pertinente. Cuando las "cosas" en cuestión son normas puramente físicas, serán, desde luego, las del observador. Pero cuando nos enfrentamos a "cosas" intelectuales (o, en realidad, de cualquier clase social) no es así; para ser intelectual o social... su carácter depende por completo de que pertenezca en cierta manera a un sistema de ideas o modos de vida. Sólo por referencia a las normas que gobiernan tal sistema de ideas o modo de vida tienen alguna existencia como hechos intelectuales o sociales. De allí se sigue que si el investigador sociológico desea considerarlas *como* hechos sociales... tendrá que tomar en serio las normas que se aplican para distinguir "diferentes" clases de acciones e identificar las "mismas" acciones dentro del modo de vida que esté estudiando. No le corresponde imponer arbitrariamente sus propias normas desde fuera. Mientras haga esto, los hechos que esté estudiando perderán por completo su carácter de hechos sociales.<sup>17</sup>

Lo que están arguyendo Winch y otros es más que un recordatorio que pide a los científicos sociales investigar las ideas de individuos sociales, que la identificación de hechos sociales no sólo depende de los conceptos empleados por los actores en el curso de su vida, sino que también así son las normas de evidencia, prueba, racionalidad, etc. Las concepciones de la realidad y cómo se les puede estudiar, aunque independientes de cualesquiera opiniones individuales, sí son dependientes de la actividad humana en cuestión, que, a su vez, debe ser definida por sus participantes. Esto

<sup>17</sup> Winch, *op. cit.*, p. 108.

es tan verdad de la ciencia como de la magia, la religión, o cualquier otra actividad humana. En nuestra cultura, según Winch, tenemos dificultades para verlo por causa de "la fascinación que la ciencia ejerce sobre nosotros", haciendo "que sea fácil para nosotros adoptar su forma científica como paradigma contra el cual medir la respetabilidad intelectual de otros modos de discurso".<sup>18</sup>

Estos argumentos tienen una fuerza especialmente dramática en conexión con culturas muy diferentes de la nuestra. Los antropólogos, aunque no sean los únicos científicos sociales en interesarse por otras culturas, se enfrentan al problema de categorizar el comportamiento que están atestiguando. Por ejemplo, ¿qué está haciendo un hombre que talla un pedazo de madera? ¿Está dedicado a una actividad económica? ¿Es un acto de culto? ¿Un gesto político? ¿O es simplemente un modo de pasar el tiempo? El problema, según indica Schutz, está en que las actividades pueden parecer similares pero tener distintos significados dentro de sus respectivas culturas. Si una pauta de actividad es "una danza de guerra, una operación de trueque, la recepción de un embajador amigo, o algo más" es algo que sólo los propios participantes pueden decir.<sup>19</sup>

Winch se vale del estudio de la magia realizado por Evans Pritchard entre un pueblo africano, los

<sup>18</sup> P. Winch, "Understanding Primitive Society", en B. Wilson (comp.), *op. cit.*, p. 81.

<sup>19</sup> A. Schutz, "Concept and theory formation in the social sciences", en M. Natanson (comp.), *Philosophy of the Social Sciences*, Nueva York, Random House, 1963, p. 237.

Azande, para establecer un punto muy similar.<sup>20</sup> Para los Azande, hechicería y magia son fenómenos bastante ordinarios, tan familiares para ellos como los refrigeradores, autos y televisiones para nosotros. No hay allí nada especialmente milagroso. Para ellos es un sistema coherente de pensamiento y aunque sea posible cometer errores y desviaciones, como lo es dentro de nuestra ciencia, ello no les lleva a un cuestionamiento general de la magia como sistema de conocimiento. Para ellos, magia y hechicería son elementos incorregibles en el mundo y las acciones que para ellos son prueba de la existencia de la magia y la hechicería nos ofrecerían dificultades. Desde nuestra perspectiva científica deseamos decir que su sistema de pensamiento es un error; que está equivocado acerca de la naturaleza de la realidad, puesto que postula la existencia de fuerzas y de seres que, desde nuestro punto de vista, no pueden existir. Esto es una versión del problema del relativismo cultural y, entre otras cosas, se relaciona con saber si podemos comprender otra cultura.

La cuestión del relativismo cultural surge en forma similar en conexión con lo inconmensurable de diferentes formas de conocimiento. Una cultura muy diferente de la nuestra puede considerarse como un ámbito distintivo, autojustificado de discurso con sus propias lógicas y normas de racionalidad, y por tanto no es posible describirlo ni juzgarlo salvo por éstas, sus propias normas y convenciones. Sea como fuere, lo que ya es menos claro es si esto lógicamente nos

<sup>20</sup> E. E. Evans-Pritchard, *Witchcraft, Oracles and Magic Among the Azande*, Oxford, Clarendon Press, 1965.

impide comprender en cualquier sentido una sociedad o cultura diferente de la nuestra. Ni siquiera el propio Winch se muestra claro al respecto. Por ejemplo, en una fase parece estar diciendo que la explicación y el entendimiento en los propios términos del actor son más ricos y más profundos, mientras en otra, que la explicación no dada en estos términos no será una explicación científica social auténtica.<sup>21</sup> Una posición más moderada, afirma, es que las acciones se pueden explicar en términos que no necesariamente serían inteligibles a los interesados, sino sólo si los conceptos empleados son traducibles de alguna manera a los conceptos propios del actor. Así, Winch parece aceptar, como lo harían muchos positivistas, que la ciencia social no necesita limitarse a la "clase irreflexiva de entendimiento" típica de los actores sociales. Por ejemplo, "preferencia por la liquidez" no es un término comúnmente empleado por los hombres de negocios, pero sí por los economistas en la explicación de cierto tipo de comportamiento en los negocios. Sin embargo, está lógicamente atado a conceptos que sí entran en la actividad de los negocios, y la forma como se emplean en la economía

entendimiento de lo que es dirigir un negocio, lo que a su vez implica un entendimiento de conceptos de negocios como dinero, ganancia, costo, riesgo, etc. Sólo es la relación entre su versión y esos conceptos la que lo convierte en una explicación de la actividad económica, en oposición, digamos a un ejemplo de teología.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Winch, *The Idea of a Social Science*. pp. 23, 77. también cf. pp. 46-47.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 89.

Lo que hasta aquí tenemos es entonces, cierto número de cuestiones que giran sobre la relación entre los conceptos de los actores y los que emplea la ciencia social. La ciencia social positivista, a consecuencia de sus esfuerzos por ser científica, eficazmente degradó la categoría de los conceptos de los actores al verlos como la contraparte subjetiva de una estructura social objetiva. Las opiniones representadas por Winch y otros, por otra parte, afirman que describir y analizar la vida social, sea o no radicalmente distinta de la nuestra, conduce en términos positivistas a asimetrías descriptivas de una naturaleza moral. Louch, por ejemplo, afirma que hasta el punto en que la ciencia social toma sus métodos de la física, no puede tratar adecuadamente el tema de la acción.<sup>23</sup> El vocabulario de la acción concierne a evaluaciones morales, no a predicciones científicas. Los conceptos de acción tratan de reglas, razones, motivos e intenciones, no de leyes causales ni relaciones invariables. Y, como quedó sugerido en el capítulo anterior por el episodio de abrir la puerta a una dama, la descripción de la acción no sólo es refutable, sino que está íntimamente relacionada con la evaluación. El lenguaje de la acción, como dice Louch, contiene valores como elementos inextricables, y tratar de suprimir éstos inventando "definiciones operacionales" supuestamente libres de valor, significa que ya no podemos identificar las acciones y el significado que tiene para los actores. Los procesos de identificar y evaluar una acción no son actividades distintas. Además, como Winch

<sup>23</sup> A. Louch, *Explanation and Human Action*, Oxford, Blackwell, 1966.

afirma haberlo mostrado con el caso de la magia entre los Azande, los sistemas de conocimiento son autojustificadores en lo interno, pues contienen sus propias ontologías, epistemologías y normas de racionalidad que, por decirlo así, reflejamente forman y legislan para sus respectivos objetos de conocimiento. En esto, la ciencia no es distinta. Sencillamente es otro modo de ver el mundo y, por tanto, no puede pretender una superioridad absoluta sobre otras formas de conocimiento.

Miremos más minuciosamente esta posición y empecemos a examinar la tesis de que las acciones deben identificarse en términos de los conceptos de los actores. Como lo señala Pitkin, se ha planteado esta tesis en diferentes niveles: que sólo la propia concepción de un actor puede definir lo que está haciendo; que sólo los conceptos y las reglas de una actividad humana dada pueden definir las acciones dentro de tal actividad; e interculturalmente, que sólo los conceptos y las normas de una cultura dada pueden definir sus acciones.<sup>24</sup>

El argumento de que sólo el actor individual sabe lo que está haciendo, o ha hecho, es engañoso, si no falso; hay muchas circunstancias en que podríamos decir que el actor no supo lo que estaba haciendo. El actor puede no ver bien lo que ha hecho, o que pese a sus buenas intenciones la acción ha dado otro resultado. De manera similar, una acción puede tener consecuencias no intencionales, que ignora su actor. Todos estos casos los incluimos en nuestras descripciones y

<sup>24</sup> H. Pitkin, *Wittgenstein and Justice*, University of California Press, 1972, p. 254.

nuestras evaluaciones de las acciones. Aunque hay casos en que puede decirse que sólo el actor sabe lo que está haciendo, resultaría una interpretación demasiado estricta del concepto de conocimiento decir que siempre ocurre así. Como antes se señaló con respecto a la intención, el propio tipo de acción es pertinente a consideraciones como éstas. Algunas acciones son contingentes de una acción pertinente; otras, menos. Pitkin se refiere a la tentación de decir que cuanto más se aproxima una acción a los movimientos físicos como por ejemplo, la clase que pueden hacer los animales, menos parecería depender de las intenciones pertinentes, o de la conciencia de parte del actor.<sup>25</sup> Cuanto más compleja, abstracta y gobernada por reglas sea una acción, menos probablemente la atribuiríamos a algo carente del concepto pertinente de acción. Por ejemplo, se puede comer sin intención de comer, matar sin intención de matar, escapar sin tener conciencia de escapar, pero, ¿se puede banquetear, asesinar o fugarse de una cárcel sin tener conciencia de hacerlo?

Aquí, realmente las cosas se complican. Como lo sugerimos antes, la descripción de una acción, incluyendo motivo, intención o conciencia no es cuestión de hipotetizar un "estado interno" para explicar algún despliegue "externo de conducta". Tampoco queda confinado tan sólo por el carácter del propio comportamiento "externo". Las acciones se describen contra un trasfondo de contexto o circunstancias apropiadas, y siempre hay varias combinaciones de elementos a partir de los cuales puede hacerse una

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 255.

descripción. Más aún, con respecto a las acciones siempre hay posibilidades de ambigüedades de interpretación porque los actores son capaces de expresar sus razones e intenciones de discutir acerca de cualquier descripción particular. La frecuente ocurrencia de tales disputas, que surgen de la naturaleza de la descripción de la acción, es una de las razones para referirse a ello como una actividad moral. Sin embargo, de lo que se trata es de que con respecto a tales disputas son pertinentes la opinión del observador y la del actor. Es decir, aunque no siempre ocurre que el actor y sólo el actor sabe lo que está haciendo, tampoco ocurre que sólo el observador lo sepa. A veces concluiríamos en favor del actor, a veces en favor del observador, a veces en favor de ninguno de los dos. Nuestras conclusiones dependerían mucho de la situación, de nuestro interés en ella, de la acción de que se trate y de un puñado de otras posibles cuestiones pertinentes. Sin embargo, por lo que concierne a la acción humana, la intención y las opiniones del actor son potencialmente pertinentes.

Aquí, una cuestión más perturbadora, tal vez más directamente asociada con la descripción de las acciones con propósitos de obtener datos, es la afirmación de que las acciones dentro de cualquier actividad sólo pueden definirse en términos de las reglas y conceptos de tal actividad; es decir, dentro de tal región del discurso. ¿Qué estaba haciendo nuestro hombre al tallar un pedazo de madera? ¿Estaba dedicado a un ritual religioso, a un proyecto económico, pasando el tiempo, o haciendo un muñeco para su hija? Winch emplea el ejemplo de la plegaria y dice que la cuestión

de si una actividad es una plegaria o no, es cuestión religiosa y debe identificarse dentro de tal ámbito del discurso. Sin embargo, si con ello quiere decir que las disciplinas u otros ámbitos del discurso, como la psicología, la sociología o la economía no pueden enfrentarse a la cuestión de la plegaria, entonces esto es realmente grave. Significa, desde luego, que formas de conocimiento o ámbito de discurso son mutuamente inconmensurables. Esta tesis, como ya se indicó, resulta especialmente poderosa en el nivel intelectual. Sin conocer el lenguaje, las costumbres, convenciones e instituciones de una sociedad ajena, probablemente nos descarriaremos al tratar de describir las acciones del pueblo en cuestión. Aun con cierto conocimiento de la sociedad de que se trata, podemos ser seducidos por "una fe abrumadora en la omnipertinencia de nuestro esquema profesional de clasificación" y ver la vida social sólo en aquellos términos, suprimiendo, por decirlo así, la versión de la vida que darían los propios actores.<sup>26</sup>

Como siempre, aquí las cosas se complican, y es importante la elección de ejemplos. Los que podríamos llamar conceptos de acción compleja, como oración, obediencia, trueque, política, etc., a menudo son ambiguos en su uso y sumamente variables e indeterminados en su significado. Menos lo son otros conceptos, como comer, dormir, plantar, correr, saltar. Creo yo que tendríamos poca dificultad en identificar las últimas acciones por doquier y siem-

<sup>26</sup> M. Moerman, "Analysis of Lue conversation: providing accounts finding breaches, and taking sides", en D. Sudnow (comp.), *Studies in Social Interaction*, Nueva York, Free Press, 1972, p. 223.

pre que ocurrieran. Sin embargo, y éste es el verdadero punto de la tesis, siempre queda en pie el problema del significado de tales acciones dentro de la cultura en acción. ¿Qué están haciendo al correr, saltar, comer, etc.? Pocos políticos sociales se satisfarían con describir las culturas simplemente diciendo que la gente corre y salta, duerme y come, por muy divertidas que tales explicaciones puedan ser. Otro punto que debe tenerse en mente es que a veces un antropólogo, o cualquier otro científico social que se enfrente a otras culturas, debe divergir de los relatos de los propios actores para comunicarse con los lectores. Esta dificultad es muy real en el trabajo antropológico. Si el investigador sólo informara en términos del sistema de conocimiento de los actores, esto las más de las veces incluiría compromisos que son totalmente distintos de los de la propia cultura del investigador; una tendencia en la otra dirección sería al menos parcialmente infiel a la cultura que se estudiara. Como hemos visto, Winch toma en cuenta la posibilidad de que el científico social deba emplear conceptos desconocidos de los actores siempre que tales conceptos estén lógicamente vinculados con los del actor; exactamente qué significa esto ya es otra cosa. Lo que Winch quiere evitar es una competencia entre las versiones de los científicos sociales y las del actor, en que las primeras son consideradas superiores a la última. Sin embargo, no hay ninguna razón para que las dos versiones no puedan coexistir. Como lo dice Pitkin, el antropólogo no necesita decir "aunque afirman que es A, en realidad es B lo que están haciendo", sino "al hacer A, veo que al mismo tiempo

están haciendo B, aunque puedan negarlo o ignorarlo".<sup>27</sup> Así, aunque la tribu pueda estar dedicada a una "danza de la lluvia", que para ellos está destinada a producir lluvia, el antropólogo puede afirmar que al mismo tiempo están "reafirmando sus normas tribales". Pueden estar "reafirmando sus normas tribales" sin darse cuenta, pero no lo están haciendo en lugar de lo que ellos mismos dicen estar haciendo. Están haciendo ambas cosas, una por medio de la otra. Desde luego, el investigador debe mostrar que los actores están haciendo lo que se afirma y esto puede exigir que relacione sus propios conceptos con algunos de los tribales, pero no hay en ello reglas inflexibles de lógica. El punto es que se puede hablar de la actividad de los actores en ambas formas, así como de una pieza de madera se puede decir que es un objeto de arte, una arma, una herramienta, un señalador o cualquiera otra cosa que en la ocasión consideremos que es.

Para algunos, esta conclusión no resultará muy satisfactoria ya que parece sugerir que cualquier cosa sirve; además, glosa los muy verdaderos problemas de traducción que pueden ocurrir al estudiar culturas radicalmente distintas de la nuestra. Tal vez podamos reconocer que no necesariamente hay un conflicto entre las versiones de los actores y las de los científicos sociales, pero esto aún deja el problema de definir y describir lo que los actores están haciendo. Hay muchos pasos que un investigador debe dar, entre observar a los miembros de una cultura y ofrecer alguna versión teórica de tal cultura. Aunque la danza

<sup>27</sup> Pitkin, *op. cit.*, p. 259.

de la lluvia pueda servir para reafirmar las normas tribales, su desempeño aún debe identificarse como danza ritual, dar alguna formulación a las normas tribales, y ver que tales acciones sean interpretadas como afirmación de dichas normas. No escasean los problemas de descripción.

Aquí, el problema antropológico no nos es desconocido. Atribuir o imputar creencias y otros "estados cognoscitivos" a los actores en un intento por aclarar lo que hacen es parte integral de la descripción de la acción; pero, mientras que un científico-social que estudia su propia cultura tiene todas las ventajas de quien está "dentro", en el caso del antropólogo esto es menos probable. Tomemos una situación extrema de traducción radical, es decir, traducción de un lenguaje perteneciente a una cultura completamente ajena. Podrá argumentarse aquí que lo único de que los antropólogos disponen como datos son lo que antes se llamaba "muestras concretas de conducta" de aquellos a quienes está estudiando; a esto pueden añadirse los desempeños lingüísticos que, se supone, se derivan de los significados (y los encarnan) que dan sentido a las "muestras de conducta". Sin embargo, en este caso todo lo que tenemos son esos desempeños de los que habremos de inferir un significado. Para traducir expresiones tribales africanas por ejemplo, al inglés, el antropólogo querrá empezar relacionando algunas de ellas con el mundo. De esta manera, pudo hacerse una colección de locuciones cuyas situaciones de uso se podían especificar. Así, si se profiere un conjunto particular de palabras cada vez que se toman alimentos, esto puede darnos alguna clave

sobre el significado de las palabras. Por desgracia, no hay garantía de que el traductor haya percibido la situación correctamente. Las palabras proferidas en presencia de alimentos pueden ser recetas, una forma de acción de gracias, expresiones de desagrado o hasta el equivalente de un eructo; bien puede ser que la presencia de alimentos no tenga nada que ver con las palabras proferidas. La única forma de resolver estos problemas sería traducir lo que los africanos dijeron acerca de lo que perciben y significan. Pero aquí está precisamente el problema: el antropólogo tendría que traducir el lenguaje antes de descubrir lo que los actores perciben y saber lo que perciben, antes de poder traducir.<sup>28</sup>

Por consiguiente, tenemos un círculo vicioso y no parece haber forma de salir. Por ejemplo se ha dicho que en el caso de la traducción radical en que el significado debe inferirse de un comportamiento puramente verbal, hay una indeterminación interna. Tal como lo formula Quine:

Dos hombres pueden ser casi iguales en todas sus disposiciones al comportamiento verbal bajo todo estímulo sensorio posible, y sin embargo los significados o ideas expresados en sus locuciones, idénticamente desencadenadas, y de idéntico sonido, pueden diverger radicalmente para los dos hombres en una vasta gama de casos.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Véase por ejemplo, M. Hollis, "The limits of irrationality" en B. Wilson (comp.), *op. cit.*, pp. 214-220.

<sup>29</sup> W. V. O. Quine, *Word and Object*, Cambridge, Mass., MIT Press, 1960, p. 26; también C. Hookway, "Indeterminacy and Interpretation", en C. Hookway y P. Petit (comps.), *Action and Interpretation*, Cambridge University Press, 1978, pp. 17-41.

¿Existen algunas teorías de interpretación que nos capacitaran a romper el círculo vicioso en una forma que tenga principios? Hollis sugiere que adoptemos un principio sustantivo *a priori*, de que todos los actores sociales, ajenos o no, comparten la misma norma de racionalidad;<sup>30</sup> Winch y otros afirman que el investigador debe participar plenamente en la vida de aquellos que estudia. Ambas soluciones sugeridas, aunque tienen verosimilitud pragmática, no parecen ofrecer una resolución con principios. Empezamos a sentir cierta simpatía hacia los intentos de los positivistas por descubrir un lenguaje de observación neutral remitiéndose a la experiencia común de la especie humana, o basándose en ella. Pero, después de todo, tal vez no exista una resolución de esta índole: es decir tal vez no haya manera de rutinizar eficazmente el proceso de identificar acciones objetiva, determinativa e inequívocamente. Ya se ha sugerido que dentro de una sola cultura la descripción de la acción siempre es superable, tendente a la ambigüedad, la vaguedad y la imprecisión. Incluir la cuestión de la traducción simplemente pone en relieve, mediante un ejemplo extremo, el que es un rasgo inevitable de los conceptos de acción. En lo que concierne a la traducción, su adecuación será juzgada, parcialmente, por su propósito. Si exigimos a cualquier traducción que establezca un equivalente exacto entre nuestros conceptos y los de alguna cultura diferente de la nuestra, entonces obviamente encontraremos enormes dificultades. Bien puede ser que no haya equivalencias exactas en nuestro lenguaje para algunos de sus conceptos; pero

<sup>30</sup> Hollis, *op. cit.*

¿debemos creer por ello que no podemos dar ningún sentido a la otra cultura? La respuesta es: no. Podemos establecer paralelos, analogías, ofrecer ilustraciones, etc., en un esfuerzo por encontrar un sentido, para nosotros, de la otra cultura. Bien puede ser que tengamos que modificar o extender nuestros conceptos en alguna forma para retratar más adecuadamente la otra cultura. Suponer que lo que se necesita es alguna equivalencia exacta, es suponer también que nuestros conceptos están libres de problemas. Todo lo que hasta aquí se ha dicho indica que esto está lejos de ser así.

Pitkin llama la atención hacia los paralelos entre los problemas de comprender otra cultura y de comprender la acción dentro de nuestra propia cultura.

La acción es, en última instancia, doble, consistente *a la vez* en lo que el observador de fuera puede ver y el entendimiento de los actores de lo que están haciendo. La dualidad...es lo que distingue la acción [y] fija los problemas para la ciencia social. El problema no es...nuestra incapacidad para observar acciones objetivamente o identificarlas sin consultar a los actores.<sup>31</sup>

Los conceptos de acción, desarrollados en el curso de la acción, son, a su vez, performativos de acciones y, como tales, ricos en implicaciones que no siempre son coherentes.

Funcionan bien en su contexto, en casos particulares; mas cualquiera que trate de articular principios abstractos generales y vastos acerca de la naturaleza de promesas, obediencia, votación, o similares, encontrará enigmas

<sup>31</sup> Pitkin, *op. cit.*, p. 261.

conceptuales y paradojas. Todo el que trate de estudiar tales fenómenos científicamente, por medio de observación empírica, se asombrará al ver precisamente qué fenómenos cuentan como ejemplos de promesas, obediencia y votos.<sup>32</sup>

Así, como un niño que está aprendiendo un lenguaje, un investigador dedicado a una cultura diferente habrá de aprender el lenguaje de tal cultura a partir de las particularidades de acción y del lenguaje, por prueba y error.<sup>33</sup> Desde luego, el investigador podrá equivocarse, así como puede decirse que una descripción de acción en nuestra propia cultura es errónea, pero esto está muy lejos de significar que sea imposible.

Como ya se ha indicado muy claramente, la cuestión de las "otras culturas" es en muchas formas un planteamiento dramático de un problema que surge en el estudio de nuestra propia cultura, a saber la identificación de las acciones. Aunque Winch y otros que han establecido puntos muy similares ilustran las importantes dificultades prácticas de comprender otras culturas, no han demostrado convincentemente que esto sea imposible. La labor del propio Winch es, de hecho, un testimonio en sentido contrario, ya que nos presenta una versión, una versión compren-

<sup>32</sup> *Ibid.*

<sup>33</sup> Desde luego, este problema puede plantearse en tal forma que se vuelva virtualmente irresoluble. Como lo indica Wittgenstein: "Si llegáramos a Marte y los hombres fueran esferas con unas varillas saliendo, no sabríamos qué buscar." Pero al tratar de lenguajes humanos podemos aprender a comprenderlos de muchas manera diferentes. Véase L. Wittgenstein, *Lectures and Conversations*, S. Barret (comp.), Oxford, Blackwell, 1978, p. 2.

sible de la hechicería entre los Azande. Pero, y esto tal vez sea lo principal, ¿de qué normas disponemos para decidir si es la versión *correcta*? Las opiniones del propio Winch al respecto no siempre son claras y congruentes, pero parece casi seguro que los actores mismos deben desempeñar algún papel en tal juicio: exactamente qué incluye esto ya es otra cuestión. Y, como antes se ha sugerido, no hay ninguna razón para que, en todo caso, debamos creerle por su palabra. Ello sería renunciar a nuestras responsabilidades.

Pero, ¿qué decir de la pregunta más general que Winch plantea, concerniente a la categoría de la ciencia social? Los problemas filosóficos que hemos estado analizando en estos dos capítulos constituyen una acumulación de serias objeciones a la ciencia social positivista, con respecto a su concepción de la materia de la ciencia social y en su relación, como *corpus* de conocimiento, con tal materia. Aunque estas cuestiones generales acerca del conocimiento, sus fundamentos y sus justificaciones son de la máxima importancia, deseo dejar su consideración para el capítulo final. Aquí haré una pausa para analizar brevemente el lado positivo de la crítica "humanista", a ver qué nos sugiere acerca de la naturaleza de la investigación social.

#### SIGNIFICADOS E INVESTIGACIÓN SOCIAL

Tal vez no deba sorprendernos que las opciones al enfoque positivista sean variadas y carezcan de la confiada claridad que en un tiempo tuvo el positivismo. Algunas de ellas no son nuevas pero representan

un tema que corre paralelo al positivismo en la historia del pensamiento social; otras son comparativamente recientes, respuestas directas a algunas de las críticas del positivismo que acabamos de analizar. Un hecho común es un rechazo de la concepción científica del estudio social, habitualmente vista en términos afines al positivismo, y una sensibilidad a la naturaleza social del conocimiento mismo. Es esta última corriente la que ha causado más dificultades filosóficas. Una vez que se plantean dudas hacia lo que aquí se ha llamado "lenguaje de observación neutral" en el que describir el mundo externo a cualesquiera experiencias subjetivas que tengamos de él, la objetividad y el desapego científico se vuelven metas ilusorias. Las ciencias sociales, aunque puedan imitar a las ciencias naturales, han de enfrentarse eternamente a las dificultades planteadas por el hecho de que su materia también tiene una voz. A mayor abundamiento, aunque esta voz pueda ser influida por la posición social y los procesos sociales, no es la única. También el científico social es miembro de una sociedad y de una cultura, ocupa una posición dentro de una colectividad de colegas, y esta similitud probablemente afectará la forma en que contemple el mundo. De ello ha sacado Weber una conclusión:

No existe un análisis absolutamente "objetivo" de la cultura —o, tal vez más estrechamente, pero sin duda no esencialmente distinto para nuestros fines— de los "fenómenos sociales" independiente de puntos de vista especiales y "unilaterales", según los cuales —expresa o tácitamente, consciente o inconscientemente— son seleccionados, analizados y organizados con propósitos

de exposición...todo conocimiento de la realidad cultural, como puede verse, siempre es conocimiento desde puntos de vista particulares.<sup>34</sup>

En otras palabras, no hay un punto neutral, arquimédico, desde el cual retroceder y percibir "objetivamente" el mundo social.

Desde luego, el concepto de que el conocimiento tiene bases sociales también podría aplicarse en cierto modo a la ciencia natural, pero en este caso surgirían pocas cuestiones de índole moral pues, por lo que sabemos, rocas, moléculas y plantas no hablan. La dificultad para las ciencias sociales es enfrentarse al hecho de que su materia y aquellos que la estudian viven en un mundo construido por medio de significados.

Metodológicamente hablando, los modos de enfrentarse a esto han sido muy diversos. Algunos, como Mannheim y hasta cierto punto Marx, sugirieron que puntos de vista objetivos sólo podrían ser alcanzados por quienes ocuparan posiciones especialmente privilegiadas de desapego, siendo los "intelectuales", más o menos, los candidatos para tales posiciones.<sup>35</sup> Éstos eran personas que podían desarrollar un punto de vista más comprensivo y por tanto más objetivo desde el cual localizar los verdaderos procesos en acción dentro de la sociedad.

<sup>34</sup> M. Weber, *The Methodology of the Social Sciences*, Nueva York, Free Press, 1949, trad. E. Shils y H. A. Finch, pp. 72-81; las cursivas en el original.

<sup>35</sup> Para una selección de artículos pertinentes a la sociología del conocimiento, véase J. E. Curtis y J. W. Petras (comps.), *The Sociology of Knowledge: a reader*, Duckworth, 1970.

Es importante la respuesta del propio Weber al problema que él hizo tanto por identificar. Aceptando el fundamento social e histórico del conocimiento y la perspectiva parcial que implicaba, él postuló que en nuestro tiempo, los valores culturales se habían fundido con los científicos, haciendo la objetividad universalmente aceptable. Por tanto, las normas de objetividad encarnadas en la ciencia estaban fundamentadas socialmente, pero en las prácticas sociales que, a su vez, habían cambiado, de tal modo que se conformaban a esas mismas normas. Esos cambios fueron producidos por el surgimiento de la sociedad industrial. Más que ello: Weber ofreció dos ideas, el "tipo ideal" y el "*verstehen*" como técnicas para un entendimiento de formas sociales significativas. Estas últimas exigían que el investigador sintiera empatía con los puntos de vista de quienes estaban siendo investigados de modo que su mundo, construido a base de significados, pudiese ser racionalmente formulado. Empleando datos de buen número de fuentes acerca de valores, aspiraciones y similares, de protestantes ascéticos, Weber creó un retrato revelador de cómo tales personas en su situación y su tiempo, con las motivaciones derivadas de sus valores, pudieron sentirse alentadas a dedicarse a las formas de desarrollo de la empresa capitalista. También el "tipo ideal" fue un recurso esencialmente centrado en ayudar a la construcción de representaciones racionales, simplificadas y deliberadamente unilaterales de formas sociales, formuladas rigurosamente como sistemas de significado que surgían de uno o dos valores centrales. De los "tipos ideales", el propio Weber formuló

aquellos relacionados con la autoridad, que se encuentran entre los más conocidos. Identificó tres tipos nucleares de autoridad por sus fuentes de legitimidad —carismático, tradicional, y racional-legal—, construido cada tipo como acentuaciones de materiales pertinentemente empíricos. Ninguno de ellos probablemente ha existido en forma pura, pero no se trata de esto. Servían a la vez para aclarar un mundo empírico “confuso” y así, para aislar algunos de sus elementos sobresalientes.<sup>36</sup> Como ya se ha sugerido, los tipos se pueden considerar como formulaciones rigurosas de sistemas de significados y prácticas derivadas de uno o dos valores o principios nucleares. Así, el “tipo ideal” de burocracia puede verse como modelo de lo que la organización parecería si se siguiera el principio de eficiencia racional y calculadora, con exclusión de otros principios. Es posible formular, como lo hizo Weber, tipos basados en diferentes valores. Tales tipos servirían como conceptos elaborados, identificando elementos clave que pueden encontrarse o no empíricamente; desde luego, su propia ausencia sería una clave para el entendimiento de situación social particular. Por último, punto importante: los “tipos ideales” eran, para Weber, el principio de una investigación social, no el fin.

Aunque la corriente de la perspectiva humanista representada por Weber reconoció la parcialidad de las versiones científicas sociales, la tradición fenomenológica no abandonó la búsqueda de un fundamento seguro del conocimiento, pero lo buscó en un

<sup>36</sup> Weber, *op. cit.*; J. C. McKinney, *Constructive Typology and Social Theory*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1966.

lugar distinto del positivismo. La fenomenología tomó muy en serio, y sigue tomándola, la idea de que el conocimiento es un acto de conciencia.<sup>37</sup> Para Husserl, el "mundo" significa un mundo experimentado y hecho significativo en conciencia. Es por medio de actos de conciencia y sólo por medio de tales actos como el mundo se nos da y se nos presenta. Esto puede decirse tanto de la ciencia como de cualquier otro modo de conocimiento. Por ejemplo, la materia de la ciencia es un sistema de constructos resultantes de conceptualizaciones, idealizaciones, matematizaciones, etc., basadas en una experiencia cotidiana "dada de antemano". Una de las tareas que la filosofía fenomenológica se fijó fue describir esta experiencia diaria del "mundo vital", es decir, el mundo como es dado en la experiencia inmediata, independiente de toda interpretación científica y anterior a ella. Reconocidamente, el mundo vital pertenecía a los grupos sociohistóricos específicos y, desde una perspectiva histórica, no podía darse ningún privilegio especial a ningún mundo vital. Sin embargo, para Husserl podía desarrollarse una "fenomenología trascendental", como teoría universal de la conciencia. Semejante "ontología del mundo vital" sería una ciencia *a priori* de las estructuras universales del mundo perceptual y por tanto nos capacitaría a derivar cual-

<sup>37</sup> Sobre la fenomenología, véanse las siguientes exposiciones y colecciones: M. Roche, *Phenomenology, Language and the Social Sciences*, Routledge & Kegan Paul, 1973; M. Natanson (comp.), *Phenomenology and Social Reality*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1970; G. Psathas (comp.), *Phenomenology and Sociology*, Nueva York, Wiley, 1973; T. Luckman (comp.), *Phenomenology and Sociology*, Penguin Books, 1978.

quier producto sociocultural en particular, incluyendo la ciencia y la lógica. Semejante teoría, de ser posible, desempeñaría el mismo papel que el positivismo planea para el lenguaje observacional neutral.

Para nuestros propósitos, la figura importante que sobresale en esta tradición es Alfred Schutz, que elaboró y modificó la obra de Husserl.<sup>38</sup> El mundo social, arguyó Schutz, se presenta al individuo en forma de un sistema objetivado de designaciones y formas expresivas compartidas. Es, fundamentalmente, un mundo de la vida cotidiana como es vivida y apreciada por el "hombre con sentido común" que muestra una "actitud natural". Por consiguiente, el mundo "se da por sentado". Dentro de la "actitud natural", el sujeto no impugna la estructura significativa del mundo vital sino que tiene en ella un interés práctico. En otras palabras, la tarea consiste en vivir en el mundo, en lugar de estudiarlo. La estructura del mundo vital se muestra por medio de "tipificaciones" construidas a partir de cualquier pertinencia que surja de los intereses y propósitos del actor. Como las emplea Schutz, tales tipificaciones incluirían lo universal y estable, así como lo específico y cambiante. El mundo primario en que los actores viven es intersubjetivo, de la vida cotidiana, un mundo de las actividades naturales con sus motivos e intereses pragmáticos. Además, los actores viven en otros mundos de "provincias de significados" finitas, como el arte, la experiencia religiosa, los sueños, la ciencia,

<sup>38</sup> Véase A. Schutz *Collected Papers; The Problem of Social Reality* La Haya, Martinus Nijhoff, 1962; también Z. Bauman, *Hermeneutics and Social Science*, Hutchinson, 1978, especialmente cap. 8.

la infancia, etc., cada uno con un estilo cognoscitivo particular. Una de estas "realidades múltiples" es el "mundo de la teoría científica". Este estilo, como tipo ideal, es el de un observador desinteresado al que sólo

interesan problemas y soluciones válidas por derecho propio para todos, en cualquier lugar y cualquier momento, siempre y donde prevalecen ciertas condiciones, a partir de las suposiciones de las que brota. El "salto" al pensamiento teórico incluye la resolución del individuo de suspender su punto de vista subjetivo.<sup>39</sup>

Se "ponen entre paréntesis" las preocupaciones privadas y pragmáticas de la vida cotidiana.

De este modo, Schutz trata de enfrentarse al que le parece el problema epistemológico básico de la ciencia social, a saber, ¿cómo son posibles las ciencias de significados subjetivos? Como todas las ciencias, hacen afirmaciones con pretensiones objetivas, o al menos aspiran a hacerlo, pero en el caso de las ciencias sociales, éstas se relacionan con el contexto de la actividad humana que las ha creado y que no es posible comprender aparte de este problema de acción. La solución dada por Schutz a esta dificultad consiste en afirmar que el científico social se interesa en esquemas "típicos" de acción, empleando modelos que son "ficciones sin vida", "constructos", "tipos ideales", "títeres", "homúnculos" creados por él. Estos modelos son distintos de las verdaderas condiciones ontológicas de la existencia cotidiana individual y se construyen de acuerdo con los postulados siguientes: coherencia

<sup>39</sup> Schutz, *op. cit.*, p. 248.

lógica, interpretación subjetiva y adecuación. El primero de éstos dice que el constructo debe estar en armonía con los requerimientos de la lógica formal, el segundo, que debe preocuparse por incorporar un modelo de la mente humana y su contenido típico, de tal manera que los hechos observados puedan verse como resultados de su operación. La tercera norma indica un principio de objetividad, a saber, que el constructo debe formularse en tal forma que sea comprensible para el actor que se valga de su propio sentido común.

Aquí no tenemos espacio para hacer una crítica de la obra de Schutz, pero vale observar una vez más el tercero de los postulados, el de la adecuación, puesto que reconoce el problema que ha sido tema importante de este capítulo, a saber, la relación entre los conceptos de los actores y los del científico social. El intento positivista por evadir la naturaleza socialmente fincada del conocimiento, tratando de formular, como hemos visto repetidas veces, un lenguaje de observación neutral, creó tensiones considerables entre los conceptos de los actores y los de los científicos sociales. Aquí, la alternativa es dar a las normas y conceptos de los actores un papel mucho más sobresaliente como vara de medir de todo buen entendimiento, por parte de los científicos sociales.

El interés y propósito del científico social consiste simplemente en mostrar los significados, a menudo implícitos, que entran en los mundos de los actores. Varios recursos, el "tipo ideal", "los homúnculos" o cualesquiera, son importantes en ello, pero la sociología de Schutz está más interesada en ver cómo la

“objetividad” o “verdad” se establecen dentro de un mundo vital natural y su medio socialmente organizado. No es cuestión de que una forma de entendimiento sea absolutamente superior a ninguna otra.

El cambio que esto representa puede verse en una práctica sociológica más reciente, inspirada en parte por la obra de Schutz: la etnometodología. Aunque Schutz compartió la aspiración de su mentor Husserl, de construir una “analítica trascendental” del conocimiento, exclusivamente a base de deducción, la etnometodología se interesa en elucidar la interacción humana mediante el examen empírico de aquellos procesos a través de los cuales se producen significados en la práctica social. Por tanto, adopta una línea neutral, contentándose con describir los procedimientos de producción de significado en cualquier actividad social que se decida a examinar, en vez de enfrentarse a los propios significados. Reconocidamente, éstos son investigados por medio de los fenómenos, como dice Bauman, pero no son de los fenómenos.<sup>40</sup> Así, cualquier rato de charla que brote naturalmente acerca de cualquier asunto podría ser tema de investigación para aquellas propiedades formales del razonamiento práctico. Una consecuencia de esta actitud es que no se necesita decir nada acerca de “objetividad” o, para el caso, acerca de “verdad”, salvo hasta el punto en que quedan establecidas por medio de una “labor” acordada por los actores sociales en cuestión. Todo conocimiento, incluso la propia etnometodología, está comunalmente fundamentada en la práctica humana, y no hay manera de llegar más allá.

<sup>40</sup> Bauman, *op. cit.*, p. 190.

Esta excursión demasiado breve a aquellas filosofías sociales que tratan de enfrentarse al significado con todo lo que esto implica, ilustra una vez más la tensión que surge de la relación entre las ciencias sociales y su materia. Los métodos de investigación, en que los conceptos filosóficos se ensucian las manos, por decirlo así, reflejan estas tensiones, ya que su capacidad de realizar la tarea que les piden los investigadores depende, a su vez, de los propios compromisos de los investigadores con una u otra de las filosofías del conocimiento científico social. En el último capítulo trataré de resumir la discusión de los capítulos anteriores considerando cuestiones bastante generales acerca de la naturaleza de la ciencia social, su relación con el mundo empírico y —de no menos importancia— la relación del científico social con el mundo que investiga.

## VI. OBSERVACIONES FINALES

HA LLEGADO el momento de dar alguna resolución general a las discusiones de los capítulos anteriores. Empezamos, en el primer capítulo, hablando acerca de la filosofía de la investigación social en lo que concierne a la autoridad intelectual de nuestras diversas pretensiones al conocimiento del mundo social. La discusión siguiente giró en torno de dos temas principales que han caracterizado la historia de la ciencia social. A la primera me referí como a la ortodoxia positivista, que basó su inspiración en una concepción particular de la ciencia natural, que dependía mucho de una epistemología que subrayaba la observación como camino hacia una percepción objetiva del mundo real externo, es decir, el mundo independiente del espíritu del conocedor. Esta concepción engendró los que hoy son métodos ortodoxos de investigación de la ciencia social. Aun cuando la mayoría de las opiniones representadas en esta concepción reconocían que los fenómenos humanos no eran idénticos a los de la naturaleza inanimada, esta falla sólo implicaba la necesidad de mayor ingenio y cuidado al diseñar instrumentos apropiados para la observación social científica.

El tema opuesto al del positivismo adoptó una posición un tanto distinta de la posición entre los mundos humano e inanimado. En este caso, el hincapié se hizo en la forma en que el mundo social, y en

algunas versiones podríamos añadir el mundo natural, fue creado en significados y por medio de ellos. Aunque los diversos enfoques positivistas no habían desdeñado por completo este rasgo de la vida social, no lo habían llevado tan lejos como las concepciones humanistas sino que en cambio habían retenido un concepto durkheimiano de un mundo social objetivo y externo "similar a una cosa", un mundo "fuera" de significados y de lenguaje.

Como hemos visto, cada escuela generó cierto número de dificultades filosóficas. Entre las ya analizadas se incluyen, para el positivismo, los problemas de un lenguaje observacional neutral, la relación de la teoría con los datos, la cuestión de los conjuntos sociales y la cuestión de la descripción científica de la acción humana. Para el programa humanista, las dificultades se centraron en la naturaleza del entendimiento y las normas de entendimiento adecuado, el relativismo social y cultural y la relación entre los conceptos de los actores y los de un observador. Si han surgido algunas conclusiones, aunque tentativas, parecen socavar la concepción positivista, severamente y de diversas maneras. Primero, su versión empirista de la ciencia no estuvo a la altura de sus pretensiones de ofrecer leyes de la vida social equivalentes en gama, certidumbre y capacidad de predicción a las que ofrecen las ciencias naturales. Además, como quedó ejemplificado por sus propios métodos de investigación social, no tomó en cuenta el hecho de que el mundo social está construido mediante significados y las prácticas predicadas sobre ellos y que éstos, como forma de conocimiento, era a su vez una

práctica social, un conjunto de procedimientos institucionales que para justificarse dependen de las presuposiciones, a menudo mantenidas tácitamente que tienen su vida dentro de comunidades particulares. Relacionada con todo esto, la idea eternamente elusiva de un lenguaje de observación neutral no ofreció un fundamento del que necesariamente dependía todo su edificio intelectual. Una razón de que un lenguaje observacional neutral resultara tan elusivo fue la afirmación de que todas las formas de conocimiento se encuentran fincadas en prácticas sociales, lenguaje y significado y, por tanto, no había forma de "observar" al mundo independientemente de éstos. Las formas de conocimiento, incluyendo el positivismo, tienen en esto un gran papel que desempeñar, por decirlo así, determinando o legislando aquello en que el mundo consiste por medio de los diversos procedimientos que encarnan como prácticas humanas para decidir qué debe contar como hechos, afirmaciones verdaderas y pretensiones de conocimiento en general.

Por consiguiente, lejos de ser un informador pasivo, el investigador es un agente activo de la construcción del mundo por medio de las ideas y temas específicos incorporados en la forma oportuna de conocimiento.<sup>1</sup>

No es de sorprender que estas críticas del positivismo tengan sus propias dificultades. Si las formas de conocimiento están fundamentadas en prácticas

<sup>1</sup> Sobre esto, véase R. N. Zener, "The phenomenology of epistemic claims: and its bearing on the essence of philosophy" en Natanson (comp.), *op. cit.*, pp. 17-34; también A. F. Blum, "The corpus of knowledge as a normative order", en J. C. McKinney y E. A. Tiryakian (comps.), *Theoretical Sociology*, Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1970, pp. 319-336.

sociales, ¿qué pasa con la objetividad, la ciencia, la búsqueda de leyes de la vida social, la evaluación de diferentes pretensiones de conocimiento, etc.? ¿No quedamos condenados, por esto, a una pavorosa relatividad en que nadie puede aspirar a un mejor conocimiento de los demás? En suma, ¿es imposible una ciencia de la vida social?

Mas esta última pregunta tal vez no sea apropiada, por las siguientes razones. Ante todo, uno de los asuntos en cuestión es la naturaleza de la ciencia misma. Al término del capítulo III, se ofreció el argumento de que la concepción empirista de la ciencia estaba gravemente viciada. Segundo, se puede argüir que cualquiera que sea la visión que tomemos de la ciencia, no hay ninguna razón para suponer que sólo la ciencia, como forma de conocimiento, tiene autoridad intelectual para garantizar un estudio de la vida social: aún desearíamos mantener una distinción radical entre el estudio de la naturaleza inanimada y el de la vida cultural humana. Tercer punto, relacionado con el anterior, hasta armados con una visión modificada y más adecuada de la ciencia, aún tendríamos que decidir si éste es el tipo de conocimiento de la vida social que necesitamos o queremos.

Tratamientos más recientes de la filosofía de la ciencia aceptan que la ciencia es una actividad humana y que el conocimiento es un producto social: "un proceso en pensamiento y naturaleza que trata de expresar en pensamiento las naturalezas y las constituciones y modos de actuar de cosas que existen independientemente del pensamiento".<sup>2</sup> La concep-

<sup>2</sup> R. Bhaskar, *A Realist Theory of Science*, Sussex, Harvester Press.

ción de la ciencia aquí implicada da considerablemente más peso a la construcción imaginativa de modelos de mecanismos generativos para explicar las pautas descubiertas entre los fenómenos identificados dentro de una ciencia particular, y mucho menos al descubrimiento de generalizaciones causables invariables de índole empirista. Tampoco le preocupa la predicción como norma de buena explicación. Su interés está en las estructuras "que duran y operan independientemente de nuestro conocimiento, nuestra experiencia y las condiciones que nos dan acceso a ellas".<sup>3</sup>

Aunque se acepta que el mundo no puede ser percibido salvo por medio de unas descripciones particulares, preñadas de teoría, la idea de un verdadero mundo intransitivo que es el objeto del conocimiento científico se vuelve lógicamente necesaria, si es que ha de haber una ciencia. La capacidad humana del científico para intervenir y manipular le da acceso a estas estructuras y mecanismos que existen independientemente de la percepción, aunque sólo se les pueda conocer mediante las diversas descripciones de que disponemos, constituidas como conocimiento. Esta opinión nos ofrece una clase muy distinta de relación de conocimiento con el mundo, de la que planteaba el positivismo. Antes hablamos de la conexión abstractiva de la teoría con el mundo empírico que daba un papel mucho más activo al conocimiento en la formación de la ontología de tal mundo, que el papel un tanto

1978, pp. 249-250; también R. Keat y J. Urry, *Social Theory as Science*, Routledge & Kegan Paul, 1975.

<sup>3</sup> Bhaskar, *op. cit.*, p. 25.

pasivo, similar a un informe, implicado por el positivismo. La conexión racional, la gama explicativa, la eficiencia de la explicación siguen siendo normas por las cuales puede hacerse la elección entre modelos y teorías en competencia. Las normas de verdad son intrínsecas a la ciencia en cuestión, así como las metodologías para determinar los "hechos" pertinentes. Como dice Harré, semejante ciencia realista debe tomar como punto de partida las pautas observadas de un tema de estudio particular y descubrir qué mecanismos operativos no observados pudieron producir y explicar así las pautas vistas. Por lo que concierne a las ciencias sociales, esto debe incluir, como elemento de los mecanismos, las teorías del propio actor acerca del mundo social.<sup>4</sup> El objetivo se vuelve, ya no tanto de predicción, objetivo incidentalmente de pocas ciencias, como la astronomía y la mecánica terrestre, sino una reconstrucción de cualquier fragmento particular de la realidad social, a base de los elementos que los mecanismos estructurales plantean. Ésta se vuelve la norma de la buena explicación y el conocimiento adecuado.

Como explicación de la ciencia, esta nueva visión parece evitar muchas de las trampas del positivismo, pero en términos de la otra tradición que hemos discutido, esto significa poca diferencia. Todas las formas de pensamiento están fincadas en lo histórico y lo

<sup>4</sup> R. Harré, "Blueprint for a New Science", en N. Armistead (comp.), *Reconstructing Social Psychology*, Penguin Books, 1974, pp. 240-259; R. Harré y P. F. Secord, *The Explanation of Social Behaviour*, Oxford, Blackwell, 1972; R. Harré, *The Principles of Scientific Thinking*, Macmillan, 1970.

social, y por tanto son relativas. Y en este caso diríase que hemos de abandonar la búsqueda de un conocimiento absoluto y cierto. Sin duda, semejante objetivo podría atribuirse, con cierta justicia, al positivismo, aunque es menos seguro que las nuevas filosofías de la ciencia tengan la misma aspiración. Las dificultades que el abandono de semejante meta parece plantear son variadas. A menudo surgen angustias porque aparece una concepción errónea del conocimiento, de tal modo que sólo si un conocimiento afirma ser cierto en todos respectos podemos hablar apropiadamente de un verdadero conocimiento. Aquí conocimiento se contrasta con creencia, opinión, valores y similares, todos ellos vistos, en ciertos respectos, como pretensiones contaminadas por tendencia personal y percepción influida socialmente. La necesidad de semejante distinción es reforzada por las llamadas aplicaciones de la ciencia social en los campos de la política pública, la administración económica, el cuidado social y de la salud, y otros intereses comunales.

Aunque al respecto puede decirse más, la analogía se ha tomado de esa familiar distinción entre la ciencia "pura" y la "aplicada". Los principios mismos de la moderna ciencia social fueron influidos por un deseo de reconstruir la sociedad sobre lineamientos racionales y científicos, y sólo se pudo dar ese paso después de adquirir un conocimiento apropiado de la vida social y cultural; el conocimiento visto, en gran parte, en función de la organización y el método del conocimiento científico natural corriente por entonces. Este legado sigue con nosotros. Escuchamos a los

educacionalistas porque son científicos y lo que recomiendan tiene la fuerza de un conocimiento y no sólo de una opinión; de igual manera se escucha a los economistas y otros científicos sociales. En muchas otras formas, el espaldarazo de la ciencia se considera importante por causa de su asociación con la idea del conocimiento incorregible y, por tanto, de una categoría superior a la de otras pretensiones putativas.

Si esta explicación sigue las líneas correctas, creo que podemos empezar a ver las angustias creadas como respuesta a alguno de los argumentos considerados en conexión con la perspectiva humanista. Si todo conocimiento, incluso la ciencia, está fincado socialmente en la práctica humana y nada más, ¿cómo podemos decir que algunas formas son superiores a otras? O, dicho de otra manera, si se acepta que la ciencia social concierne a significados, ¿hasta qué punto se puede sostener que las visiones del científico social son más privilegiadas que las del lego, del artista, del novelista, del esquizofrénico o del activista político?

Después de todo, las declaraciones de los científicos sociales tienen como referente al mundo del lego, mundo que es, a su vez, sujeto de interpretación de quienes viven dentro de él. Por consiguiente, la ciencia social no puede dejar de verse permanentemente implicada en un discurso con su propia materia: a mayor abundamiento, discurso en que tanto el investigador como el sujeto comparten los mismos recursos.<sup>5</sup> La cuestión es, desde luego, la naturaleza de este discurso. Puede argüirse que, en este caso, si

<sup>5</sup> A. Giddens, *New Rules of Sociological Method: a positive criti-*

hemos de alcanzar la verdad, ésta se vuelve cuestión de un acuerdo negociado entre los científicos sociales y aquellos a quienes estudian.

Este punto de vista plantea una relación entre la ciencia social y su materia muy distinta de la supuesta por un punto de vista científico. También nos da cierta vislumbre de por qué las teorías de la ciencia social se ven, por decirlo así, subdeterminadas por los hechos, aunque limitadas por ellos, y sugiere que proponer una teoría científica social es más afín a argüir un caso moral o político, que a crear uno científico.<sup>6</sup>

Esta observación reitera un tema que hemos tenido causa para mencionar previamente en otro contexto. Pitkin, al hablar del vocabulario de la acción, sugiere que es un vocabulario que encarna, en formas complejas, la perspectiva tanto del actor como del observador, y que ninguna de estas perspectivas es adecuada, por sí sola, para un entendimiento de la vida humana producida en tal vocabulario.<sup>7</sup> Es este dualismo el que nos presenta muchos de los problemas relacionados con una ciencia de la vida social, como la relación entre los conceptos de los actores y los del observador científico, objetividad contra subjetividad, o hecho

*que of interpretative sociologies*, Hutchinson, 1976; también Z. Bauman, *Hermeneutics and Social Science*, Hutchinson, 1978, p. 234.

<sup>6</sup> M. Hesse, "Theory and value in the social sciences", en C. Hookway y P. Petit (comps.), *Action and Interpretation*, Cambridge University Press, 1978, pp. 1-16.

<sup>7</sup> H. Pitkin, *Wittgenstein and Justice*, University of California Press, 1972, especialmente caps. VII y XII.

contra valor. También es una observación pertinente a la pregunta de si una ciencia de la vida social es el conocimiento que requerimos de tal vida. Muchas de las dudas que sentimos acerca de la clase de conceptos producidos por los intentos de crear un lenguaje observacional científico para la ciencia social, la que a menudo parece su falta de pertinencia, su carácter despegado y abstracto, la lamentable frecuencia con que se convierte en jerga, bien pueden surgir porque el conocimiento que requerimos de la vida social se relaciona con nuestras situaciones aquí y ahora: situaciones que, a su vez, surgen de la naturaleza de la acción y de su vocabulario.

Un vocabulario que, como se ha sugerido, es radicalmente ilimitado y, por tanto, inevitablemente proclive a implicaciones paradójicas, imprecisión y significados borrosos, ninguno de los cuales puede ser remediado por una ciencia de la vida social.

Podemos sugerir, sin embargo, algunas de las dimensiones de esta situación, temas comunes que han sido preocupación de la vida social y de las ciencias sociales desde sus principios. La cuestión de libertad contra determinismo ya se mencionó, aunque demasiado brevemente, en lo que tiene que ver con la relación entre el individuo y las colectividades de las que es miembro. Podemos añadir a esto la tensión entre orden y conflicto. Puede decirse que todas las ciencias sociales se enfrentan a estas ingentes cuestiones, aunque en sus propias inimitables y muy variadas maneras.<sup>8</sup> La economía aún lleva la huella de la moral

<sup>8</sup> Habermas va más lejos con respecto a unas condiciones un tanto

smitheana, de tratar de reconciliar y derivar el bien de lo colectivo a partir de la búsqueda individual del lucro. También la política surge de una preocupación similar por comprender las varias maneras en que los individuos están organizados colectivamente por medio de la autoridad y el poder. La relación del individuo con el grupo o con la colectividad da, similarmente, a la sociología, su preocupación predominante por el problema del orden. Desde luego, las versiones de todos estos temas, que claramente no están conectadas, son sumamente variadas pero, no obstante, dan su pertinencia a las ciencias sociales, de cualquier forma que se las haya concebido. En este sentido puede decirse que participan en un diálogo con su propia materia, diálogo que nunca puede cesar aun cuando, como ha ocurrido históricamente, cambie de carácter. Los debates que brotan dentro de las ciencias sociales y entre ellas mismas constituyen un aspecto esencial de este diálogo. Aunque la forma y el contenido de tales debates están casi sin duda, fundamentados en la historia y lo social, esto por sí mismo no reduce su importancia. Aunque el impulso original que inspiró la ciencia social positivista tal vez no tenga ya la confianza en sí mismo que antes poseyó, esto no es decir que sus errores no son de importancia o que no podemos aprender de ellos.

Hay una creciente bibliografía que empieza a ofrecer

diferentes de la vida humana. Habla de condiciones "trascendentes a la especie", es decir, condiciones antropológicas universales de existencia humana, a saber, el trabajo y la comunicación humanas: J. Habermas, *Knowledge and Human Interests*, trad. J. J. Shapiro, Heinemann, 1972.

nuevas opciones a la concepción del conocimiento científico social en una manera que reformula las tradicionales preguntas acerca de hecho y valor, objetividad y compromiso, normas de entendimiento, así como aquellas cuestiones que hemos analizado hace poco. Por ejemplo, Taylor propone una ciencia inevitablemente hermenéutica de la vida social, interesada en dar sentido a un objeto de estudio considerado como "texto, o análogo a un texto, que en cierto modo es confuso, incompetente, nebuloso, aparentemente contradictorio; en una u otra forma, poco claro".<sup>9</sup> Semejante ciencia no estaría fundada en "datos brutos" sino en "lecturas de significado" para los sujetos de una sociedad o comunidad, significados constituidos parcialmente por autodefiniciones que ya son interpretaciones, las cuales encarnarían "una visión del agente y su sociedad".<sup>10</sup> Semejante ciencia evitará toda verificación y predicción en el sentido interpretado por el positivismo, inevitablemente dependerá de todo atisbo y estará atada a opciones divergentes de la política y la vida. El hecho de que los seres humanos sean criaturas que se definen a sí mismas hace imposible la predicción sólida, puesto que con los cambios en la autodefinición varían los cambios en que los seres humanos son tales que es necesario interpretarlos en diferentes términos. La realidad humana se altera con las innovaciones conceptuales, haciendo radicalmente imposible predecir el futuro. Semejante ciencia moral de la vida humana,

<sup>9</sup> C. Taylor, "Interpretation and the sciences of man", en Beehler y Drengson (comps.), *op. cit.*, p. 156.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 193.

fundada sobre intuiciones que no todos comparten, no puede ser libre de valores ni puede terminar, pero es parte de una "espiral hermenéutica" de redefinición e interpretaciones de nuestras opciones fundamentales ante la vida.<sup>11</sup> Brown, en cambio, intenta hacer una síntesis de las diversas perspectivas sobre la ciencia social con un marco de "estética cognoscitiva". Semejante marco se aparta de una simple teoría de correspondencia de la verdad; en cambio, considera que el artista y el hombre de ciencia están dedicados a crear paradigmas por medio de los cuales la experiencia se vuelve inteligible.<sup>12</sup> Aunque pueda parecer que esto hace que la elección de teorías sea cuestión de gusto, en realidad una "visión estética de la racionalidad", como se emplea tanto en la ciencia cuanto en el arte, emplea cánones de economía, congruencia, consecuencia, elegancia, originalidad y envergadura.<sup>13</sup> Sea como fuere, sí hay un alejamiento del punto de vista unilateral del positivismo hacia una concepción más interpretativa del conocimiento, que abarca muchos campos del esfuerzo intelectual.

En años recientes, han cambiado de terreno los términos del debate entre las visiones científica e interpretativa del estudio de la vida social. Es demasiado temprano para decir dónde se fijarán. Ambos, bandos, si "bandos" no es una expresión demasiado

<sup>11</sup> Sobre la idea de una "espiral hermenéutica", véase una clara versión en H. Mehan y H. Wood, *The Reality of Ethnomethodology*, Nueva York, Wiley, 1975, cap. 10.

<sup>12</sup> R. H. Brown, *A Poetic for Sociology; toward a logic of discovery for the human sciences*, Cambridge University Press, 1977.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 3.

firme para emplearla aquí, aceptan que el conocimiento es contextual, al menos en el sentido de que establece sus propias preocupaciones "internas". Así, hay un difundido rechazo del positivismo y de su dependencia de la falsa suposición de que las categorías observacionales son independientes de las teóricas. Esto socaba gravemente los métodos de la investigación social que tienen al positivismo como su fuente de autoridad intelectual. También es interesante notar que en algunas ciencias sociales, al menos un énfasis en el método ha declinado, en favor de una renovada insistencia en la base filosófica del estudio social. Y, en forma importante, se puede afirmar que la preocupación mostrada por el positivismo acerca de los métodos de investigación fue consecuencia de su propio deseo de imitar los que consideraba como métodos de la ciencia natural. La ciencia era, dicho sin ambages, un método racional y rigurosamente empleado para revelar la naturaleza de un mundo externo y objetivo. El método correcto daba su autoridad intelectual al conocimiento objetivo y a la ciencia. El desplome de este concepto y el surgimiento de concepciones constitutivas de las formas de relación que el conocimiento tiene con el mundo han abierto nuevas oportunidades a las ciencias sociales, y han causado una mayor anuencia a emplear "datos" en formas interesantes, abiertas y menos rígidas. Considerar las ciencias sociales como esfuerzos por formular lo que nuestras sociedades, nuestra cultura pueden significar, de qué son capaces, pueden desarrollarse, explorando lo que Taylor llama "nuestras fundamentales opciones en la vida" es tarea no

menos importante que ser científico. Semejante empresa moral no implica un fin del pensamiento racional, la recabación minuciosa de testimonios, la exploración dedicada de ideas con el espíritu de la ciencia, pero sí puede prevenimos contra intentar resolver semejantes cuestiones recurriendo servilmente al método rutinario.

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> .....	9
<b>I. <i>La filosofía de la investigación social</i></b> .....	11
Introducción .....	11
La naturaleza de la filosofía .....	13
Ontología, epistemología y autoridad intelectual .....	18
La filosofía y el proceso de la investi- gación .....	28
<b>II. <i>La ortodoxia positivista</i></b> .....	36
El trasfondo intelectual .....	37
Los elementos del positivismo .....	42
El positivismo de Durkheim .....	49
Las lecciones de Durkheim .....	62
<b>III. <i>El positivismo y el lenguaje de la inves-         tigación social</i></b> .....	67
El lenguaje de la observación .....	69
El lenguaje de la observación y de la ciencia social .....	72
El problema de los conjuntos sociales .....	79
El <i>status</i> de la teoría .....	88
El positivismo y la teoría científica .....	105
<b>IV. <i>La alternativa humanista</i></b> .....	116
Algunos precursores intelectuales .....	117
Acción social y significado .....	125

Reglas, motivos y descripción de la acción social .....	131
Razones contra causas .....	153
<b>V. <i>Los significados y la investigación social.</i></b>	<b>162</b>
La crítica de la ontología positivista y sus métodos .....	163
Conceptos legos contra conceptos científicos .....	183
Significados e investigación social .....	201
<b>VI. <i>Observaciones finales</i></b> .....	<b>212</b>